

EL COJO ILUSTRADO

AÑO XI

15 DE FEBRERO DE 1902

Nº 244

PRECIO

SUSCRIPCIÓN MENSUAL.....B. 4
UN NUMERO SUELTO.....B. 2

DIRECTOR:

J. M. HERRERA IRIGOYEN

EMPRESA EL COJO — CARACAS — VENEZUELA

EDICION QUINCENAL

DIRECCIÓN: J. M. HERRERA IRIGOYEN & CA.
Este 4 — Número 14
CARACAS — VENEZUELA

NO SE DEVUELVEN ORIGINALES

LECTURAS EDITORIALES

LIBROS Y REVISTAS

El divorcio en el teatro francés contemporáneo.—Pablo Hervieu, Abel Hermant y Eugenio Brioux.—Ly-y-Hane, la Safo de China.—Tres poesías traducidas por primera vez al castellano.

Después de referirse al extraordinario número de comedias y sainetes franceses que del divorcio toman el lado superficial,—desde *Divorciémonos* de Sardou hasta las *Sorpresas del Divorcio* de Bisson y Mars,—detiénese César Levi á examinar tres producciones en las cuales la cuestión del divorcio ha sido tratada seriamente en estos últimos días por dramaturgos de talento robusto y original. Dichas producciones son: *Les Tenailles* de Pablo Hervieu, *L'Empreinte* de Abel Hermant y *Le Berceau* de Eugenio Brioux.

En la comedia de Pablo Hervieu, Irene Fergan aparece matrimonialmente unida á un hombre á quien no ama. Quisiera divorciarse, pero el marido rechaza tal insinuación, apoyando su derecho en la ley francesa, que no admite el divorcio sino cuando es solicitado por ambos cónyuges. En vano ruega y protesta. Y al ver que son inútiles todos sus esfuerzos, se arroja en brazos del hombre á quien ha dado su corazón.

Diez años después confiesa todo á su marido, quien, como es natural, resuelve inmediatamente divorciarse. Pero Irene no piensa ahora como antes; y en vista de que su juventud se aleja, de que sus esperanzas se desvanecen y de que ha perdido la fe en el porvenir, rechaza

cuanta razón ó amenaza se contrae á realizar el divorcio é impone al marido la misma cadena que él le hizo arrastrar por tanto tiempo. Así, dos seres que se odian recíprocamente, son forzados á vi-

buscar la verosimilitud en los caracteres, pues los verdaderos protagonistas de sus dramas son las teorías que pone en boca de los actores, quienes forzosamente habrán de falsear el carácter humano al proceder de acuerdo con las teorías sociales ó morales del autor.

Lo que más gusta al público en el teatro es la visión de la vida, por no decir la vida misma; y como los personajes de Hervieu no proceden naturalmente, sino que discuten demasiado, y la discusión en la escena es casi siempre árida y fría, *Las Tenazas* no lograron imponerse en el ánimo del público; y si llegaron á alcanzar un éxito mediano fue debido únicamente á la poderosa dialéctica del autor.

Abel Hermant, en *L'Empreinte*, considera la cuestión desde el punto de vista fisiológico. La protagonista, Marcelina, es una mujer cuyo temperamento tiene la característica de la inconsecuencia hasta en los más mínimos actos de la vida: —carácter extraño pero no inverosímil. Se casa, sin amarlo, con un hombre que ha prometido hacerla feliz. ¡Difícil empresa! Cuan- to esfuerzo hace el marido en tal sentido es ineficaz. Termina al fin conviniendo en divorciarse.

Libre Marcelina, se une al hombre á quien ama; pero también en este segundo matrimonio se siente infeliz. Advierte que en los menores detalles de su vida está siempre presente el primer marido. Y en vano trata de borrar de su memoria el recuerdo de aquel hombre á quien odiaba y que ahora comienza á no serle indiferente.



Mme. Heglon, artista de la Academia Nacional de Música, de París

vir juntos por un artículo que cruelmente los atenace.

La comedia tiene escenas fuertes y bellas; y en el tercer acto, principalmente, la acción es reñida y el dialogo rápido y conciso; pero como en todo el teatro de Hervieu, también en esta obra es inútil

El arrepentimiento es tardío. Y el público no llega á simpatizar con esta mujer inquieta, jamás contenta, rebelde á todo yugo: que rompe el segundo enlace, no pudiendo soportar—como ella dice—la mentira del amor; y que después de haber arruinado la existencia de dos hombres, osa exclamar:—«No es justo que yo, la menos responsable, sea la más sacrificada.»

Sumado todo ésto, no resulta de las conclusiones de la obra, como quisiera el autor, la persuasión de que una mujer infeliz no debe divorciarse, porque en el segundo matrimonio la turbarían los recuerdos del matrimonio precedente.

*
**

Brieux trata la cuestión del divorcio con relación á la descendencia. La tesis aparece desde el primer momento. La expone uno de los personajes, el doctor Mossiac, cuando dice:—«Soy partidario del divorcio, pero con mis reservas. Quisiera que se hiciese más difícil, casi imposible, cuando haya hijos de por medio.»

La trama de la comedia es la siguiente: Lorenza, impulsada por sus padres, se divorcia de Raimundo Chantrel,—cuya infidelidad ha sido descubierta;—y á poco contrae nuevas nupcias con Jorge de Girieu. El pequeño Julián, hijo del primer matrimonio, á quien Lorenza tiene consigo, se enferma gravemente. Raimundo ruega que se le permita permanecer junto á la cuna mientras su hijo está en peligro. Jorge no puede menos que consentir, pero su condescendencia es mal recompensada, pues la enfermedad de Julián es una ocasión de acercamiento que aprovechan Lorenza y Raimundo. Este se disculpa y justifica. Aquella perdona. Y Girieu, que en vano combate por defender la propia felicidad, llega á reconocer que, también después del divorcio, el hijo es siempre el eslabón que enlaza estrechamente á los padres separados por fuerza de una sentencia judicial.—«Nos engañamos, Lorenza,—dice Girieu,—cuando llegamos á creer que podríamos constituir una familia existiendo entre nosotros este hijo que no es mio.»—Y en la bellísima escena de la explicación entre Lorenza y Raimundo,—segundo acto,—ambos acusan al divorcio de «ley odiosa hecha para casos excepcionales, que nunca llega á subsanar las equivocaciones y que cierra la puerta á los perdones recíprocos y á las consoladoras generosidades.»

La comedia abunda en observaciones como ésta:—«De la misma manera que sólo el amor forma el matrimonio, así también sólo el hijo forma la familia.»—La mujer divorciada es un «ser incierto,» una «viuda con el marido vivo.»

En el último acto, Jorge acusa á Raimundo de haberle robado el afecto de Lorenza y la paz del hogar.—«Mira al pequeñuelo,—exclama Raimundo:—es mi hijo. Habría que matarlo para que no fuésemos más marido y mujer, puesto que él es la constancia viva y amada de nuestro matrimonio. Y aun suprimiéndolo, nos quedaría la comunión de las lágrimas y la cadena bendita del recuerdo.»—Lorenza, por tanto, no puede vivir más con Jorge: entre ellos existe lo «irreparable;» tampoco se reúne con el padre de su hijo, porque «nadie tiene el derecho de edificar la propia felicidad

sobre los inmerecidos sufrimientos de otro;» y resuelve por último irse á vivir con sus progenitores para dedicarse exclusivamente á su hijo.

En este final, dice Levi, «resalta el sentido triste, agudamente doloroso de lo irremediable: tres existencias destruidas, —y aquí la tesis de Brieux;—tres vidas infelices por un error cometido, por una ligereza, por la desgraciada aplicación de un artículo del Código.»

Levi cita los ejemplos de Hervieu, de Hermant y de Brieux, para llegar luego á la conclusión de que, salvo deficiencia de talento ó de habilidad escénica, «la más grave cuestión social ó moral puede ser tratada en el teatro, suscitando en el público el más vivo interés.»

II

La gloria de los poetas no se forma en la China del mismo modo que en las demás naciones. Así leemos en un estudio de Judit Gautier que tenemos á la vista. Dilátase largo tiempo en formarse, pero así resulta más justa y más duradera. Salvo raras excepciones en los tiempos modernos, bajo la influencia del ejemplo extranjero, nunca se ha dado el caso de que un poeta haya tenido la osadía de juzgar dignas de la prensa sus propias poesías y de publicarlas en volumen.

Cada poeta canta en las reuniones de los amigos y de los literatos los versos que ha compuesto:—en el País Amarillo los versos se cantan siempre al compás de una melopea tradicional; y si una de las poesías tiene la aprobación de los oyentes, éstos piden al autor el permiso de copiarla. Y así, de mano en mano, la poesía va circulando entre un público siempre más numeroso, y el nombre del poeta se difunde tácitamente, espontáneamente, como un perfume suave.

También algunas veces el autor, por por carecer de relaciones, se dirige directamente al público. De allí las poesías, casi siempre anónimas, que aparecen escritas en los muros de los edificios públicos ó en una que otra puerta. Los que pasan se acercan, leen, y si la poesía les parece bella, la copian y la hacen leer á los amigos. A poco, estas poesías resultan célebres y populares.

Con frecuencia pasa más de un siglo antes de que un Emperador dé la orden á una comisión de literatos para coleccionar en volumen las poesías ya consagradas por la fama. Entre aquellos, cuyas obras fueron así recogidas y publicadas, perduran al través de los tiempos los nombres de Li-Tai-Pe, Thu-Fu y el de una poetisa: Ly-y-Hane, quien vivió bajo la dinastía de los Song, en el siglo XII de nuestra era, y de quien muy poco se sabe, fuera de lo que nos dicen sus versos, altamente sentidos y personales.

Ly-y-Hane, que es muy admirada por sus compatriotas, discurre siempre sobre un solo asunto: la herida incurable de su corazón, que sangra en la soledad. Y el amor que aflige y consume á esta Safo del Celeste Imperio aparece como ignorado de quien lo inspira. Acaso ella no tuvo nunca el valor de revelarlo. Tampoco se lo habría permitido su condición de mujer ni las costumbres ni las conveniencias.—«Diríase una flor enamorada de un pájaro; una flor que, no teniendo voz ni alas, muere exhalando su alma, perfumada de amor.»

A su dolor. Ly-y-Hane asocia siempre en sus versos el ambiente en que vive, el paisaje que la circunda, lo que ella puede ver desde su ventana.

LA FIESTA DE LOS POETAS

Niebla ligera; densas nubes; largo el día, interminable el dolor.....

El perfume está por extinguirse en la dorada quimera.

¿No es el tiempo de la hermosa fiesta de los poetas, el tiempo que retorna siempre? Sin duda, porque ayer, por la primera vez, sentí que enfriaba mis manos el antepecho de la ventana.

Miro en efecto parejas alegres que se esconden tras el seto oriental para beber en honor de los poetas, en la gloria del sol tramontante.

Suaves perfumes se escapan por las mangas de seda.

Triste de mí, que me siento sin alma y sin defensa ante el áspero viento de Occidente..... El viento que azota los crisantemos y los marchita, asemejándolos á mi corazón.

EL LOTO ROJO

Una flor se abre en la superficie del agua profunda..... Del agua profunda.....

Tomo el sedal y lo lanzo hacia aquella flor de las raíces profundas.....Hacia aquella flor de las raíces profundas.

Turbado ha sido el misterio de la tenebrosa profundidad, cesa el reposo, la agitación se extiende á lo lejos. Y trato con el sedal de atraer el loto..... como si allí estuviese su corazón.....

El sol sobrenada en la extrema orilla del cielo: palidece; extinguese; ¡ay! se hunde en la noche..... Se hunde en la noche.

Subo al piso superior. Deténgome ante mi espejo..... ¡Ah, el rostro triste y destruído!..... El rostro triste y destruído.

Las plantas reverdecerán..... ¿Cómo yo, sin esperanza, he podido llegar hasta este día?

DESESPERACIÓN

Llama, llama! Implora, implora!
Restaña! Duerme, duerme! Lloro, lloro! Sufre, sufre, siempre!

Apenas llegan los días cálidos, retorna la estación del frío.

¿Cuán penoso es vivir!

Dos ó tres tazas de débil vino no bastan para poder soportar el agrio viento matinal.

Ya los cisnes salvajes repasan el río. Hace mucho tiempo que los conozco, por haberlos visto pasar y volver á pasar.

¿Mi corazón está cruelmente herido!

*

Los crisantemos abundan por todas partes con exuberancia suntuosa.

Pero la flor que aquí se marchita quién vá á desealar? ¿No soy yo la eterna guardiana de esta reja?

¿Cuándo, pues, se extinguirá el día en la obscuridad?

Una lluvia sutil baña las hojas de las paulonias.

El crepúsculo llega lentamente; la obscuridad cae poco á poco.

Al fin la noche!

Y sin embargo, nada ha cambiado para mí.

Ah, quien pudiera destruir para siempre la palabra *desesperación!*

Nada sabemos de la vida de esta poetisa: ignoramos quien fuese el objeto de su amor; no sabemos tampoco en qué



UNA ESCENA DEL DILUVIO

circunstancias se haya desarrollado esta dolorosa pasión; pero si una crónica pormenorizada nos lo dijese, ¿llegaríamos á saber más, acerca de su vida, que lo que nos dicen estos versos desolados?

“Con la más tierna admiración—dice Judit Gautier—he descifrado los versos de esta noble y conmovedora poetisa; y siéntome dichosa de haber sido la primera en hacer resonar, fuera de los confines del Celeste Imperio, el nombre armonioso de Ly-y-Hane.”

También EL COJO ILUSTRADO—guiado por las adaptaciones al francés y al italiano—se enorgullece en ser el primero en trasladar al castellano los versos tan admirados por la célebre hija de Theophile Gautier.

LA EPOPEYA POPULAR DE DAVID Y DE MHER



propósito de los recientes nuevos asesinatos consumados en Armenia por los soldados del Sultán de Turquía, Abdul-Hamid, *La Revue*, de París, publica la hermosa leyenda que á continuación traducimos, obra del poeta armenio Archag Tchobanian.

I

Los cuentos, las leyendas, las tradiciones y los cantos populares del país de Armenia permanecen aún casi totalmente ignorados por los folk-loristas de Europa. Excepto algunas traducciones frag-

mentarias, hasta ahora nada se ha hecho para dar á conocer de los europeos esas frescas flores de la fantasía armenia.

Sin embargo, el estudio de este Folklore ofrecería un vivo interés, puesto que aquella región ha estado desde hace siglos en contacto con numerosos pueblos del Oriente y Occidente, y sus cuentos y sus tradiciones forman un curioso y rico mosaico, en el que se cruzan y se entretajan las fábulas y los ensueños de muchas razas.

En tanto se emprende semejante estudio, deseamos hacer conocer del público uno de los más populares é interesantes relatos, en donde aparece de relieve el carácter del pueblo que lo ha creado: el cuento, ó mejor dicho, la epopeya popular de David y de Mher.

El lugar de origen de esta leyenda es Sassoun, ese distrito montañoso de la

Armenia turca, cuyos habitantes han conservado sus fieras costumbres, casi independientes; y que actualmente, soterrado por la soldadesca turca y los kurdos de Hamid, está pronto á librar la batalla decisiva de su existencia.

Sassoun ha producido los más ilustres atletas armenios; y la leyenda de David y de Mher es ante todo una historia de atletas; es el poema de la pujanza y de la fuerza.

La mayor parte de los cuentos armenios conservan un carácter puramente pagano; pero el que va á leerse es uno de aquellos en que han penetrado más las ideas cristianas, y traduce mejor que cualquier otra la psicología de la Armenia definitivamente creada, esto es, la Armenia cristianizada.

II

David es el hijo de Mher, héroe sassouniá á quien la tradición popular apellida *Mher el Leon*; ha perdido á su padre desde la más tierna edad y su madre ha contraído segundas nupcias con Msramelik (el señor de Egipto), un rey enemigo de su país. La madre ha llevado consigo al hijo casa de Msramelik; pero la fuerza extraordinaria que se revela en David desde la edad de cinco años, no tarda en inquietar á Msramelik, que es un tirano feroz y suspicaz. David se divierte en atrapar al vuelo la pesada javalina que Msramelik lanza en sus ejercicios atléticos.

Espantado de ver aquella fuerza prodigiosa en el hijo de su enemigo de ayer, el tirano lo envía cerea de su tío, de nombre Tzenov-Hovan (Juan el de la poderosa voz), que tiene la palabra tan fuerte, que se envuelve el cuerpo en siete pieles de búfalo, por temor de estallar al choque de su propia voz.

Tzenov-Hovan encarga á su sobrino el pastoreo de sus ovejas. En su deseo de ser útil á su tío, David recoge lobos y ciervos, que toma por cabras negras, y los mezcla al rebaño creyendo aumentarlo; solamente se queja de que «esas malditas cabras negras» le dan mucho trabajo para conducirlos, en tanto que las blancas son tan pacíficas. Luego, su tío lo encarga del pastoreo de su ganado mayor. David reúne leones, tigres, osos, y los mezcla al ganado. Cuando por la tarde recoge al aprisco aquella extraña manada, la vista de las fieras alarma á los habitantes de la ciudad. David, que todavía representa la fuerza inconsciente de sí misma y falta de una aplicación precisa, no comprende ni la diferencia entre las fieras y los animales domésticos, ni el *tour de force* que ha realizado obligando á las primeras á dejarse conducir como bueyes, ni la razón del espanto de los habitantes de la ciudad.

El tío concluye por retirarle sus funciones de pastor y lo encarga de la intendencia de su casa. David se ve entonces expuesto á una ruda prueba de la que sale victorioso; y este episodio muestra ya, en el héroe adolescente, el alma nobilísima que la imaginación popular le ha prestado.

La mujer de Tzenov-Hovan, Sariá, se enamora de David y quiere tenerlo por amante; David rechaza sus insinuaciones indignadas: «Tía, le dice, tú eres mi madre, yo soy tu hijo!» Sariá persiste é intenta tenderle un lazo: se despoja un día delante de él y le ruega que le vierta

agua en la cabeza; David resiste á la tentación: sirve á su tía, cerrando los ojos; así respeta la pureza del hogar, y en este rasgo, el pueblo armenio ha impreso enérgicamente su culto severo al honor doméstico. Sariá, furiosa, se venga diciendo á su marido que David ha intentado seducirla. Tzenov-Hovan, tonto y crédulo, que no tiene de fuerte sino su voz, presta oídos á su mujer y se apresura á arrojar á David de su casa.

El joven héroe se irrita de esta injusticia, pero domina su cólera: ya es tan prudente como fuerte. Hubiera podido «de un punta-pie como lo decía, enviar á los diablos á Tzenov-Hovan y su casa.» No hizo nada, empero. «¡Qué quieres, le dijo á su tío, te has dejado engañar por una... desvergonzada!» y abandonó la casa.

Anduvo errante algún tiempo sin saber á donde ir, ni lo que debería hacer; hasta que dió con una viejecilla que en otro tiempo había sido querida de su padre.

La viejecilla le hizo el elogio de Mher, quien, cuando vivo, defendió la ciudad de Sassoun, contra todos sus enemigos y la hizo rica y próspera; le habló con disgusto de los tiempos presentes, en que la ciudad de Sassoun, decaída de su poderío, se hallaba bajo la dependencia de Msramelik, ese odioso tirano que desde la muerte de Mher la había hecho una ciudad tributaria. Y le participó que justamente Msramelik acababa de enviar á Sassoun un embajador, llamado Gospadine, quien había venido á decir á Tzenov-Hovan: «Paga inmediatamente el tributo de siete años; de nó, mi señor ha decidido destruir la ciudad de Sassoun!»

David tuvo, por primera vez la noción de la tiranía y se sublevó contra ella. Quiso seguir el ejemplo de su padre; comprendió en qué debía emplear su fuerza, y se apresuró á volver á Sassoun. Encontró á su tío, resignado y dócil, en disposición de entregar el dinero á Gospadine. David intimó á éste á abandonar el lugar inmediatamente, y cuando Gospadine ordenó poner «ese niño» á la puerta, David se arrojó sobre él, le cortó los labios, le arrancó los dientes, se los enterró en la frente y de esta manera lo mató.

Msramelik, furioso al saber esto, reunió un grande ejército cerca de Sassoun y pidió sumisión á Tzenov-Hovan. Este contestó que por su parte estaba dispuesto á todo, pero que no había medio de reprimir los impetus de David. En vano le explicaba los peligros á que su conducta expondría á Sassoun. David le contestó con desdén: «Ve á dormir, yo sé lo que debo hacer.»

Veló toda la noche. Pensó en la inmensa responsabilidad que asumía. Bien sabía el deber en que estaba de combatir al tirano; pero, ¿podría el solo, con sus simples armas de caza, destruir al ejército enemigo?

Felizmente, dió de nuevo con la viejecilla, quien le dijo: «Tu padre tenía un caballo, Kourkig-Djalali; tenía una espada fulminante, un turbante, una veste recamada, un cinturón sólido y en el brazo derecho la cruz de la eminente iglesia de Marouth.»

David volvió en casa de su tío y le preguntó qué había hecho de todos aquellos arreos de combate. Tzenov-Hovan los había guardado en el fondo de una

cava, puesto que no podía servirse de ellos; y no quería que David, que ya inspiraba temores por su fuerza descomunal, entrase en posesión de aquellas armas formidables que hacían invencible á quien las portase. David fuerza á su tío á mostrarle el sitio en donde las ha escondido y conseguido su objeto, las encuentra en un estado lamentable, cubiertas de polvo, tomadas de orín y mugrientas; el pobre caballo estaba todo lleno de estiércol y de basura. David lo lavó, limpió las armas y lo arregló todo. Hubo una escena conmovedora con el caballo, que reconoció al hijo de su amo; y aconteció que en su alegría habló un instante: «Espero, le dijo, que te batirás bravamente; verás cómo voy á conducirte.» La cruz de Marouth se hallaba dentro de un cofre cerrado; David se arrojó ante el cofre y suplicó á la cruz que saliese; la tapadera saltó al momento, surgió la cruz y fué por sí misma á prenderse del brazo de David.

Este se revistió con todas las ropas y arreos. Entonces el caballo le dijo que fuese á bañarse en la maravillosa fuente de leche; hecho lo cual sintió que sus fuerzas se centuplicaban.

Corrió al combate: no lo guiaba el deseo de matar, sino la idea de defender su ciudad nativa. Leal con sus enemigos, no quiso sorprenderlos; antes de lanzarse sobre ellos gritó en alta voz: «Preparaos al combate, que yo llego! ¡Si dormís, despertaos! ¡Si reposáis, levantaos!» Luego, se arrojó sobre ellos é infundió el pavor en sus filas.

Un viejo veterano vino á decirle: «¿Por qué degüellas á esos pobres soldados? Cada uno de ellos es hijo de una madre. Msramelik es quien los ha forzado á venir aquí: vé á buscarlo y combate con él.»

David aprobó las palabras del soldado y se dirigió á la tienda de Msramelik.

Llamad á Msramelik, gritó, vengo á batirme con él.»

La madre de David apareció entonces en el umbral de la tienda. Amaba á Msramelik y temió por él, al ver á su hijo en el esplendor de su fuerza y su juventud y portando las armas invencibles de su primer esposo. Trató de disuadir á David de su designio de batirse con Msramelik; pero aquel no se dejó enternecer por las súplicas de su madre é insistió en que Msramelik saliese.

Msramelik era un gigante; representaba la grosera fuerza brutal. Dormía en su tienda; su sueño era profundo. Sus servidores calentaron una viga de hierro y se la aplicaron á los piés; parecióle que solamente sentía picadas de pulgas. Calentaron entonces una reja de arado y de nuevo la aplicaron á las plantas de los piés: solo así despertó.

Contempló al principio á David con una mirada desdeñosa y sopló sobre él, creyendo poder aventarlo con su solo aliento. Pero no tardó en comprender que ello no bastaría.

Empezó á temer y pensó recurrir á la astucia para desembarazarse de aquel poligroso enemigo. Lo invitó á reposar un instante bajo la tienda antes de comenzar el combate; David aceptó. Se le hizo sentar sobre un pozo cuyo orificio estaba disimulado bajo una fela; David cayó dentro del pozo, pero desde su fondo hizo una súplica á Dios. Manos invisibles lo hicieron salir y lo pusieron de nuevo



HEMÓN SE DA LA MUERTE SOBRE EL CADÁVER DE ANTÍGONA. — Por K. Gebhardt

en presencia de Msramelik. Lo intima á que dé principio inmediatamente al combate. Msramelik pide acometer el primero, porque es mayor en edad. David acepta esta condición; recibe tres lanzas sin vacilar. Pero le llega su turno. Su madre le suplica que suspenda allí el combate, pero él no la escucha. De un golpe abate al gigante y le hiende el cuerpo en dos.

Desde luego Sassoun queda libre. Su tirano ha sido muerto por David.

Después de aquel hecho insigne, David no tiene sino un solo pensamiento: casarse, formar un hogar, perpetuar la raza de los defensores de su ciudad.

Ahora vamos á ver esta alma fuerte y pura doblegarse y aún esclavizarse á los encantos de una mujer impía, de los que no puede sustraerse.

Su tío le propone por esposa á Tchmoutzik-Sultana, joven tan púdica como hermosa. Pero hé aquí que llegan poetas populares cantando la belleza sobrenatural de Khandouth-Hanoum. David se deja seducir por los cantos de los poetas. Abandona á Tchmoutzik que lo ama, cuya mano ha pedido ya su tío para él y se va en busca de Khandouth. Es esta una virgen gigantesca, encerrada en una ciudadela de bronce, guardada por cuarenta atletas: nadie ha osado levantar los ojos hacia ella.

David atierra los cuarenta atletas, penetra en el palacio y se presenta á Khan-

douth, de quien en el acto se siente prendado. Aquel que todo lo había avasallado se ve subyugado por una mujer. Ella se permite maltratarlo en broma. David se enfurece por esta humillación y ruega á Dios que envíe innumerables ejércitos contra la ciudad de Khandouth. No puede ejercitar su fuerza en la persona de la joven, porque piensa que es cobardía pegar á una mujer; pero quiere demostrarle su poder defendiendo su ciudad contra todos los enemigos.

Esa misma tarde la ciudad es sitiada por un ejército formidable. David se precipita sobre los asaltantes y mata millares de ellos. Los sitiadores llaman en su auxilio á un atleta de renombre, Barón-Astghik, primo de David. Este lo reconoce y hesita en acometerlo. Pero allí está Khandouth contemplándolo y pudiera creer que teme á Barón-Astghik. Ofuscado por la pasión, mata á su primo. Y allí, sobre el campo de batalla cubierto de muertos y heridos, Khandouth, subyugada por la valentía de David, se entrega á él. Así fue como el hijo de Mher casó con Khandouth.

Fue la caída del héroe. El pulcro caballero vino á ser, bajo el pérfido encanto de una mujer, un perjuro y un asesino: abandonó á su prometida, la buena virgen que debía darle un hogar bendecido; mató millares de hombres por el simple capricho de una mujer y degolló á su propio primo. La moral popular en-

seña así el peligro que corre un alma noble prefiriendo una aventura romancesca á la casta lealtad de una esposa.

Y David fue castigado por su falta. Cuando volvió á Sassoun, su prometida, que había permanecido fiel á su recuerdo y que no le había perdonado su traición, vino ante él y le dijo: «Puesto que me has burlado, tienes que batirte conmigo. Si te mato, Khandouth y yo quedaremos viudas; si me matas, entonces puedes vivir en paz con Khandouth.» David no sabía que responder: estaba avergonzado. Por fin hubo de aceptar el reto; solamente rogó á Tchmoutzik que aplazase el duelo por ocho días. Deseaba volver á ver á Khandouth antes de batirse.

Volvió, pues, cerca de aquella. Allí olvidó su promesa y pasó ocho años, sin pensar en Tchmoutzik.

Un día notó que la cruz que llevaba en el brazo derecho se había tornado completamente negra. Se acordó de su promesa y volvió á Sassoun. Entonces se efectuó el duelo. Y David, el vencedor del gigante Msramelik, fue muerto por Tchmoutzik. La joven, fuerte por su sola pureza, abatió al enorme atleta, á quien su fuerza había abandonado desde que la degradó empleándola para el mal.

Pero David, antes de morir, sufrió un castigo todavía más cruel que el sentimiento de su decadencia y que la muerte vergonzosa por manos de una mujer. Aquel castigo fue su hijo Mher, fruto mal-



CLEOPATRA. — Por Sprinchorn

decido de su unión con Khandouth.

La historia de Mher, esta en resaltante oposición con la de David, la del David de la primera época. Por esta antítesis, la imaginación popular define claramente su concepción de la fuerza bienhechora y de la fuerza destructora.

Mher, nacido de una pasión impura, es una fuerza maligna, monstruosa, desprovista de todo ideal. Su poder es descomunal; daña todo cuanto encuentra y aún se daña a sí mismo: su cuerpo es tan pesado, que sus pies se hundían en el suelo y apenas puede caminar. Mata por el placer de matar. Estrangula mujeres, ancianos, niños. Ama la carnicería. Roba, saquea. Ataca a los enemigos, no a la manera leal de su padre, sino valiéndose de la astucia, sorprendiéndolos, acechándolos.

Sin embargo, el acto más monstruoso que comete es su conducta para con su padre. Como todos se quejaron a David de las ferocidades cometidas por Mher, aquél reprendió un día a su hijo. Furioso por la reprimenda, Mher se arroja sobre su padre y le pega. David se ve obligado a defenderse y devuelve el golpe: es un duelo entre padre é hijo; en vano las súplicas de Khandouth tratan de separarlos. Solamente lo consigue el ángel Gabriel, bajado del cielo.

Entonces David maldice a su hijo: Puesto que has levantado la mano contra tu padre, que Dios te condene a no tener hijos y a no morir jamás! Dios oye este ruego. Después de cuarenta años de pillaje y de asesinatos, un día que había ido a cazar a Van, Mher cayó dentro de un pozo, en donde permanece hasta

ahora según la tradición, y en donde permanecerá, eternamente vivo, hasta el fin de los tiempos. Existe en Van una caverna que el pueblo denomina *la Caverna de Mher*. En su fondo se cree que se halla el hijo de David. Los aldeanos ruegan al buen Dios que lo conserve allí para siempre, porque si saliese destruiría el mundo.

III

Esta leyenda del hijo maldito y condenado a vivir por siempre dentro de un pozo existía ya en una antigua tradición de la Armenia pagana, citada por Moisés de Khorene. Artavatz, el joven príncipe insolente que había insultado a su padre, el buen rey Artachés, fue maldicho por él y condenado a ser precipitado por los genios del monte Massis, en un antro y a permanecer allí en tinieblas. Y, en efecto, según la leyenda, un día que había ido a cazar al monte Massis, los genios se apoderaron de él y lo precipitaron en un abismo en donde permanece encadenado a las rocas, puesto que si saliese demolería al mundo. Ciertos críticos armenios han creído ver en esta leyenda de Artavatz, revivida en el cuento de Mher, una expresión simbólica de las aspiraciones de la armenia, encadenada a la roca de la esclavitud y obligada a romper sus cadenas para resurgir a la vida de libertad. Piensan otros que la leyenda de Artavatz y de Mher, es un antiguo mito que representa la lucha de los elementos naturales. Yo creo que esta segunda versión tiene una parte de verdad; un residuo de mito cósmico debe subsistir en la leyenda, puesto que desde este punto de vista tiene afinidad con el mito griego de Prometeo. Pero este antiguo mito de una fuerza rebelde encadenada, se mezcla en la leyenda armenia a una historia completamente humana, tomada de la vida real y que contiene una lección de moral doméstica: el castigo de Artavatz y de Mher traduce ante todo, en la forma actual de la leyenda, el respeto a los padres.

Es, sobre todo, con el cuento persa de Roustem y de Sohrab del que Firdouci ha sacado los más bellos episodios de su *Chah nameh*, con el que el cuento de David y de Mher tiene más notables analogías.

Roustem, como David, revela desde la infancia una fuerza sobrehumana. El es el defensor del reino de Persia, cuyo soberano, Kai-Kaous, es un perdulario, así como David era el defensor de Sassoun y de Tchzenov-Hovan, un pobre diablo. Tiene su caballo heroico y adicto, Rakouch, como tiene David a Kourkig-Dajalali. Se dirige a Dios, como el piadoso David, cada vez que se halla en un peligro extremo, puesto que ambos como verdaderos orientales, son fatalistas. En fin, Roustem se bate con su hijo Sohrab, como David con Mher.



PEDRO EL HERMITAÑO PREDICANDO LA PRIMERA CRUZADA. Cuadro de G. Vanatse

Pero esas diferencias son numerosas y profundas entre ambos tipos y eminentemente características del espíritu de ambos pueblos. Roustem emplea la astucia, se vale de estratagemas de toda especie: David las desprecia. Roustem tiene la pasión de la conquista, guerrea por someter el mundo entero al yugo de la Persia: David no se fija sino en la defensa de la patria y en la destrucción del tirano que la oprime. Roustem es á veces feroz; en el momento en que da en tierra con Sohrab le hunde su espada en un flanco, y lo insulta: David, antes de su decadencia, es el héroe hidalgo por excelencia. Roustem se bate con su hijo sin reconocerlo; y esta escena del cuento persa simboliza la ciega fatalidad, lanzando, con una crueldad estúpida uno contra el otro, á dos nobles bravos, nacidos para adorarse. David y Mher se baten sin ser víctimas de ningún error; solamente por obedecer, según el sentido íntimo del cuento armenio, la voluntad de Dios, que castiga al héroe culpable é infiel impulsando á su propio hijo á levantar la mano contra él. Una inspiración ardiente, brillante, ante todo romancesca, anima el cuento persa, desprovisto de toda significación moral bien definida; en tanto que el cuento armenio es toda una epopeya moral, y de moral cristiana.

Sólo como diferencia importante lleva de ventaja el persa, que la historia de Roustem y de Sohrab ha tenido la buena fortuna de ser cantada en forma espléndida por un gran poeta, en tanto que la

historia de David y de Mher, referida por ancianas y cantada por bardos populares en forma rudimentaria y bárbara, espera todavía su Firdouci.

ARCHAG TCHOBANIAN.

PASIONARIA

Huyeron de tus labios las sonrisas;
de tus ojos, estrellas solitarias,
los últimos destellos;
la muerte,
con su túnica blanca,
te acaricia en su seno
besándote la cara,
y en vez de un himno,
se oye en torno tuyo
un miserere lúgubre de lágrimas.

La luna antes de irse
se asoma sobre el muro
del cementerio;
en brazos de la noche
solloza, triste, el viento;
flores blancas de tumba, los recuerdos,
entreambrén á tu lado
el cáliz aterido....

Adios, oh! virgencita,
del país del olvido!

F. JIMENEZ ARRAIZ.

Serenata

La calle está desierta; la noche fría;
Velada por las nubes pasa la luna;
Arriba está cerrada la celosía,
Y las notas vibrantes, una por una
Suenan, cuando los dedos fuertes y ágiles,
Mientras la voz que canta ternuras narra,
Hacen que vibren las cuerdas frágiles,
De la guitarra.
La calle está desierta; la noche fría;
Una nube borrosa tapó la luna;
Arriba está cerrada la celosía
Y se apagan las notas una por una.
Tal vez la serenata con su ruido
Busca un alma de niña que ama y espera,
Como buscan canales donde hacer nido
Las golondrinas pardas en primavera.

La calle está desierta; la noche fría;
En un espacio claro brilló la luna;
Arriba ya está abierta la celosía
Y se apagan las notas una por una.
El cantor con los dedos fuertes y ágiles,
De la vieja ventana se asió á la barra
Y dan como un gemido las cuerdas frágiles,
De la guitarra.

J. A. SILVA.

EL SENTIMIENTO DEL MIEDO

Los psicólogos, médicos y novelistas, han descrito á menudo el miedo. No se trata, pues, de repetir aquí, un trabajo tantas veces, y muchas de ellas, bien ejecutado; sino queremos únicamente estudiar el miedo desde un punto de vista especial. Hasta ahora, todo el mundo se ha limitado, ó á analizar la perturbación mental del miedo, ó á incorporarlo en las modificaciones orgánicas que lo acompañan, las que, para algunos autores, lo constituyen. Apoyándonos, sin embargo, en los sólidos resultados de estas investigaciones, queremos buscar la *causa psicológica del miedo*; es decir, buscar cuál es la idea, ó la imagen ó el estado del espíritu, cualquiera que sea, que produce el miedo.

I

El miedo es un estado muy complejo. Es ante todo una emoción dolorosa; un sufrimiento, y quizá, de los más mortificantes. Y si no, recordémonos del miedo que experimentamos de una operación quirúrgica, del miedo de una noticia fatal; ó puramente, del miedo al ladrón, al asesino, á la noche silenciosa y solitaria, desde el momento en que el silencio *sueña*, ó en que la soledad parece que *vive*. Es á la vez—el miedo—una *tendencia*, ó más bien, un conflicto de varias de ellas. Es una tendencia impetuosa, muchas veces irresistible á huir; pero también es una tendencia á permanecer imposible, á ocultarse, á soterrarse. [Estas dos tendencias tienen su origen visible en la animalidad, si nos colocamos en el punto de mira de la evolución]. Al propio tiempo, es un esfuerzo para prepararse al peligro ó adaptarse á él; y es sorprendente notar cómo se reproduce en todo nuestro ser, un diseño de la actitud, de los gestos, de los hechos que opondríamos al peligro. Tener miedo, es prepararse instintivamente á huir ó á luchar. En fin, hay en el miedo un *pensamiento*, una imagen más ó menos fija, tirana; por ejemplo: la idea de la operación que se debe experimentar; de la noticia fatal que hay que recibir, etc.

Es este el estado mental que se llama miedo. ¿Cuál es la causa de él?

Debe distinguirse la causa inmediata, que es fisiológica, y la causa mediata, la causa inicial, que es psicológica.

La causa inmediata del miedo parece estar en el organismo. El *sentimiento* del miedo se produce por una perturbación general del cuerpo. Late más recio el corazón; se nos aprieta y se nos seca la garganta. Temblamos; nuestros miembros casi se paralizan; las vísceras se contraen. Es esta profunda perturbación en el cuerpo, lo que crea en la conciencia el miedo;—esto es—emoción. Resulta esta verdad de los importantes trabajos de W. James, de Lange, de Ribot, y de Dumas, sobre las emociones.

No será acaso del todo inútil, resumir brevemente esta concepción actual de las emociones, aplicándola en particular al miedo. Hé aquí en qué consiste.

Nos figuramos generalmente que el miedo es un *sentimiento*, un estado del alma que produce ciertos *efectos* físicos, como latidos de corazón, temblores, etc. Tal es la opinión comunmente aceptada, y tal es también la de los psicólogos clá-

sicos. Empero, según la doctrina nueva, es esa una inexacta, inexactísima expresión de los hechos. Lo que es menester decir es que el miedo *lo constituye* esa perturbación corporal; ó en otros términos: el miedo es la conciencia de esa perturbación. Las palpitaciones del corazón, los temblores, etc., etc., no son los *efectos* del miedo: son sus elementos. En suma: suponerse á un hombre con miedo, pero que conserve tranquilo el corazón, fuertes y dóciles los miembros, y las vísceras en estado normal, es precisamente contradictorio, porque ese tal individuo no tendría miedo.

El orden real de los hechos, no es, pues, el que ordinariamente se cree; esto es: 1º visión de un peligro; 2º emoción; 3º turbación corporal. El orden real es este otro: 1º visión de un peligro; 2º agitación corporal; 3º emoción; ó si se prefiere, este otro: 1º visión de un peligro; 2º desorden corporal y mental á un mismo tiempo, que se llama, emoción del miedo. La tesis que en consecuencia proponemos, es la siguiente: ¿Cuál es la causa que produce esa alteración física, que es en sí misma, la generadora del miedo? Debe haber en ello algún antecedente constante, fijo; ¿cuál es?

Con toda evidencia puede decirse que esa causa reside en nosotros, y no fuera de nosotros. Y basta para convencernos, hacer una simple observación. El peligro más grave, más inminente, si lo ignoramos, no causa ningún miedo. La base, pues, del miedo es necesariamente un pensamiento; es causa psicológica. Pero bien, ¿cuál es?

No se crea que pudiéramos quedar contentos con decir que es la *idea de un peligro*, porque es precisamente esa palabra *peligro*, cuyo sentido es menester determinar. ¿Es la idea de un sufrimiento, la idea de la muerte ó de una desgracia? No lo sabemos; pero debemos empeñarnos en saberlo.

¿Cuál es, en fin, la especie de imagen, de pensamiento que acarrea la perturbación compleja del miedo?

En primer lugar podemos establecer que el miedo siempre lo causa una *espera*.

Y nótese, que, la sola *imagen*,—aun cuando sea muy viva,—de un desastre, no basta para que sintamos miedo. Ejemplo: me imagino la catástrofe en un ferrocarril; pero me conservo más ó menos tranquilo, si la marcha del tren es una marcha normal. Del mismo modo que puedo imaginarme una operación quirúrgica, sufrida por mí, sin experimentar, propiamente hablando, miedo ninguno.

Desde luego, no es una simple imagen, la que viene á ser causa del miedo: es más bien, con seguridad, una *espera*. Volvamos á tomar el ejemplo precedente. En el ferrocarril en que voy, me encuentro, dado cierto momento, pensando en una posible catástrofe; me imagino, si se quiere, vivísima la imagen; y sin embargo, no tengo miedo. Pero supongamos ahora que el tren se detiene en la mitad del camino, y sabemos que otro rápido viene en pos del nuestro con unos pocos minutos de intervalo. De repente oímos un ruido formidable que se aproxima y parece venir detrás de nosotros; entonces, el miedo, el verdadero miedo nos domina. Y, ¿qué ha ocurrido, sin embargo, de nuevo? Muy sencillamente es-

to: que en vez de una simple imagen, hay en nosotros una *espera*. Por minutos, ó mejor, de segundo en segundo esperamos el espantoso sacudimiento, y apuntamos el cuerpo lo mejor posible, para recibirlo. Ese es el miedo.

Aun en los casos más diversos, se encuentra este elemento. El *trac* del orador es la *espera* del momento en que debe aparecer en público. Pruébalo bien, que, llegado el momento y ya el orador puesto faz á faz con el peligro, muy frecuentemente cesa el *trac*. De noche, en una casa sola, vacía, cuando un ruido insólito nos despierta, el miedo que sentimos es la *espera* de un nuevo ruido; de otro más determinado y decisivo. El miedo del temporal en el Océano, es así mismo la *espera* por instantes de la ola enorme que quizá llega, estremece al barco ó lo sumerge.

En el *Pozo* y el *Péndulo* de Edgard Poë, es donde debe buscarse el caso típico del miedo. Un condenado, en el fondo de uno de los pozos de la Inquisición, asista al descenso graduado—pulgada por pulgada—línea por línea—de un péndulo cortante, hasta el momento en que «es abanicado por el soplo acre del péndulo,» y en que «el olor del acero afilado se introduce en sus narices.»

Así; la causa del miedo, es una cierta *espera*; pero *espera*, ¿de qué?

II

Para contestar á esta pregunta, es preciso clasificar, tan sencillamente como sea posible, los casos de miedo; y después veremos si no hay algo de común en los diferentes casos.

Paréceme que todos los casos de miedo pueden resumirse en cuatro tipos principales: miedo de la muerte—miedo de lo desconocido—miedo de sufrimientos físicos—y miedo de las emociones.

Una multitud de casos pueden quedar comprendidos en el del miedo de la muerte. Por ejemplo: el miedo de las enfermedades, el miedo de accidentes, el miedo del asesinato, miedo del cloroformo, miedo de un naufragio. En todos estos casos es el instinto de conservación el que se pone en juego directamente, porque se trata de sucesos que amenazan, ó parecen amenazar la vida.

Otra multitud de casos pueden referirse al temor de lo desconocido. Por ejemplo: podemos colocar en esta categoría, el miedo de los objetos fantásticos, el miedo de los fantasmas, el miedo causado por el espectáculo de la locura, los miedos superfisicos de todos géneros, el miedo de la soledad.

Muchos miedos son producidos, esperando un dolor físico. El temor de las operaciones quirúrgicas, el temor de ciertas enfermedades atormentadoras, el temor de una caída, pertenecen á este género; pudiendo decirse, en verdad, que á cada especie de dolor físico intenso, corresponde una correlativa de miedo.

Por último, tenemos el miedo de las emociones. Bajo este título, es fácil distribuir una porción de casos muy conocidos. El temor ó el miedo de la noche, no es más que la *espera* de emociones intensas, que un ruido ó una aparición, pueden despertar en nosotros. En el circo, cuando el gimnasta ejecuta un ejercicio muy peligroso, el miedo que nos oprime, no es otro que la *espera* de la



PIRATAS REPARTIÉNDOSE EL BOTÍN. — Por C. Tornai

violenta emoción que sentiríamos, en el supuesto de una caída. El «miedo del telegrama», es el miedo de la emoción que va a dominarnos al leerlo. El miedo del candidato que espera el triunfo ó la derrota, es sobre todo un miedo de la emoción, pues la experimenta siempre, aun cuando esté certísimo del éxito. En el teatro, cuando «el traidor» va á cometer un crimen, los espectadores sencillos y bonachones tienen miedo. Es simpatía por la víctima, en parte; pero en parte, también, porque esperan la emoción muy viva que les causará el lance en las tablas. El *trac* del orador á que nos referimos anteriormente, es el mismo miedo de las emociones punzantes que este «traidor» va á sufrir, quizá, en ese instante.

Son estos, nos parece, los cuatro tipos principales del miedo. Demás sería decir que se combinan muy frecuentemente entre sí, y que hasta hemos encontrado—tratando el punto—cierto número de miedos que llamamos mixtos. Así, creemos que no hay lugar de establecer otra especie, fuera de las ya dichas. Supongamos: el «temor de la desestimación», de que habla M. Richet, no la conceptúo especie á parte. El cómico que teme «azorarse ó cortarse», juzga, sin duda, que lo apreciarán muy mal. Mas, no es eso lo que positivamente le causa ó le da miedo, porque ése no es sino un temor que viene en pos del otro; un temor secun-

dario. Lo que le da miedo, es que se ve,—por un efecto de la imaginación—«azorado, cortado». Tiene la semi-ilusión de esa catástrofe, y siente ya los sufrimientos horribles que lo agobiarían. Tal miedo, pues, no es el de la desestimación, sino el miedo de los sufrimientos morales, ó mejor dicho, el miedo de las emociones.

¿Qué encierran de común estas cuatro especies de miedo? ¿Cuál es, en todos estos casos, el carácter del suceso que se espera?

Podría creerse que no hay necesidad de examinar el punto; que la respuesta es evidente y muy sabida, porque es siempre *el dolor* ó *el mal* lo que nos produce el miedo. Pero visto así, de esa manera, es muy contestable, pues muchas veces se produce el miedo, *aun siendo un placer* lo que se espera. Por ejemplo: cuando sabemos que van á hacer nuestro elogio en público, esperamos de minuto en minuto la emoción feliz; y sin embargo, tenemos realmente miedo. El «día de los premios», cuando el alumno juicioso siente que su nombre se viene acercando, experimenta una ansiedad, que es más bien una especie de miedo. El placer da miedo.

La causa, como se ve, no está donde se le supone. Creemos que se debe mejor, proponer la hipótesis siguiente: el hecho que causa el miedo es siempre *un choque*, una *conmoción física ó moral*; es

decir, un hecho, á la vez insólito y muy brusco, como para poder romper, de súbito, el curso normal de nuestra vida; ó lo que es igual: una sorpresa.

Podemos verificar esta hipótesis, examinando diversos hechos, al acaso, y probando que los cuatro tipos principales, están comprendidos en el que hemos indicado.

III

Pongamos este caso. Me hallo en un coche al que unos caballos arrebatados precipitan con vertiginosa velocidad hacia una costa. Tengo miedo; ¿de qué tengo miedo? ¿De morir, acaso? Sin duda que pienso en ello; pero eso es secundario. Lo que me da miedo es el choque extraordinario que he de sufrir, y que espero de segundo en segundo.

El miedo de la noche es del mismo género. Cuando caminando solos, de noche, á campo raso, llegamos á la entrada de un bosque, sentimos siempre,—por muy dueños que seamos de nosotros mismos,—una impresión muy semejante al miedo. ¿Por qué? Porque esperamos *una cosa extraordinaria*. Nos esperamos por instantes, un ruido insólito, una aparición repentina, en una palabra: la sacudida de una agresión. Cuando estamos en el circo y tenemos miedo por el gimnasta, ¿de qué tenemos miedo, sino del «golpe de corazón» que nos martirizaría, en caso de una caída. Cuando la tormenta

se acerca y sus bramidos crecen por momentos, el esperar el golpe seco y omnipotente de su estallido y la conmoción moral que nos producirá, eso es el miedo de la tempestad. Se siente en el local cierto olor de cuero de Rusia; y el esperar la llamarada ó el grito supremo de alarma, es el miedo del incendio en el teatro. En todas estas circunstancias, el hecho de que tenemos miedo, es una conmoción violenta, física ó moral.

Podemos estar seguros que todos los casos de miedo están contenidos en el propuesto, porque sabemos positivamente que hay cuatro: miedo de la muerte, miedo de lo desconocido, miedo del dolor físico y miedo de las emociones, y que en todos y donde quiera encontramos el *miedo*, ó el *temor del choque*.

Y en verdad, ¿por qué tenemos miedo de la muerte? Todo induce á creer que es por causa de la sacudida inmensa que nos imaginamos siempre oculta en esa palabra misteriosa. Lo que nos espanta, es el paso ó tránsito confusamente concebido, de la vida á la muerte; la caída en la noche negra del sepulcro; el choque infinitamente violento, el supremo no se sabe qué. Unese á esto, desde luego, el terror de lo desconocido, del «más allá»; y además, agrégase el temor de los dolores que preceden á la muerte. Empero, aun en este doble padecimiento,—como pronto lo veremos,—es siempre la espera de un choque lo que hallamos, y lo que aparece.

El miedo de lo desconocido es del mismo género. Cuando un objeto es desconocido, raro, misterioso, tenemos alguna impresión extraordinaria. El espectáculo de la locura, [ponemos por ejemplo], es espantoso, porque esperamos por instantes, una nueva explosión del espíritu en delirio. La careta espanta á los niños y hasta intranquiliza un tanto á los hombres, porque con ella, no se puede leer en el rostro las intenciones, y por consecuencia, se cree siempre inminente una sorpresa. El que es tímido, tiene miedo de las personas desconocidas, porque espera el choque,—posible en todo momento,—de una pregunta capciosa ó de una burla. Para ser breves, diremos, que lo desconocido asombra, porque es una sorpresa.

Por su parte, el temor de los sufrimientos físicos, no es otro que el miedo del choque. Efectivamente; los dolores á que en verdad tenemos, son aquellos que no sólo son violentos, sino en cierto modo, brutales ó súbitos. Tenemos miedo del dentista, del cirujano; miedo de la herida, del puñetazo ó dentellada; miedo de la neuralgia, con sus punzadas crueles. Cuando el dolor viene sin sorpresa, crece entonces regular y lentamente; como acontece en ciertas enfermedades, que nos enervan y deprimen, pero sin asustarnos. Por lo que toca al temor de las *emociones* vivas, es innecesario demostrar que no es más que el miedo de una conmoción. Y quien dice emoción, dice sorpresa, como profundamente lo advirtió Descartes.

Tenemos, pues, que la causa psicológica de este estado mental y corpóreo que se llama miedo, parece ser una espera, y precisamente, la espera de una sorpresa; la espera de un sacudimiento. El hecho característico se observa en un juego de los muchachos: escóndese uno de ellos en un rincón, como en emboscada; viene

el otro entonces, esperando, á cada paso que da, el grito del compañero que está escondido, ó que de repente le salga y lo asuste; y en todo esto, tiene un miedo mortal y delicioso.

El verdadero símbolo del miedo, es el sentenciado que espera la guillotina ó el fusilamiento; la víctima que espera el golpe del asesino; el pasajero del navío desfondado, que va á sepultarse, ó del que tiene fuego á bordo, y espera la explosión. Si se quiere buscar en la animalidad el temor primitivo, siempre el miedo del *golpe* será lo que se encuentra; esto es: garfiada ó uñetazo, dentellada, testarada, etc.

IV

Puede presentarse buen número de razones en apoyo del análisis que precede.

Basta que se espere un choque, para que haya miedo. Y téngase como evidente, que *aun cuando el choque no tenga nada de doloroso*, el miedo se produce. Veámoslo. Yo sé que detrás de mí van á tirar un pistoletazo; espero la detonación, nada tengo que temer, y ni aun puede decirse que el ruido sea doloroso, verdaderamente; y sin embargo, siento cierta intranquilidad que tiene mucho de la naturaleza del miedo.

Todo el mundo ha podido notar que en el momento en que vamos á entrar en el agua fría ó á tomar un baño de ducha, se siente algo así como una opresión de corazón, muy parecida, mucho, á un *trac* pasajero, ó á la espera de una mala noticia. Las dos esperas, tan diferentes en sí, concuerdan en este punto: esperamos una sorpresa, una conmoción, un espasmo, y, en los dos casos, tenemos miedo; —más ó menos miedo, pero siempre miedo.

Mas todavía: *aun cuando la conmoción esperada sea agradable*, hay miedo; y nada puede mejor que esto, probar que es el solo esperar una sacudida ó conmoción, lo que causa el miedo. La prueba: hemos dicho hace muy poco, que, el esperar un elogio solemne, es una especie de miedo; pues bien: el esperar una noticia muy buena, y aun, muy segura, causa miedo; el esperar un gran placer, da miedo. Cuando á la llegada de un tren vamos á esperar á un amigo, vamos también sintiendo, á medida que la hora llega, latidos de corazón que se semejan á los que sentimos en el miedo.

El hecho siguiente, muy misterioso, merece que se le estudie. Se trata, aun, de esa extraña opresión del pecho que nos da, cuando nos acercamos al fin de un viaje, bien puede ser el más gustoso. ¿Por qué, pues, ese vago deseo de seguir viajando siempre, indefinidamente? ¿Por qué ese inexplicable temor de la estación, en que es necesario bajar, hablar y entendernos con varios individuos? ¿Es simplemente, repugnancia á pasar del ensueño y la ilusión, á la acción y á la realidad? ¿Es vago temor, aprehensión que nos embarga, presintiendo lo infausto que allí podemos encontrar, es decir: tristezas, enfermedades, la muerte misma, que siempre es posible? ¿Es acaso, el secreto temor de no volver á encontrar los corazones como los dejamos, ó de no hallarlos como los deseáramos? ¿Es quizá una confusa inquietud de amor propio, un sentimiento de creer preciso «producir cierto efecto», y ser incapaz de cumplirlo? Parécenos que en todos casos, es

la espera del *golpe de corazón* lo que vamos á sentir, ó en otras palabras, la espera de una sorpresa, de una conmoción.

Así nos explicamos por qué la noche, ó mejor dicho, la oscuridad, espanta ó aterra. Es porque la oscuridad es un posible perpetuo de sorpresa, de conmociones, de sacudimientos. Es el encuentro, factible á todo instante, de un obstáculo, de un sér cualquiera, oculto en las sombras; es la idea que tenemos de que un enemigo invisible está quizá muy cerca de nosotros, y puede surgir bruscamente. Avanzamos, sí, pero con la espera, que sin cesar renace, de un choque. Pertenece á este género, la angustia del marino que vaga entre las nieblas; y entre nuestros muy lejanos antepasados, es posible que la noche trajera consigo el terror, siendo como es, propicia al ataque imprevisto de la fiera hambrienta, ó del hombre enemigo.

Y hé ahí la razón de por qué hemos dicho que el oído es el sentido del miedo. Entre los animales, y aun en el hombre, el miedo lo despiertan ciertos ruidos. Si nuestra hipótesis es cierta, nada es más natural que esto; pues el oído es precisamente, [puede decirse], el sentido de la espera. Un ruido nos *hace esperar* alguna cosa, y es ése su verdadero papel. Al contrario de la vista, que nos presenta ya el objeto en sí mismo. Desde el momento en que vemos, ya no esperamos más; y es esta la causa de que la visión sea, esencialmente, menos motivo de miedos que el oído.

Cuanto al tacto, puede decirse que no provoca casi nunca el miedo, pues es lo contrario de un sentido de espera, dado que es el sentido, por excelencia, de lo sólido, de lo real, de lo presente. En los animales, el olfato puede suscitar tantos temores como el oído; porque, es el olfato un sentido que anuncia, que hace esperar un objeto, cuya presencia notarán la vista y el tacto, en seguida.

Podríase objetar,—como contrario á nuestra hipótesis,—un hecho muy conocido: el miedo después del peligro. Es cierto; el hecho es incontestable. Cuando un peligro muy grave y repentino se presenta,—por ejemplo en un percance de un coche, en un incendio,—no tenemos tiempo de sentir miedo antes; es después cuando la emoción nos domina. Hay en ello,—parece,—un hecho que destruye la teoría de la espera, desde luego que no esperamos el choque, pues ya pasó. Y sin embargo, creemos que ese hecho es perfectamente conciliable con la idea que sostenemos, porque, pasado el peligro, revivimos en nosotros los minutos que lo precedieron, y nos colocamos, por la imaginación antes del choque. Estamos entonces en el lugar en que habríamos estado, si hubiéramos esperado este choque. Por consecuencia, el miedo se produce.

Aunque provisoriamente, suponemos que se puede aceptar el resultado á que hemos llegado. El miedo es la emoción causada por la espera de un choque, por la espera de una sacudida física ó moral. Esta espera puede complicarse con la idea de la muerte, con la idea del sufrimiento, con la idea de lo desconocido; pero ninguna de esas ideas es esencial, porque el miedo se efectúa muy amenuado en ausencia de ellas. Para que haya miedo, es necesario y basta que exista un



UN MILITAR FRANCO DE SERVICIO. — Por S. Klemperer

choque, una sorpresa intensa, esperada de momento en momento.

Pero, ¿cómo atar esta solución con la teoría psico-fisiológica de que tratábamos ahora poco?

Muy fácilmente. Por una parte, el miedo es una perturbación corporal profunda; un conjunto de sensaciones orgánicas confusas. Hé aquí un primer hecho.

Por otra parte; el miedo es determinado por la espera de un choque: hé aquí un segundo hecho.

Y cuando esperamos un choque, ¿qué debe pasar? Justamente esto: que todo nuestro organismo se adapta y se prepara á recibir ese choque. Toma todo nuestro sér la actitud más propia para rechazarlo ó soportarlo con el menor daño posible; y como es consecuente, se producen en nosotros todos los reflejos necesarios para realizar esa actitud; esto es: que el sistema arterial, el sistema respiratorio, el sistema muscular se modifican de manera que la adaptación buscada, sea perfecta lo más posible.

De ahí las sensaciones orgánicas complejas. El miedo es la conciencia confusa de esas sensaciones.

Ahora, ¿cuál es el sentido de la hipotesis á que hemos llegado?

Tiende á poner en relieve esta idea: que el hombre,—como todos los seres vivos,—es esencialmente un sér de costum-

bres. Fue hecho para lo fijo, y trata de perseverar indefinidamente en cierto estado; ó lo que es lo mismo, á no cambiar sino de modo insensible; á *evolucionar* sin violencias ni arrebatos. Todo lo que choca contra las costumbres adquiridas; todo lo que parte la continuidad de la vida, es contrario á su naturaleza, lo repugna profundamente, y tiene miedo.

No debemos olvidar, que, á pesar de esto, hay en nosotros, gusto también por el cambio, amor por lo nuevo; pero tales demostraciones no son más que una tendencia secundaria y añadida. Deseamos el cambio, precisamente, cuando no encontramos medio de habituarnos, de una manera real y profunda, al estado presente. Pero en el fondo existe el instinto de fijeza; casi podría decirse, el instinto de eternidad y el esfuerzo por hacer como eterno el estado en que nos encontramos.

Esta misma verdad puede expresarse en otra forma. Puede decirse que nuestro estado normal es la *adaptación al medio*, la adaptación perfecta. Cuando es perfecta, no hay ruptura de equilibrio, ni se producen los choques. Las sorpresas, los sacudimientos, los choques, son cabalmente contrarios á nuestro instinto más profundo, porque indican una imperfecta adaptación al medio. Revelan á las claras, en ese me-

dio, la existencia de fuerzas con las cuales no ha establecido el sér, ni relaciones ni armonía.

CAMILO MELINAND.

DELIRIUM

Para Pedro-Emilio Coll.

Léidor el pintor pálido, de exóticas creaciones,
pensando en las diabólicas imágenes del Mal,
urdido por el fuego de sus inspiraciones,
sueña en un cuadro que haga su fama universal.

Recuerda hechos históricos y añejas tradiciones,
para dar á su obra un tinte original
y hace con sus pinturas, raras combinaciones,
sobre su transparente paleta de cristal.

Mas, ah! que en sus delirios el inspirado artista
ansioso de laureles, de gloria y de conquista,
encuentra que á su obra no puede darle fin....

Y Léidor, junto al lienzo, mordido por sus penas,
con un puñal agudo se desangró las venas
y el lienzo quedó todo teñido de carmín.

JUAN DUZAN.

1902.

COMISION DE LIMITES DE VENEZUELA
CON LA GUAYANA BRITÁNICA

Segunda internación—Remontando el Barima—La sierra de Imataca—Territorios auríferos—Indios Caribes—Fauna y Flora—Determinaciones geográficas—Distribución del trabajo.



La segunda etapa de los trabajos de esta Comisión deslindadora dió comienzo el 22 de agosto de 1901, después de cuatro meses de tregua forzosa por la estación invernal.

Determinada la situación de punta Playa, sitio inicial de la línea fronteriza; fijadas astronómicamente la fuente y desembocadura de los ríos Mururuma y Jayoba, respectivamente; mensurado el río Amacuro y determinado su nacimiento en la sierra Imataca, quedaron así trazados, en los primeros seis meses de trabajo, 200 kilómetros de nuestras fronteras orientales.

Dice el Laudo, que de las fuentes del Amacuro hacia el interior de Guayana, corre la línea fronteriza por el espolón mayor de la sierra Imataca, hasta su punto más alto, frente á las cabeceras del Barima.

Nuestra entrada, pues, era forzoso que fuera aguas arriba del Barima, hasta encontrar sus fuentes en dicha sierra; las que determinadas convenientemente debían conectarse con las ya conocidas del Amacuro, para seguir luego, en dirección sudeste y por la misma cresta, hasta las fuentes del Acarabisi y por sus aguas bajar al Cuyuni.

Adoptado por ambas Comisiones, este primer plan dispositivo de los trabajos que íbamos á emprender salimos de la aldea de Morajuana el 13 de setiembre á las 3 a. m.

No se nos escapaba lo arduo y penoso que sería nuestra expedición, por lo totalmente desconocido de las regiones que íbamos á transitar. La sierra Imataca nadie la conocía. Los exploradores ingleses que, en busca del oro se habían internado en estas regiones, no habían pasado de Rocky River, afluente del Barima, muy distante todavía de las fuentes de éste; y las referencias que en el tránsito íbamos obteniendo, ya de las relaciones de viajes anteriormente practicados, ya de los naturales mismos de la región, (indios Caribes), eran tan contradictorias que no nos merecían crédito.

Decían unos, que desde el tope de un árbol elevado columbraban hacia Occi-

dente una cordillera elevada, cuyo perfil corría en dirección Sudeste. Negaban otros la existencia de dicha sierra, y sólo hablaban de ligeras ondulaciones del terreno, aisladas, sin eslabones que las unieran entre sí, y no obediendo, por tanto, á sistema alguno definido. Esto, á ser cierto, iba á centuplicar los trabajos de la delimitación, pues, ¿cómo fijar con exactitud una cresta montañosa, que en realidad no es sierra, sino una serie, desordenada y caprichosa, de montículos, cubiertos de bosque virgen y casi impenetrable, donde la vista no alcanza á dominar un radio mayor de treinta metros? Porque, es tal la feracidad de estas selvas, que la madre tierra no tiene espacio suficiente para tan exuberante floración; y sobre los troncos que el huracán derriba, podridos ya, prenden, como en terrenos vírgenes, semillas de plantas diversas, que los insectos, las aguas y el aire depositaron en ellos; y sobre la hojarasca, sin raíces que las sustenten y sostengan, abren sus cotiledones, presas ya, infinidad de simientes; y cada horqueta es un macizo de parásitas, y cada tronco una felpa de trepadoras. Esta es la verdadera zona agrícola de Venezuela, su verdadero granero; nó los exhaustos valles de Aragua.

¡Cosa extraña! pero perfectamente explicable, por la naturaleza misma del terreno y por la riqueza de su flora; los más corpulentos árboles tienen raíces relativamente muy pequeñas, pues cada semilla que cae tiene que disputar, palmo á palmo, la escasa ración de tierra que necesita para su gineceo. De aquí el peligro de dormir en estos bosques, porque el más ligero viento derriba un árbol, y la caída de uno implica la de varios.

Además de esta carencia de datos ciertos sobre la región que íbamos á atravesar, venían á agregarse otras circunstancias que acrecían las dificultades. Ya en la sierra, el trasporte de nuestras provisiones sería muy difícil, pues sólo en hombros de nosotros mismos podríamos movilizarlas, abriendo previamente picas en el seno de la selva.

Temíamos también que al ascender, abandonando las vertientes y naturalmente las vías fluviales, la falta de agua nos sitiara por sed, necesidad más imperiosa que el hambre misma, y que más perentoria satisfacción demanda.

La única vía posible para nuestra internación, en busca de la sierra, era el mismo río Barima, por cuyas aguas arriba debíamos llegar algún día hasta su nacimiento; pero como precisamente estábamos en la época de la sequía, su remontada iba á ser muy ardua, por la falta de agua suficiente para el flote y progresión de nuestras curiaras.

Tiene este río, desde su nacimiento hasta su desembocadura en la Boca Grande de Orinoco, 250 millas de curso. La porción comprendida entre sus bocas y la estación inglesa de «Mount Everard» es navegable, en todo el año, aun por buques de gran calado; no tanto por su extensión en latitud como por su profundidad, pues los sondeos practicados dan, por término medio, 70 pies de profundidad; más que nuestro gran Orinoco. De este río son exclusivamente venezolanas, sus últimas 45 millas, aunque de navegación libre para Inglaterra.

Su hoya hidrográfica es muy vasta, pues recoge las aguas de todas las ver-

tientes orientales de la supuesta sierra, cuyos dos principales ramales, al unirse bajo un ángulo casi recto, del cual viene á ser como bisectriz dicho río, limita una área de 1.050 millas cuadradas que constituyen la hoya del Barima.

De la estación inglesa de Ankoka comienza á dificultarse más y más la navegación. Grandes cataratas y saltos interrumpen á cada paso el curso del río obligando á detener al pie de ellas nuestro convoy, para descargar las embarcaciones, y evadir por tierra el obstáculo.

Dos meses después de nuestra salida de Morajuana nos encontráramos acampados al pie de la catarata «Eclipse Fall», de una milla de extensión y que á favor de una pica, abierta en el bosque, se evade fácilmente.

En este sitio, llamado en dialecto Caribe *Mekokerusa*, pernoctamos 15 días.

Después de esta primer catarata se sucede una serie de pequeños salto ó rápidos, que nos obligan á saltar á la orilla, para hacer por tierra el trayecto necesario para evadirlos.

La segunda catarata de importancia que después de la primera encontramos, fue la de «Harrison Fall» ó «Hell Gate;» su extensión no es grande, pero la velocidad de la corriente es rapidísima, pues todo el caudal del río, que á esa altura tendrá 100 metros de anchura, tropieza, se detiene, primero, y se lanza en seguida, con pasmosa rapidez, por encima de aquella valla, opuesta por la naturaleza misma, de enormes cantos rodados, piedras negruzcas, de reflejos grises, pulimentadas por la acción de desgaste de las aguas y compuestas en su mayor parte, de óxidos de hierro magnético.

Curiosa é imponente, porque exhibe de manera magnífica la lucha entre el hombre y las fuerzas brutales de la naturaleza, es la ascensión de nuestras embarcaciones por encima de las rápidas chorreras. Doce ó veinte hombres (generalmente indios caribes, medio civilizados,) llevando uno de ellos sujeta entre los dientes la extremidad de una cuerda que va atada á la proa de la embarcación que se va á subir, se lanzan á nado en el remanso que forma el río antes de lanzarse por el abrupto muro de rocas; en tanto que igual número se cundan por el opuesto lado con sus empujes, las tracciones que verifican los primeros sobre la cuerda que sostiene la embarcación.

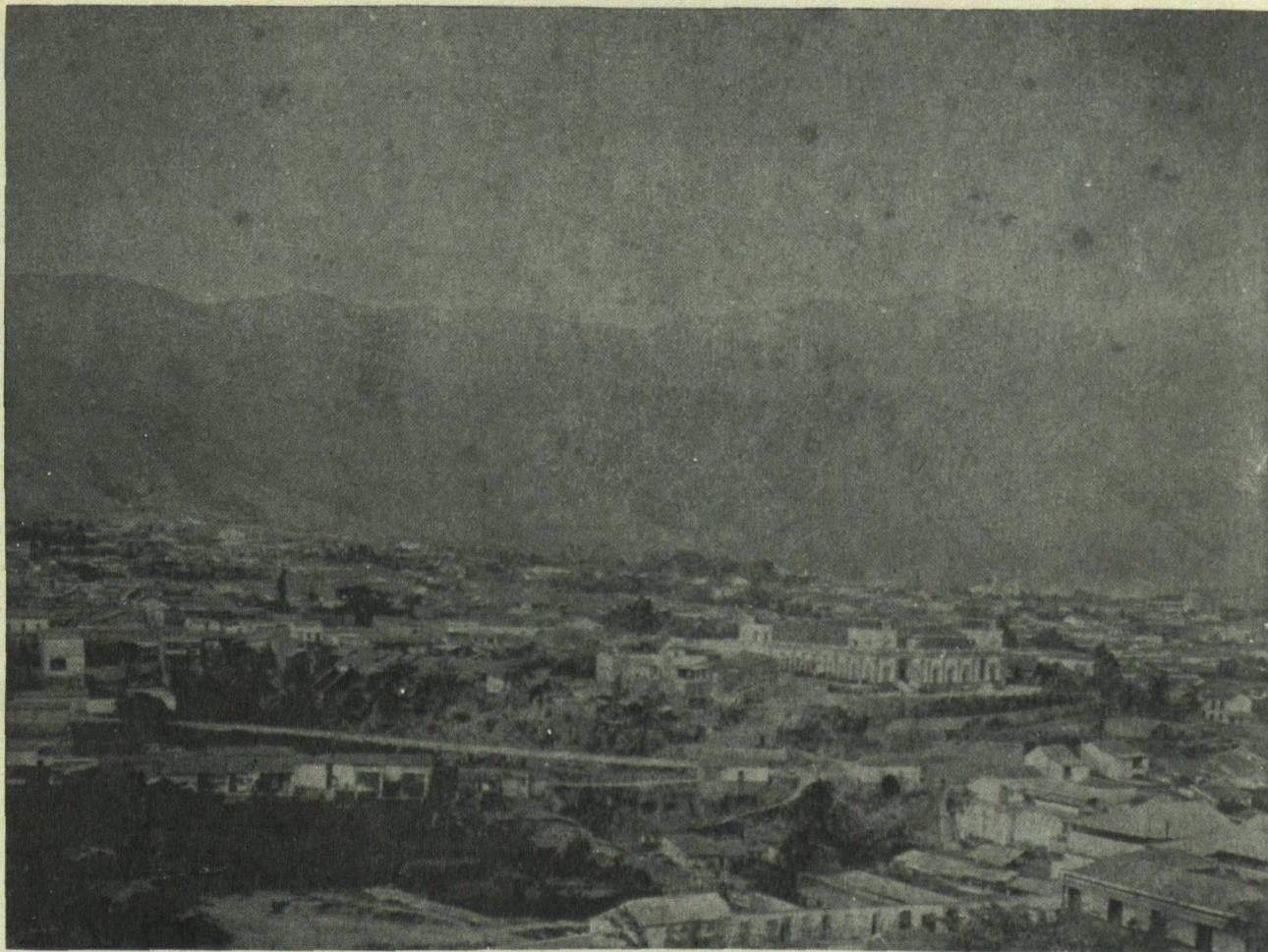
Momentos hay en que un pequeño esfuerzo más, de un breve instante, bastaría para realizar la difícil maniobra; pero uno de los peones resbala, sobre las pulidas piedras donde se apoya, titubea, cae al fin, y arrastrando consigo á los demás, ruedan todos, en confuso montón, arrebatados por la corriente y perdiendo en breve, á riesgo de la vida, el progreso alcanzado en largas horas de inauditos esfuerzos.

Larga y penosísima fue nuestra ascensión hasta las cabeceras del Barima, á las cuales llegamos después de 80 días de nuestra salida de Caracas, y cuya posición geográfica quedó determinada según las siguientes coordenadas: Long: 60°, 44', 10", 82, O. G.—Lat:

Sierra Imataca—Kuliaku Creek: diciembre de 1901.

ELÍAS TORO.

(Continuará.)



VISTA TOMADA AL SUR OESTE DE CARACAS

EL CASTILLO DE ELSINOR"

Habita el alma de Hamlet entre las negras y frías paredes de un castillo fantástico. La sombra de sus alas, reflejando en todos los sitios de la medrosa mansión, la da un terrible aspecto de vida, como si la negra masa fuese un imaginario rostro, inmóvil en la tiniebla:

Es el Castillo de Elsinor, á cuya terraza baja en la negrura de la noche un espectro, no ya, como en el drama de la vida, la sombra del padre, clamando venganza: semeja una evocación de fiebre....., y el alma del que se llamó Hamlet da un graznido de ave nocturna y el Castillo parece conmovirse.

Aquella sombra coagulada, impalpable como el vacío y como la impresión de la retina, no hace una sola aparición inútil: siempre grazna el misterioso habitante de un modo singular y distinto, y nunca el viento errante dejó de arrastrar en sus girones helados la voz del alma y la conmovición del Castillo.

Los que sienten el soplo revelador meditan y el yo cierce sus rayos á través de la inmensa sombra humana: así, el alma de Hamlet es inmortal.

Pedro-Emilio Coll, el autor de «Palabras...», ha mostrado una nueva conquista en su viaje imaginario al Castillo Ideal coleccionando en un volumen sus sensaciones é ideas, para que, como una nueva fuerza, vayan á través del inmenso campo de la Vida y del Arte, á contribuir á ese murmullo soñador de que las almas hacen sus meditaciones, á encender en

el inmenso cielo negro nuevas chispas de luz metafísica.

Esas impresiones agradan á mi modo de ser intelectual.

En nuestro medio, adonde las conclusiones de los pensadores llegan, cruzando el océano, en forma de libros, á prestarse á nuestra voracidad como hostias de distintos dogmas, mientras en torno nuestro pesa una atmósfera de malestar y agonía y en el fondo de nuestro yo sentimos iluminarse de cuando en cuando las ruinas atávicas, la raza intelectual se caracteriza por una honda tristeza nutrida de fantasías y sueños. Fáciles nuestros nervios al ritmo más lejano y sutil, nuestra fuerza dominante es la nerviosa y así nuestra concepción de las cosas es, como su expresión en imágenes y símbolos, delicadamente sensualista.

Nos ha tocado presenciar desde nuestro peñón americano, las maravillosas escenas porque atraviesa el mundo y la voz de los sabios, cabalgando en el ala de los vientos, viene á nuestros oídos como sobre un clamor de marea.

La ciencia, esa combinación de principios, hipótesis y experiencias, ha socabado lo que se creía establecido *ab-eterno*, y los eternos problemas, ofreciéndose sin cesar en cada grado y matiz del dolor humano, parecen tener una influencia fatal sobre las almas que, como llamas temblorosas, buscan con su resplandor inconstante todos los sistemas.

La grave influencia de la negación del libre albedrío haciendo vacilar los dogmas racionalistas, dispone los espíritus á esa múltiple lamen-

tación que, en sus variadas manifestaciones, no proclama otra cosa que la necesidad de nuevas verdades, de nuevos *limites* en el infinito á que referir las reglas de la vida.

Ante la tempestuosa exigencia dudamos con Renán, «quien sabe si la delicadeza de espíritu, consiste en abstenerse de concluir.....» porque, precisamente, la humanidad necesita embriagarse de conclusiones.

Ah! no nos burlemos! es preciso colgar un velo azul ante el altar del infinito y hacerlo palpar de las multitudes.

Las almas necesitan un ideal grande y fuerte que, aliándose á la Naturaleza, haga estupendas revelaciones. Tal vez se acerca el momento de una de esas prodigiosas revoluciones, armadas de sueño y utopía, en que la gran masa humana ondea y se revuelve furiosa bajo el ojo impasible del sol.

¿Será, quizás, que la sangre derramada en puntos separados de la tierra no satisface ya á la Naturaleza, que reclama un baño general de lava fecunda para volver á comenzar.....?

Espíritu delicado, viva imaginación, red de vibrantes nervios, Pedro-Emilio Coll refleja su temperamento con toda la energía cromática de la faz impresionada. Los que se empeñan en clasificar las manifestaciones literarias en cada momento histórico, llaman «impresionistas» á aquellos escritores que traducen las influencias circunstantes, sin fundirlas en el molde de una idea preformada.

El «Impresionismo» es como la «forma» del «diletantismo», puesto que caracteriza ese estado de alma producido por el ambiente de todos los

ideales y la bruma de todos los sueños: es el cuadro de naturaleza vislumbreado bajo una extraña luz interior y del cual se levanta un ritmo ágil en sugerencias, amplio en vuelos metafísicos, rico de fragmentos sensitivos y como esfumado por un velo de mórbida ironía. En mi sentir, ambas palabrejas, como las de «forma» y «fondo», son vagas creaciones impuestas por una simple necesidad ideológica.

Hamlet, poderoso entre los hombres y no obstante viviendo la mortificante vida interior, en la que se diseca una fibra siempre que se analiza el acto humano y en la que la propia vanidad se suicida ahogándose en la vanidad universal; obedeciendo después á la invocación de un espectro y haciendo de la venganza un deber, ¿no obedeció á sus impresiones? Páreceme que sus monólogos y sus diálogos reflejan tan bien su temperamento como sus actos trágicos y aun creo que, (con una menor dosis de negro *hamour*), si hubiera respetado un poco menos la idea de la venganza, habría obrado más filosóficamente, no precipitándose en los dominios de la acción.

Y aquí me figuro oír unos labios irónicos, explicar la tragedia hamletiana:

—Marcelo, el amigo del Príncipe, fue quien maquinó la aparición del padre, disfrazando de espectro á su criado..... Y agregan luego: «De todas maneras Hamlet es nuestro hermano, más por su vida interior que por sus gestos trágicos.» «Marcelo erró como todo ser que quiere disponer del destino de otro ser y decidirlo á obrar contra su propia naturaleza; en fin, yo prefiero que haya sido un criado y no el propio espectro del Rey quien dictase la venganza, porque debemos suponer que los muertos saben mejor que los vivos la consecuencia de los actos humanos.»

Si el temperamento de Hamlet no hubiera sido modelado para la tragedia, habríase encastrado en su «Castillo Interior», á meditar sobre la necesidad de huir de los hombres para no odiarlos.

En el «Sueño de una noche de verano», Coll presenta al verdadero Maestro, al buen pensador de alma cándida que no se hesitó jamás y que en su sinceridad se mortificaba de engañar á cada paso á los hombres, á pesar de haber endulzado siempre sus dudas y vacilaciones con la amargura de su ironía. Es Renán: él habría encontrado sin objeto la venganza; sin duda, se hubiera consolado un poco estableciendo con su amplio y diáfano estilo, ingeniosos límites entre el deber filial y el homicidio.

Coll, dormido frente á un jardín, sueñase despierto, pero velo, lleno de una fecundidad fatal, tornársele hostil, como por obra de milagro. Los árboles crecen ostensiblemente, sus cortezas se hinchan pustulosas, sus ramajes se acodillan y enlazan, vuélvense ásperas y puntiagudas sus hojas, como de cardos. De repente, mira al Maestro adelantar con pausado paso, rechoncho y bonachón bajo el hábito de seminarista que usara en San Sulpicio. Renán, que tal vez evocaba la vieja catedral de su infancia creyéndose solitario, parece turbarse. El Discípulo cuéntale su extraña malaventura y le pide auxilio. Al oír hablar de milagros el Maestro sonríe y al explicarle, —mientras avanzan por una ruta difícil,—el nombre del «Sitio de los Suicidas» que acaban de dejar, expónele de un modo ingenioso el problema de la Vida y la Muerte, el fatalismo de la causalidad entre cuyos anillos agonizan todos los ideales de justicia y hasta la piedad desfallece. Narrábale el Maestro la historia de un anacoreta suicida, quien no pudo resistir los designios del Dios milagroso que inspirara á un león magnánimo el deseo de devorar á un inocente corderillo

blanco, tan puro é ingenuo que balaba su oración todas las mañanas.

Y concluye el Maestro considerando que el anacoreta obró sin filosofía y «que tuvo la desgracia de ignorar las ventajas de su dilettantismo.» El anacoreta debió hacerse como él una oportuna distinción entre Dios y la Naturaleza: si hubiera dado la espalda á las estrellas impásibles, para aclamar religiosamente al Dios de justicia que mueve su voluntad en las cosas y las almas, seguramente no se habría visto arrastrado á su acción desesperada. El no cree como Taine que el hombre debe seguir por modelo á la Naturaleza; tal vez el método de éste sea irreprochable....., quizás esté en la verdad..... Pero, sin duda, Taine tenía sus razones para vacilar á veces y, «no había que olvidarlo; nacido católico, habiendo vivido separado de toda otodoxia, había acabado pidiendo se le enterrase cristianamente, según el rito protestante.» «La inconsecuencia es un elemento esencial de todas las cosas humanas.»

Luego, en respuestas al Discípulo, Renán concluye reconociendo la necesidad de hacer construcciones sobre las demoliciones del siglo.

Este momento atemorizante porque atraviesan los espíritus tiene naturalmente su razón de ser.....

¿Quién sabe si sobre el alma actual trabajada y sutil, refinada en las artes de la meditación, poderosa á fuerza de atesorar sensaciones y de crear castillos metafísicos, va á caer no tarde la gota de sangre engendradora de la nueva alma!

Y divagamos, ¿será el mundo futuro la continuación progresiva del mundo presente ó el alumbramiento de una infancia.....? Imposible dividir la Idea pura del tiempo en sus elementos de *pasado y futuro*, y, por otra parte, esa comparación que establece el hombre entre la insignificancia de su vida y la inmensa sombra que lo rodea, no puede menos que desfallecerlo.....

En el actual estado de progreso, este ser superior no puede satisfacerse con la explicación de sus propios actos: muerto el Milagro, los dioses vacilantes, las leyes morales faltas del providencial apoyo, imposible le es darse cuenta de su existencia y de su fin..... Llenos de orgullo científico, los sabios arrancan secretos á la Naturaleza y si la Industria prospera y se ennoblece, la Filosofía aún no ha salido de sí misma.

Abajo las multitudes blasfeman, en espera de la nueva Ley dominadora y en sus entrañas la bestia atávica se retuerce y gime.

El Discípulo se queja en nombre de las almas, hambrientas de afirmaciones; y el Maestro, sincero é ingenuo, recuerda el paso continuo de los llamados Profetas: cuenta cómo el último de ellos, de nombre Zarathustra, acaba de bajar de la serena Alemania, en medio de una pompa bárbara, anunciando la venida del reformador, que llama el Super-Hombre, —como en una recitación monótona, acompañada de instrumentos primitivos. Aconseja el culto de la fuerza, maldice en nombre de la Vida la piedad é invoca la sinceridad del instinto, eterno é invencible.

Al escucharlo, enloquecen los más fuertes, creéense Super-Hombres ellos mismos y celebran festines dyonisiacos sobre los restos de los miserables, asesinados.

El Maestro padece; sus conclusiones dadas al público lo atemorizan: como Taine, él hubiere querido expresarlas en latín, «para hacerlas menos accesibles á la multitud.»

Varias de sus ideas, ampliadas á gusto, bien pudieron servir al Profeta fabuloso para la formación de sus doctrinas; pero le consuela un tanto su inmenso amor por la Verdad, aquel

anhelo torturador y santo que impulsa á las almas á concebir el Gran Principio, de cuyo seno fecundo surjan las acciones y los actos, bajo una consoladora luz de filosofía.

La ruta se va haciendo más fácil, el paisaje menos agreste; el aire suave agita un aliento primaveral y bajo el cielo limpio, más allá del cristal rizo de un lago, se miran florecer los vergeles de la Eterna Ilusión. Renán, acariciado por el medio, habla con viveza, chispea genialmente sus pensamientos, enflora y hace reír sus melancolías, juega espiritualmente con la paradoja. Habiéndose separado para cambiar de traje,—pues por la grata zona del bosque acostumbran pasear parejas de amantes y otras personas dichosas y teme por su concepto de librepensador,—vuelve envuelto en su levita cuadrada, relevado el abdomen bajo el chaleco opresor, y sonriendo, reconoce que «él no nació para el traje civil»; «como el *hircorserf* de la escolástica él posee dos naturalezas, una de las cuales se entretiene en devorar á la otra» y con pesar comprende que ya todos los hombres van experimentando ese género de milagro. Continúa floreciendo su ágil estilo y el Maestro expresa su pensamiento de encastrar en algunas páginas morales toda su sinceridad, é imagina como el último sueño de su vida, el grato deseo de resucitar en la forma de un breviario, chico en su cubierta de marroquín negro y acariciado por el gesto fino de una enguatada mano aristocrática.

Despierta el Discípulo. El jardín duerme su tranquilo sueño de verano bajo la amplia serenidad del cielo humedecido por el suave fulgor de la luna. El Discípulo tiene en sus manos los «Dramas Filosóficos» de Renán.

Vese en los «Sueños» el fantástico Castillo Interior alzar su negra masa en medio al silencio de la noche, como un lugar de evocación y ensueño, adonde la imaginación y el arte viajan en busca de líneas y símbolos para sus esbeltas construcciones, en que cada idea es una piedra y una sensación cada bajo-relieve. Ellos retratan y explican el dilettantismo de Coll, y el «de una noche de verano» deja pasar el alma visible del Maestro, á través de su simbolismo diáfano.

«Opononax», son escenas vividas por el alma de un mozo que de París vuelve á la vida del terruño y comienza á sentir la fisonomía de las cosas familiares, mientras de allá, tras el mar, vienen á él con los hálitos perfumados de opononax de una voluptuosa, el caudal de vida derrochada, las fuerzas del *yo* dispersas, los girones animados de la voluntad; y en el fondo de su sér los recuerdos del amor primero, perfume virginal de la niñez y de la Patria, —se alzan al ritmo de un nombre de mujer, como reflejos transparentes de una nueva existencia, á cuya luz el alma, enferma y corrompida, creará los sueños de una nueva juventud.

Pero ah! el triunfo es del dolor.....; á menudo engalanado de piedad y mintiendo turbaciones de dicha, ya voluptuoso y triste haciendo fallecer el espíritu bajo una promesa de fecundidad, ora simulándose vencido para siempre al impulso de una extraña energía, el dolor es inmortal..... Una noche de baile al inclinarse ante la mujer,—viejo sueño errante que vuelve en forma extrañas,—tal vez con la esperanza de recibir en el rostro una caricia de selva virgen, en el semblante de ella vió reflejarse una imprevista fisonomía, y de su seno descubierta y de su larga cabellera y de todas sus líneas, puras y firmes, sintió exhalar como un soplo de corrupción el perfume de opononax.....

Es fácil é intensa la figura de aquella señora que primero mujer de su hogar, revela luego en las notas más altas de su canto los ritmos de una



PICNIC EN LA PUNTA DE CAMACHO. — Lago de Maracalbo

oculta sensualidad y que, esforzándose por interpretar las impresiones de los autores en el momento creador, vertía su propio mal sobre sí misma.

La limpidez de estilo recuerda á D'Annunzio y las sensaciones se imprimen con precisión maravillosa.

El cuento «El diente roto» es una chica joya de labor esmerada, en la que una figura de león, inofensivo y sin colmillos á fuerza de vejez, exalta la imaginación del terruño con todos los atributos de la fuerza intelectual, cuya expresión de «filosófica» está tan familiarizada con todo el mundo, entre nosotros. Por las páginas del cuento mira uno pasar las sombras chinescas de tantos *pensadores*: viejos inútiles que vestidos de librea de gala sostienen una carga de laureles, inmóviles y erguidos en la puerta de nuestras Academias; muchachos de imaginación exaltada que echan á los cuatro vientos su cienticismo ridículo, relampagueando períodos de Spencer ó de Hegel; chicos de mayor edad y acaso de menor imaginación que, devorando libros, y más libros, se producen en impertinentes análisis y juicios á la manera de Max-Nordau ó de Taine; en fin, todos los que por nuestras calles y paseos han logrado atraer las miradas con sus actitudes «filosóficas» que, acaso, honradamente, no tienen otra causa que el *pensativo* acariciarse un diente roto—«sin pensar.»

Las «Viejas epístolas» entre un criollo *parisiense* y otro de Caracas, expresan en tono chispeante é intencionado las mutuas impresio-

nes y deseos; son sanas y largas charlas, impregnadas de fina maledicencia y buen humor. El de Caracas sueña con darse un paseito á Europa y con tal objeto busca y al fin consigue «una subvención del Gobierno,» para estudiar «cualquier cosa» en París. Visitar París! He aquí el primer ideal de todo pecho joven entre nosotros..... Los almacenes llenos de objetos parisienses, el aire de nuestros paisanos que han pasado por *allá* un par de meses, las novelas y revistas ilustradas..... nos producen la nostalgia de su atmósfera. Visitar París!... ¿Quién no desea tomar ajeno y acariciar las muchachas del Barrio Latino? Y en nuestro ambiente parece cernerse entre tanto como un negro presagio de ruinas y desgracias; y anega el alma una turbación extraña, formada quizás por gestaciones inútiles ó por sensaciones condenadas á dormir sobre cunas ó ruinas, hasta que un medio adecuado llegue á despertarlas con su varita de arte mágico.

«Decadentismo y Americanismo» son páginas llenas de consideraciones acerca de las corrientes de la moderna literatura en nuestros países.

La crítica superficial y augusta, sin meditar un poco sobre la causalidad y pretendiendo encerrar en la rígida impotencia de las reglas todo el azul del Arte, dirige sus ataques obscuros y sus sátiras mordaces contra los que proclaman ó presienten en América la aparición de una nueva fuerza estética que, profundizando en el alma nacional, trabaje y saque á luz en obras de belleza toda la riqueza entera. Llámanlos decadentes fútiles, simbolistas

obscuros y necios, dispuestos siempre á trasladar á nuestro suelo, con aire de innovadores, las caprichosas baratijas francesas.

Lo cierto,—y este es el argumento más sencillo contra la crítica implacable,—es que la llamada «enfermedad» persiste y se propaga y ha comenzado por hacerse una necesidad fisiológica, si así puede expresarse, siempre que de arte se trata.

La interpretación verbal de los momentos de la sensibilidad reclama una continua renovación de los procedimientos; y á medida que el alma nacional vaya tomando fisonomía propia, la obra necesaria de asimilación se irá haciendo más homogénea.

Permítome dudar, no obstante, cerca de la realización precisa de los ideales de un arte americano. Nuestras sociedades encierran en su seno muchos oscuros problemas que habrá de resolver un futuro más ó menos lejano. Cabría, tal vez, temer que la tardía evolución de nuestros grupos sociales pueda ser desviada por elementos extraños. Vendría también la consideración del desigual estado de progreso que ya distingue las nacionalidades americanas y que tiende inevitablemente á separarlas.....

La unidad literaria en América, (los países que hablan el español) me parece impracticable mientras lo sea la unificación de las almas y de los pueblos bajo un mismo ideal y en un medio definido de impresiones.

Mi imaginación vislumbra en el rostro de esfinge del porvenir qué se yo como reflejos de sangre y de conquista.

La parte que completa el volumen,—«Hojas de un diario»—, son «Sensaciones» que, por la habilidad del pincel, evocan desde sus manchas de color sugestivos paisajes interiores.

La sensación de la última página del libro «la muerte de los Dioses», que refleja ese momento crepuscular en que agonizaba la Hélade y el radiante Jesús cruzaba con sus Apóstoles las colinas apacibles de Galilea, es la cristalización de ese momento de dolorosa paz interna,—alma del diletantismo—, en que se funden en un abrazo contemplativo todos los ideales y sueños, ya que, por razón de su existencia, son á la vez causa y efecto en la vida del género humano.

Renán, descubriendo en el remoto Oriente, con ardor idealista, los fósiles de lenguas desaparecidas, para reconstruir la historia de la trascendental época del último milagro, es un elevado caso intelectual de esa torturante necesidad que nos agita de envolver con una suprema, armoniosa idea la lucha fatal de las cosas.

De esta múltiple aspiración de las inteligencias á descubrir la Verdad, de este profundo malestar de las almas, de esta incertidumbre de los pueblos, ha de surgir la idea pura, la generalización más abstracta, fecunda en agua de salud para los pensadores y que animará nuevos ídolos para la multitud.

Mientras tanto, trabaja la ciencia, el arte vacila y tiembla como ante una terrible y oscura gestación del misterioso instituto..... y algunos espíritus delicados, como Pedro-Emilio Coll,—ni luchadores ni Profetas—,recogen en las fibras de su temperamento los choques de los ideales y sistemas, y en estilo limpio y fiel brindan al público sus refinadas impresiones.

J. T. ARREAZA CALATRAVA.

Caracas: I—1902.

MADRIGAL HETERODOXO

Deja que mi canto brote
para tí como un arrullo
y en tu redor vibre y flote.
Depón, marquesa hugonote,
tu austeridad y tu orgullo.

Soy hidalgo, amarte puedo
si eres hidalga también:
mis mayores con denuedo,
siguieron á Godofredo
luchando en Jerusalén.

Si tú entre las damas sueles
preponderar, vive Dios,
yo privo entre los donceles;
si ostentas muchos cuarteles
yo tengo sesenta y dos.

¿Que tu padre combatió
con el mío y se dañaron
de diverso fin en pro?
Pues amémonos tú y yo
después que ellos se mataron!

¿Temes que el mundo publique
nuestro idilio, murmurando?
Pues yo diré á quien critique:
También el rey don Enrique
amó á las del otro bando.

Y frente al primo de Guisa
al ir de Lutecia en pos,
dijo con cierta sonrisa:
Paris bien vale una misa....
tú, marquesa, vales dos!

Vamos, concede que brote
la voz de mi plectro eólico
y en tu redor vibre y flote....

¡Piedad, marquesa hugonote,
para este bardo católico!

AMADO NERVO.

Paris.



Blanca Toutain, artista del Teatro del Vaudeville - Paris

REVISTA DE CIENCIAS



MUCHO nos falta para conocer todos los secretos que el cielo no nos ha revelado todavía. Conocemos hace tiempo las estrellas fijas, y sabemos que son soles; conocemos los planetas, los cometas, las nebulosas, etc. Conocemos igualmente las estrellas variables y las estrellas temporales; pero, á decir verdad, son imperfectas las nociones que tenemos de estos últimos astros, tan raros como hermosos. Cuando menos lo pensamos, una de esas tardes bellas y serenas, miramos al cielo; y, en una región en que nada aparecía la vispera, se destaca soberbia, brillante, una magnífica estrella, que, bien podría decirse fue engarzada ahí durante el día, para que luciera á nuestros ojos admirados, como un nuevo faro suspendido en el infinito. Fenóme-

no éste muy raro, pero que ha sido observado ya más de veinticuatro veces. (1) Así de esa manera, vino inopinadamente á principios del año retropróximo, á presentarse en la constelación de Perseo, una nueva estrella, que, no hay para que decirlo, llamó y fijó la atención de los astrónomos. La *Nova* de Perseo brilló con resplandor vivísimo durante quince noches. Después, de primera magnitud, disminuyó lentamente de intensidad; varió mucho; de muy luminosa se tornó en pálida, hasta que al fin, después de ha-

(1) He aquí el cuadro de todas las apariciones de estrellas temporales, desde los tiempos más lejanos, levantado por M. Schoux. La primera aparición fue en el mes de julio del año 134 antes de Jesucristo, señalada por Ma-Tuan-Lin. Plinio indica también una aparición el año 130. Todas las demás que se han observado, corresponden á fechas de nuestra Era, y son éstas: 123, 173, marzo 363, abril 386, 389, 393, 827, 945, mayo 1012, julio 1202, diciembre 1230, julio 1261, 11 de noviembre de 1572; esta última corresponde á la gran estrella observada por Tycho-Brahé. Tenemos en seguida: 1578. (observación de Ma-Tuan-Lin.); 18 de agosto de 1600, 1601, (gran estrella observada por Juan Brunowski, discípulo de Keplero, 20 de junio de 1670 y 1690. Sobreviene entonces una gran laguna, y encontramos al fin con las observaciones contemporáneas en esta forma: 20 de junio de 1848, 12 de mayo de 1866, 24 de noviembre de 1876, 30 de agosto de 1885, 10 de febrero de 1892 y finalmente, el 20 de febrero de 1901.

berse iluminado en el espacio como un encendido fuego Santelmo, desapareció en medio de las estrellas de escasa ó débil intensidad luminica.

Evidentemente que es una estrella temporal; pero, ¿qué estrellas son éstas que se alumbran con una luz que ha de extinguirse al cabo de algunos meses?

Muchas hipótesis se han establecido á cerca de las estrellas temporales; pero la que más notable descuello, es la de que una estrella de este género, parece ser un sol á punto de extinguirse, ó mejor, apagarse. En la síntesis grandiosa de Laplace, los astros resultan de la condensación de la nebulosa primitiva. La nebulosa, verdadero globo de vapores incandescentes, tiende á subdividirse por la influencia del enfriamiento, y poco á poco se separan masas distintas de diferente volumen. Las grandes masas rigen las demás, y constitúyese así un sistema particular, ó más claro: un sol, planetas y satélites.

Un antiguo experimento, muy conocido, de Plateau, hace tangible el fenómeno. El experimento es éste: en una vasija llena de agua, Plateau imprimía un movimiento de rotación rápida á una pequeña cantidad de aceite. Hecho esto, nótese cómo la masa se divide y brotan de ese embrión cósmico, pequeñas esferas líquidas impulsadas del mismo movimiento de rotación que la masa primitiva. Por lo que concierne á nuestro sistema solar, déjase comprender que de igual manera quedaron constituidos el sol y los planetas todos; y que los astros, así formados, pasaron sucesivamente por enfriamiento y en razón de su masa, á globos gaseosos, líquidos y sólidos. Tal fue así para el Sol, para Júpiter, aun en estado gaseoso, y luego, para la Tierra, Venus y Marte, ya solidificados.

Obedeciendo á la teoría de Laplace, las

estrellas temporales habrían podido ser astros en evolución muy avanzada. A punto de solidificarse, podían salir de la superficie comprimida por las escorias ya formadas, vapores incandescentes que dieran al planeta en formación un brillo momentáneo, haciendo creer que tales rayos de luz eran como los últimos testi-

podemos saber, en globo, la composición de todos los mundos que gravitan en el espacio. Y gracias al espectroscópo ¡cuántos hechos; y cuán extraordinarios, nos han sido revelados! Concebíamos la estrella temporal como un astro que se apaga y se encostra; pero el análisis espectral nos dice: “¡Qué error! Es todo

lo contrario, y estáis lastimosamente equivocados. Una estrella temporal es... un astro que se desagrega, se disipa en vapor y pasa al estado de nebulosa.”

En la teoría de Laplace, la nebulosa hace los astros; pero en el espectroscópo,—por lo que se refiere, á lo menos, á toda una clase de estrellas,—es el astro el que se resuelve en nebulosa.

Si es positivo el fenómeno, sería verdaderamente singularísimo. Todo el mundo sabe muy bien, que, según las leyes de la termo-dinámica, si nuestro globo se detuviera bruscamente en su trayectoria, en el instante se produciría tan inmensa cantidad de calor, que en brevísimos segundos se fundiría y evaporizaría, retornando así el estado de nebulosa.

Mas, de súbito también, todo el equilibrio del sistema solar se destruiría, y un cambio completo habría en la marcha y la distribución de los mundos. Y como desde los tiempos históricos, nada pa-

recido ha tenido lugar jamás, ningún astro se ha paralizado en su trayectoria, no se puede, desde luego, atribuir verosímelmente esta causa á la transformación de las estrellas temporales en nebulosas.

Ahora, ¿por qué de modo inopinado cambia un astro de naturaleza? El problema de las estrellas temporales, lejos de simplificarse, se complica, y hemos de confesar, que no sabemos absolutamente lo que es una estrella temporal. No es extraño. Mil cosas hay en el cielo, y donde quiera, que creemos saber, y sin embargo, ignoramos de ellas hasta la



La Torri, en Les Barbares. — Academia Nacional de Música

gos de la agonía de un sol que se acababa. Las variaciones del brillo, fácilmente podían explicarse por la desigualdad de las proyecciones luminosas, y por último, la extinción más ó menos rápida del astro, resultaría, naturalmente, de la solidificación de su superficie.

Esta explicación parecía suficiente, y por mucho tiempo,—podíamos decir,—satisfizo á todas las exigencias. Mas, todo ha cambiado. El análisis espectral permite juzgar del estado físico de un astro, aun cuando sea á gran distancia, desde luego que con el espectroscópo

primera sílaba de la palabra que las expresa.

Por lo que hace á la nueva estrella observada el año anterior, en Perseo, daremos, de una breve manera, todas las observaciones que pudieron los astrónomos hacer en ella.

En el acto que se encontró la estrella, según los datos que suministraba el espectroscópeo, es decir, por la luz que emanaba del astro, se supo que la *Nova* de Perseo, era una estrella blanca. Siendo blanca la luz, debía ser el astro sólido ó líquido; una esfera incandescente rodeada de una atmósfera gaseosa. Mas, desde el 24 de febrero el astro se modificó. El espectroscópeo señalaba rayas características que mucho recordaban las de la *Nova Auriga* de 1892. Para el 6 de marzo, según las observaciones del sabio físico inglés Mr. Lockyer, las líneas ya vistas se obscurecían, y no se distinguían más que las del hidrógeno;—y poco después, en la última quincena de abril, M. Deslandres, del Observatorio de Meudon, (cerca de París), señaló la raya verde característica de las nebulosas. Después de Deslandres, confirmaron el hecho los astrónomos de otros Observatorios.

Deducción forzosa. En pocos meses, la estrella de Perseo se transformó en nebulosa!

¡Estrella temporal de 1892, nebulosa!
¡Estrella temporal de 1870, nebulosa!
Fue Vogel, observador muy notable, dotado con una vista excelente, quien vió pasar esta última estrella del Cisne, al estado de nebulosa, á medida que su brillo se eclipsaba.

A menos, pues, que sea una ilusión en la que exista una causa que por el momento se nos escapa, vémonos forzados á concluir que tenemos estrellas que después de haber lucido con un brillo excepcional algunas semanas, terminan su evolución pasando al estado de nebulosas.

En resumen: hay estrellas, y estrellas... Pero nos falta saber por qué el mayor número nace indudablemente de la condensación de una nebulosa, al paso que ciertas de ellas, mueren al transformarse en nebulosas.

HENRI DE PARVILLE.

LOS MACABEOS

La vida y los hechos de los Macabeos presentan argumento acabado para más de un poema épico.

Dios, la Patria y la Libertad, es decir: lo divino, lo heroico y lo noble, inspiran y mueven á aquellos varones esforzados que restauran el culto del Dios Vivo, del Dios de sus mayores; reconquistan la independencia de la Patria; y devuelven la dignidad á sus conciudadanos.

No en vano fue grande Eleazar, cuando en medio del contagio público ofrenda la vida en aras del deber religioso; ni aquella madre, heroína anónima para mayor grandeza suya, que padece siete veces la muerte en otros tantos hijos inmolados á su vista: —los Macabeos recogen tan altas enseñanzas y sacan triunfante la insignia de Israel..

Matatías, sacerdote de la estirpe de Joarib, retirase con sus cinco hijos: Juan, Simón, Judas, Eleazar y Jonatás, á la montafia de Morín, cercana á Jerusalén; y rechazando las intimaciones de los comisionados de Antioco IV (Epifanes), rey de Siria, apellida guerra contra el invasor extranjero, enemigo



Segundo premio de canto en el concurso del Conservatorio de París—Srita. van Gelder

del Dios de sus mayores y de la independencia de la Patria.

Pero al anciano levita apenas le cupo dar el alto ejemplo: murió *en buena vejez*, exhortando á sus hijos al cumplimiento del deber, como lo cumplieron en todo tiempo sus gloriosos progenitores, y designando á Simón para varón de consejo y á Judas por caudillo militar de sus conciudadanos.

Judas, apellidado por su valor—*el que hie-re, el que pelea*; es decir: MACABEO, dió este nombre á todos los suyos, quienes también fueron llamados ASMONEOS, palabra que significa *príncipe, embajador*.

Bien merecía tal dictado el valeroso judío que con escaso número de compatriotas osa desafiar no sólo el poderío de Antioco, sino también la indiferencia y aun la enemiga de los suyos. La fe en el Dios de sus mayores y el amor á la Patria le inspiran invencible aliento; y Filipino de Frigia, gobernador de Jerusalén; y Apolonio, gobernador de Samaria, caen vencidos; y Serón, y Nicanor, y Gorgias, y Lisias, y Timoteo, y Báquides corren igual suerte.

«Algunas veces,» dice el Texto sagrado, «la escasa hueste comandada por Judas se turba á la vista del enemigo, con mucho superior á ella; pero el valeroso Macabeo la repone y la alienta infundiéndole la altísima idea

«de que sólo el Dios de Sabaot es el Dios «de los ejércitos, el Dios de la victoria.»

Entra, por fin, triunfante Judas en la metrópoli de Israel y purifica el Templo; mas, no hace otra cosa sino tomar posesión de un desierto cubierto de ruinas. El invasor extranjero dominaba el Alcázar, y la alegría estaba desterrada de la ciudad de David, donde no resonaba ya ni flauta ni cítara. ¡Triste trance el del vencedor á quien sólo saluda el silencio en el solar paterno redimido por el heroísmo!

No decae, empero, el ánimo del soldado de Dios, que limpia de escombros la Ciudad, transforma en edificio las ruinas del Santuario y hace desaparecer los impuros ídolos extranjeros; tras de lo cual barre de enemigos no sólo el país de Jerusalén, sino el de Galilea, el de Hebrón, el de Azoto, y aun el del otro lado del Jordán.

Ensoberbecido el enemigo lanza al joven Antioco Eupator al frente de cien mil peones y veinte mil ginetes contra los valerosos judíos. No amedrenta á Judas el bélico aparato; antes bien, lánzase contra el invasor, y cubre la tierra con seiscientos cadáveres. Pero aquello no fue sino una victoria sin triunfo: la superioridad del enemigo era siempre abrumadora, por lo cual resolvió Judas encerrarse en una ciudadela alrededor del Tem-



SERVICIO DIVINO EN SALZBERWERK. — Cuadro de Stachiewicz

plo, donde resistió con felices resultados, hasta el punto de celebrar con Antioco un convenio que tenía por base la restauración del culto del Dios único.

Muerto Antioco Eupator y exaltado al Imperio Demetrio, renuévase la guerra contra Jerusalén; y renuévase igualmente las inauditas hazañas de Judas y de sus valerosos compañeros. Preséntase otra vez Nicanor en la contienda, pero para caer, primero venido en Cafarsalama y muerto luego en Adarsa. La victoria vivía de asiento bajo las banderas del Macabeo.

De tal manera personificó Judas la suerte de Israel, que por primera vez se dió el caso de reunirse en un mismo individuo el poder religioso y el poder civil. A la autoridad civil y política unióse, pues, en Judas la de Gran Sacrificador, para sostén de la existencia nacional.

Comprende, ello no obstante, el esforzado Caudillo que la lucha contra el macedón es infructuosa por interminable; y en tal virtud, solicita y obtiene la alianza del pueblo romano, de quien recibe el decreto del caso grabado en láminas de bronce. Por primera vez se encuentran en la historia aquellos dos pueblos que cambian la civilización universal, el uno codificando el derecho y formulando la justicia, el otro proclamando á la faz del cielo la unidad de Dios y la unidad del género humano.

Pero la protección de Roma se hizo esperar, y no llegó á conocimiento de Demetrio sino cuando éste había enviado nuevas tropas contra Jerusalén. Báquides y Alcino al frente de veinte mil soldados amenazan á Judas, quien apenas dispone de tres mil compañeros.

Nunca apareció tan grande el Macabeo como en este apuradísimo trance, pues atemorizada su reducida tropa desbándase en

la mayor parte, quedando sólo al Caudillo ochocientos combatientes.

Y aun estos mismos quieren esquivar el combate haciéndole presente que era temeridad el aceptarlo. «Líbrenos Dios,» díjoles Judas, «de huir delante de nuestros enemigos: si nos ha llegado la hora, muramos «valerosamente antes que mancillar nuestra «gloria.»

Al frente, pues, de ochocientos heroicos compañeros resiste Judas el embate de veinte mil enemigos; rómpelos en una de sus alas; hace milagros de valor; pero el defensor del derecho cae, por fin, abrumado por el peso del número.

«Aquella derrota,» dice un historiador contemporáneo (Poujulot), «fue más gloriosa que todas sus anteriores victorias.»

La Escritura Santa, con su lenguaje de vigorosa elocuencia, trae el elogio de Judas Macabeo en una sola frase:—«Cayó Judas, y «cuántos lo acompañaban huyeron.»

El pueblo de Israel lloró la muerte de su Caudillo con llantos y lamentos que recuerdan los que alzara la musa divina del Rey-poeta cuando cayeron Saúl y Jonatás en la tierra de Gelboé.—«¿Cómo ha perecido el Campeón que «salvava al pueblo de Israel; el que protegía «con su espada el campamento?»

Judas Macabeo aventaja á Aquiles en el valor y lo sobrepuja en los propósitos; porque cuando el Héroe griego pelea protegido por los dioses y movido por la venganza, el Caudillo hebreo, después de hazañas humanas verdaderamente inauditas, cae combatiendo por el Dios de su fe, por la independencia de su Patria y por la libertad de su pueblo.

El espíritu del denodado Macabeo se trasmite á sus hermanos. Jonatás sucede á Judas y casi renueva las hazañas de su glorioso antecesor; hazañas que sella con la victoria de Cades ó Cedés de Neftali.

La traición pone término á la gloriosa carrera del Héroe. Preso en Tolemaida por el pretense usurpador Diótotes y asesinado luego por Trifón, asume Simón el mando supremo con aplauso de todo Israel.

Aprovéchase Simón de las desavenencias de los príncipes que se disputan el imperio de Siria, y recupera la antigua herencia de Jerusalén. Pesesónase de la Ciudadela, ocupada por el enemigo durante veintisiete años; restaura solemnemente el respeto de aquel lugar santo; y en una asamblea de todo el pueblo queda constituido en Sumo Pontífice, Gran Caudillo y Príncipe de los judíos.

El Gobierno de Simón Macabeo afianzó la paz en la justicia y el orden en la libertad. La pintura que hace de aquella época el historiador sagrado es superior á toda alabanza:—«Cada cual,» dice, «cultivaba tranquilamente su «campo; el país de Judá producía opimas cosechas; los ancianos, sentados á las plazas «públicas, departían sobre la abundancia de «dos bienes de la tierra; y engalanábanse los «mancebos con ricos vestidos. Cada uno se «sentaba á la sombra de su parra ó de su higuera sin que nadie le infundiese temor.»

La Judea obtuvo durante el gobierno de Simón el respeto de los reyes comarcanos; y hasta recibió de Lacedemonia y de Roma fianzas de paz expresadas en cartas amistosas.

Y sin embargo: este Caudillo, tan heroico en las armas como justiciero en el consejo, pereció víctima de una traición urdida por su propio yerno Tolomeo, quien lo hizo asesinar, así como á dos hijos del mismo Simón.

Juan, á quien se apellidó Hircano, hijo de Simón, reemplaza á su padre en el Supremo Sacerdocio y en el Principado; pero sus hechos y su vida no se refieren en los libros de los MACABEOS, cuyo autor nos remite á los ANALES DEL SACERDOCIO, obra que, sin duda, se ha perdido.

El historiador judío Josefo refiere algo del gobierno del hijo de Simón, á quien pinta digno mantenedor de su estirpe, pero al propio tiempo el último representante de la gloria judía.

Después de sangrientas intrigas y de crímenes cobardes entre los que sucumben sucesivamente el primer Aristóbulo, Alejandro Janeo é Hircano II; el segundo Aristóbulo mendiga el apoyo de los romanos con serviles tributos, sin que la infamia logre afirmarlo sobre un trono minado ya por la cobardía y los vicios.

Aristóbulo II desciende del trono para ir á adornar la pompa triunfal del gran Pompeyo; y el heredero del nombre y de las glorias de los MACABEOS entra como trofeo servil en la misma ciudad que acogiera con aplauso á los embajadores de Judas.

Cuatro son LOS LIBROS DE LOS MACABEOS, pero sólo dos se tienen por auténticos, pues los últimos fueron escritos después de los tiempos de Esdras, el cual, como se sabe, ordenó y dividió LAS ESCRITURAS.

Ignórase quién sea el autor del primero de dichos libros, escrito en siríaco, lengua que usaban los hebreos en la época de los MACABEOS. El texto primitivo se perdió, y sirve de original una versión griega.

El LIBRO segundo, como se dice en el mismo (cap. II, ver. 24), es un compendio de los cinco libros de Jasón de Cirene, escritor judío, lleno de piedad y de celo religioso.

Con los MACABEOS termina la sucesión legítima de los reyes de Judá, cuyo cetro pasa á gentes extranjeras; hecho éste que señala y fija el promedio de los tiempos.

Para conmemorar el vencimiento de los judíos, acuñó Roma una medalla en que se representa el cautiverio de Judea bajo la figura de triste y desolada matrona sentada al pié de una palmera.

MARCO ANTONIO SALUZZO.

CANTABA EL RUISEÑOR

«La Luna, tras los montes ascendía,
cantaba el ruiseñor.»

Fubio Flatto.

Todos van, vienen, se reposan, pelean, rien, lloran, se entregan á las ocupaciones más prosaicas de la vida corriente, sudan vulgaridad y de vulgaridad se nutren. Y de todos ellos, ninguno sabe que lleva por dentro misteriosos jardines ignorados.

No lo saben.

Ya es un mercader, quizás el más ruin de los mercaderes: vende, compra, trafica, sobre todo presta con usura, defrauda, se alimenta de impureza, respira impureza, el rubio del oro le deja en las uñas un reflejo de sangre, y el blanco de la plata le deja en los dedos la más pura sal de muchos ojos. Y sin embargo, dentro de ese mercader, sórdida máquina de ruina, algo muy blanco hay, como un lirio que albea y perfuma dentro de una vasija fea y tosca; sin embargo, detrás de la pieza de oro que hace las veces de corazón en el más ruin de los mercaderes, como detrás de una verja, hay un camino por donde se va hacia algo que á lo lejos albea y perfuma como un jardín todo blanco.

Y él no lo sabe.

Ya es un político, tal vez el más vil de los políticos (infamia, falacia, perfidia, todo lepra) que, por sobre intrigas, en medio de intrigas llevando el hilo de su propia intriga en las manos, marcha derecha ó sesgadamente al único fin de su vida pública: la traición más grande y provechosa. Y sin embargo, detrás del repliegue más rico en lazos traicioneros, detrás de la obscura y siniestra doblez que hace las veces de corazón en el más vil de los políticos, hay un

camino por donde se va á un paraje deleitoso en donde el agua duerme, bajo arbustos en flor, con la franca transparencia de un ojo claro de niño. Y el sueño del agua parece anegar todas las cosas. Porque sobre todas las cosas hay algo húmedo, tierno, transparente, y que brilla..... Como el rocío de todo un jardín cuando el alba despunta.

Y él no lo sabe.

Ya es una mujer egoísta y coqueta, la más trivial de las coquetas. Parece probarlo y saborearlo todo. Prueba y saborea con los labios, con las manos, con los ojos, con todas las partes de su cuerpo. Y con el alma, lo mismo: «flirta.» Saborea amores como todo lo demás, muy superficialmente, como si saborease pétalos con el filo de los labios. Y sin embargo, detrás de la entraña que, semejante á una perversa boca cruel, hace las veces de corazón en la más trivial de las coquetas, hay un camino en cuyo fondo se ve subir el resplandor de una rosa que arde. Tal vez no es una, sino muchas rosas..... Muchas rosas que arden. Es tal vez la fiebre de todo un jardín que se consume en un ansia infinita de sol.

Y ella no lo sabe.

Así, todos van, vienen, pelean, trafican, rien, lloran, sudan vulgaridad y de vulgaridad se nutren y prosperan. De todos ellos, ninguno sabe que lleva por dentro maravillosos jardines ignorados.

Pero, sucede que llega el Poeta y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor

y entonces, todos lo saben.

Desde ese punto, creen que siempre lo han sabido. En verdad, lo han sentido, si acaso, alguna vez rara: sólo que por sí mismos no podían hallar la palabra fina capaz de contener el matiz fino, que por sí mismos no podían crear la figura frágil digna de contener el sentimiento frágil, ni mucho menos conocían el secreto de condensar toda una Primavera en un gajo de flores.

Pero, cuando el Poeta *Mega* y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor

entonces, todos poseen el secreto. Entonces, en cada uno de ellos hay una primavera latente que, desentumecida en un lapso, rompe en música y surge en un gran soplo. Entonces, cada uno de ellos ve dentro de sí su propio jardín..... O sus jardines, porque hay hombres afortunados que llevan muchos jardines por dentro. Los flores del jardín pueden ser todas blancas, ó todas purpúreas. A veces, como en el cuento de *Allenberg*, hay dos jardines gemelos, uno junto á otro, y mientras en uno de ellos no hay sino claveles blancos, como fragante nieve en flor, en el otro no hay sino claveles rojos como rubies fragantes. Las flores, también pueden ser todas azules. También de vario color. A veces el jardín tiene sed; otras, abunda en agua. Y el agua, ó más bien el alma diáfana del agua, se desliza bajo la tierra del jardín, prometiéndole una flor á cada germen, ó salta á la superficie y corre cantando como una indiscreta, cuando no se deja vencer de la tibieza del aire y se queda dormida en la hondura del pozo. En el jardín hay altos árboles: pueden ser palmas ó tilos, según el trópico abraza ó el norte hiele. Pero cualesquiera sean los árboles, palmas ó tilos, en cada jardín hay siempre, escondido entre las hojas, un ruiseñor que espera la hora inminente del canto. Y siempre, sobre cada jardín cae un claro de luna, blandamente, suavemente, como un beso plácido sobre las cosas, ó turbador, embrujador, penetrando las cosas como una sutil fiebre divina.

Todo, porque el Poeta llega y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor,

*
*
*

¿La crítica? Ah, sí, me olvidaba! ¡La crítica! Fácil juego de dioses, cuando no es arduo trabajo de enucos.

¿La crítica? Ah, sí, me olvidaba: el Poeta debe pasar á través de la hostil región en donde los «ismos» libran una perpetua batalla estéril. Clasicismo, neo-clasicismo, romaticismo, realismo, naturalismo, decadentismo y otros muchos «ismos» nuevos, todos los «ismos». Uno tras otro, son como una serie de fortalezas en un paisaje adusto. Y en cada fortaleza vive una casta enemiga de las que habitaban las otras fortalezas. Entre los «ismos», hay algunos muy viejos, pero tranquilos, como seguros de su valer, y algunos muy jóvenes, intranquilos, llenos de petulancia. Entre uno y otro hay siempre odios que se cruzan. En cada uno hay dómicos antipáticos y gente amable, ancianos dulces, bondadosos, y ancianos ridículos, hombres reflexivos y hombres faltos de seso, buenos muchachos presuntuosos y muchachas bonitas. Y todos, agrupados en puertas y ventanas, asisten cuando raya el día, al aparecer de la Belleza. Porque el Poeta siempre aparece con la aurora, en lo alto de la colina que está de la parte de oriente en la hostil región de los «ismos». Y como el poeta al aparecer, esboza el ademán de bendecir la tierra inhospitalaria, al tiempo que caen las primeras rosas de sol, parece como si él arrancara de sí mismo las rosas y las deshojara sobre el paisaje adusto.

Como á una señal convenida, principia entonces la lucha formidable de los «ismos» entre sí y de los «ismos» con la Belleza. En las puertas, en las ventanas, en las más altas almenas, danzan gesticulaciones incoherentes y locas. De muchos labios brota la blasfemia. El viejo rencor enciende las pupilas muertas de los ancianos, y del pecho de los más jóvenes vuelan vibrando, como sierpes aladas, las implacables envidias. Tan solamente las muchachas bonitas asumen un aire piadoso. Como son muchachas, no tienen por qué abrigar viejos rencores, y como son bellas, no saben de envidia. Más bien sonríen con los ojos y los labios á la Belleza que se acerca, y en la sonrisa le mandan un beso y un saludo. A veces, con la sonrisa de los labios, delicadamente irónica, le dicen: quienquiera que tú seas, avanza y no temas; no hagas caso de los abuelos y los padres: quienquiera que tú seas, nosotras y tú somos hermanas desde que *Gæthe* el divino entró en cada una de nuestras viviendas, en cada «ismo» violó una Musa y en cada «ismo» nos dejó una hermana, quizá la más bella de todas.

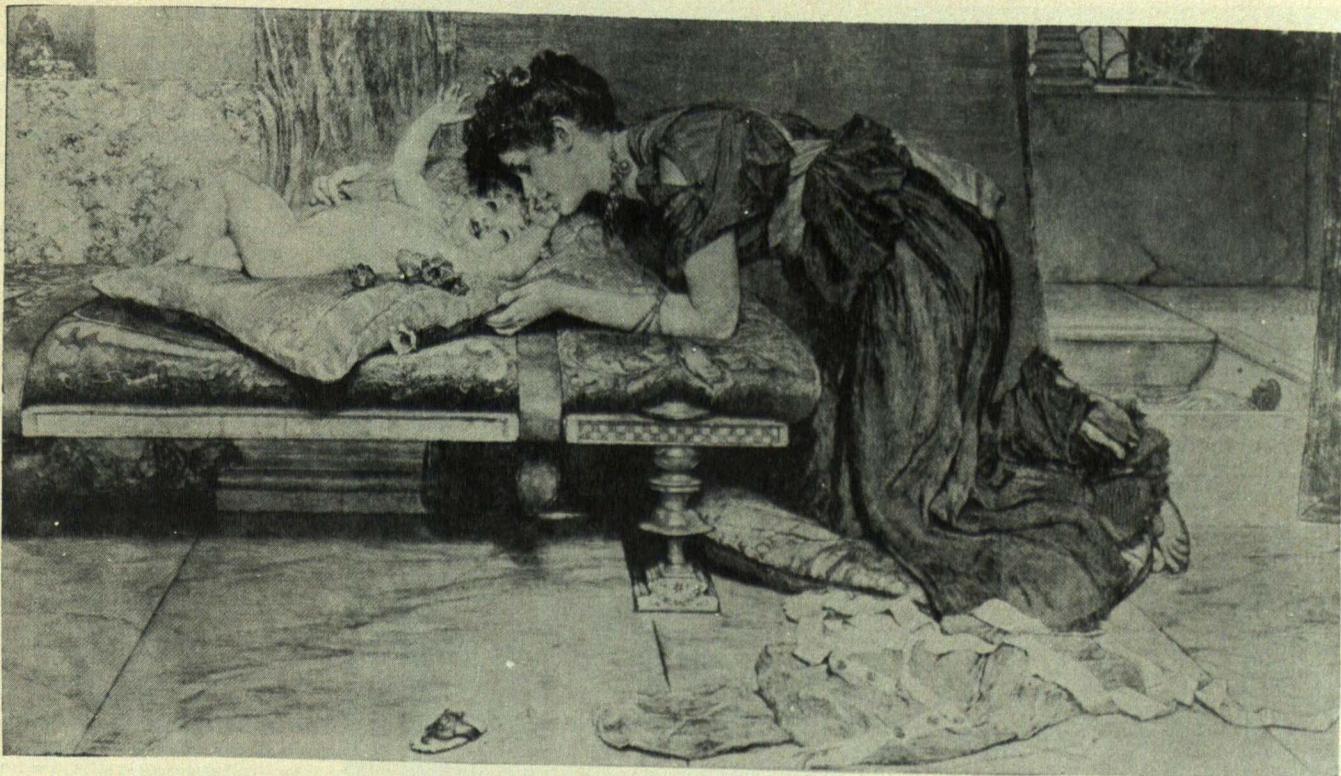
El Poeta continúa bajando, con la aurora, de lo alto de la colina que está de la parte de oriente en la hostil región de los «ismos». Canta, y sus canciones breves parten hacia el éter, sedientas de azur, como abejas de oro. Aun cuando hablan de dolor, cuelgan estalactitas de miel en las asperezas de la ruta.

De las canciones, apenas oyen los «ismos» un rumor apagado que despierta en ellos, como un eco, blasfemias y envidias. Luego, oyen distintamente algunas palabras. Luego, versos y estrofas. Por último, el Poeta llega y dice, con suma sencillez:

cantaba el ruiseñor

y la turba enmudece.

MANUEL DIAZ RODRIGUEZ.



EL PARAISO EN LA TIERRA. — Por L. Alma-Cadena

“Ciego, ¿es la tierra el centro de las almas?”

SONETO DE ARGENSOLA

De siglo en siglo el lastimero grito
de la conciencia universal resuena:
¿Por qué tantos delitos sin condena?
¿Por qué tantos suplicios sin delito?

Vano clamor, se paga en lo Infinito
como el fragor del piélagos en la arena;
nada responde á la razón serena
la ciencia nueva ni el vetusto Mito.

Y en tanto que el espíritu en la muda
inmensidad del Ideal explora
y busca y busca el centro de las almas,

Se mece, antorcha sepulcral, la Duda
sobre el abismo que á la par devora
manos inicuas y triunfales palmas.

RICARDO DEL MONTE

RONDEL

Colgadas de las ramas de un árbol viejo del camposanto,
Verdosas las campanas gimen las horas del fin del día,
Y dan los toques lentos con tan profunda melancolía,
Que húmedo el aire dejan con impalpable vapor de llanto;

En ellas nunca suenan claros repiques, cuya alegría
En el extraño idioma de las campanas es risa, ó canto:
Colgadas de las ramas de un árbol viejo del camposanto,
Sólo quejarse saben con los acentos de la agonía;

Paréceme que escucho la voz doliente del alma mía
Cuando la tarde tiende sobre los cerros su opaco manto,
Y cerca á los sepulcros de aquellos seres que quise tanto,
Siento que gimen ellas con los acentos del fin del día,
Colgada de las ramas de un árbol viejo del camposanto.

F. RIVAS FRADE.

PÁGINA DE ÁLBUM

Para Ana Teresa Hurtado Machado.

Tu blancura es de nieve,
y á la esplendente luz de tu blancura,
el astro no fulgura,
ni á competir con tu fulgor se atreve.

Las líneas de tu cuello,
donde velado al ideal arrullas,
se miran al través de tu cabello
como un lejano y pálido destello.
¡No hay líneas más hermosas que las tuyas!

Son tus frases conjunto de armonías,
y evocan al perderse en la distancia
las muertas alegrías;
el extinguido amor y la fragancia
de los pasados días.

Por eso ante el fulgor de tu blancura,
bajo el excelso trono de tus galas,
mi verso, como un pájaro en la altura,
pide un rayo de luz sobre sus alas!

1902.

R. BENAVIDES PONCE

AUGUSTA

Cuán cierta era la frase del libro amarillento
que provocó tu inquina contra el autor profundo:
“Toda ilusión es humo, mentira el sentimiento;
nunca al poeta, al sabio, pide la ley del mundo.”

Tú reíste la frase con tu reír de aurora,
soñando en ese instante con el doncel gallardo
que penetró al misterio de tu alma soñadora
con su amor exquisito como el olor de un nardo.

Y no ha pasado un lustro. Con su frescor de fresa
en el sutil ambiente de mujeres hermosas
paseó por el mundo tu perfil de duquesa
con la gracia suprema de un manojo de rosas.

Hoy das tu mano en gaje del esplendor mundano
No por amor: tú sientes al lado de él, hastío;
y cuando se entrelaza tu mano con su mano
ante la cruz, temblando, temblando estás de frío....

Has aprendido mucho de la verdad helada;
has dejado prendidos en su irónica mueca
muchos flecos de seda de tu manto de hada
que tejieron las gracias en su divina rueca.

Te contagió la fiebre del éxito que aturde,
el ansia de conquista que á los demás asedia....
y triunfó tu belleza—en las tramas que urde
el sórdido egoísmo—en la humana comedia.

Y sin embargo cuando te levantaste ufana
del pálido holocausto de tu noche de bodas
en la mansión de mármol, la radiante mañana
latir hizo en tu pecho tus ilusiones todas.

Del jardín emanaba en effluvios sutiles
el aroma inefable de magnolias y lirios
despertando en la gloria de tus ventidón abriles
los punzantes anhelos de imposibles delirios.

Sufriste en un momento la sensación doliente
del vacío implacable que al ideal devora,
y tus radiantes sueños murieron tristemente
con las últimas notas de tu reír de aurora.

ELEAZAR SILVA.

LA CIENCIA Y LAS CIENCIAS

Lo mismo ocurre, sin duda, en el mundo sabio que en el mundo literario: la generalidad de las reputaciones son usurpadas, y los nombres más conocidos son los de los hombres más intrigantes y menos escrupulosos. Pero en el mundo científico como en el artístico á veces se realizan acuerdos entre el genio y la gloria, entre el talento y la reputación: Berthelot, por ejemplo, es ilustre y nadie contesta que ello sea legítimo. Como químico, es uno de los más altos representantes de una ciencia, interesante sobre todo por sus resultados prácticos, por sus aplicaciones industriales. La retorta de Val Helmont valdrá en lo sucesivo millones; la de Berthelot hubiera hecho de él uno de los poderosos de este mundo, á haber tenido el gusto del lucro; pero él prefiere las coronas, medallas, apoteosis, y así ha sido recompensado. Ir más lejos, y decir que Berthelot representa la Ciencia sería ir demasiado lejos. La química, aún sintética, no es la Ciencia, es una de las ciencias sobre que disputan los hombres. Por otra parte no hay una ciencia absoluta, no hay sino ciencias particulares. No valdría la pena de haber destruído las viejas religiones para sustituirlas con una nueva religión, mucho más tiránica y dogmática.

Invocar, si se es prudente, la autoridad de una ciencia, es limitarse, y nada más, al método especial de la ciencia de que se trata. Un filólogo, un químico, un historiador, un electricista pueden decir igualmente: la ciencia. Esto significa: mi ciencia, mis principios, lo que es válido en este momento para mí en el círculo de estudios donde evoluciono. En un sentido superior, la Ciencia podría significar el conjunto de conocimientos humanos. Ha existido siempre un conjunto de conocimientos humanos, pero nunca ha sido como ahora más inaccesible á las fuerzas de un solo hombre; y, por la misma actividad del movimiento científico, no ha sido nunca este conjunto, este bloque, más precario é inestable. En tanto que el cerebro humano permanece idéntico á sí mismo, siempre la misma máquina sin perfección posible ni aun imaginable, el tesoro de los conocimientos, gracias á la escritura, á la imprenta sobre todo, va siempre creciendo. Antes las nociones se sucedían unas á otras, hoy se acumulan, y han formado una colina, una montaña más difícil de dominar. Si esa montaña no estuviera desplomándose sin cesar, si lo nuevo no viniera, hora por hora, á derribar lo viejo, la Ciencia no sería sino una masa espantosa é invencible. Darwin ha demostrado cómo la tierra, que parece inerte, está en perpetuo movimiento, gracias al trabajo de sus moradores y en especial al gusano. Las partes más profundas de un campo no removidas nunca por el hombre, salen lentamente hacia la superficie; una piedra colocada en la yerba, se hunde en algunos años, y desaparece al fin. Las ciudades abandonadas descienden así en la noche compacta. Este movimiento representa muy bien las lentas oscilaciones de la Ciencia: lo que es hoy la verdad y la luz cae gradualmente en las tinieblas. Dentro de cien años la Ciencia de hoy no será sino un montón de supersticio-

nes entre las cuales apenas se distinguirá algunas nociones exactas. La química de Berthelot es la química del porvenir como la química del monje Bacon es la química del pasado.

No puede pues, nadie ni aún un sabio universal, afirmar principios en nombre de la Ciencia. Esa Ciencia, de la que él sería sacerdote, no existiría ya, apenas sus principios hubieran sido proferidos. Un descubrimiento insospechado puede, mañana, reducir al estado de manual de hechicera nuestros tratados más célebres. La química, que no es sino una de las ciencias, es insuficiente para conceder á un sabio, aun del valor de Berthelot, el sacerdocio social.

Dijo el día de su apoteosis Berthelot: «La Ciencia reclama hoy á la vez la dirección material, la dirección intelectual y la dirección moral de las sociedades.» ¿Cuál ciencia? Sé bien que Berthelot ha realizado, en 1862, la síntesis del acetileno, ¿pero tiene eso alguna relación con la moral, y dá ello el derecho de regir las investigaciones filosóficas ó de dirigir la construcción de sub-marinos? Tales palabras son desgraciadas, y peores porque incitan al sarcasmo. Ellas podrían arrojar por un momento en la oposición anti-científica, á aquellos espíritus rectos que aman las ciencias y cultivan la que concuerda con la forma de su inteligencia.

No es preciso que un sabio hable de lo que no es su profesión, y si lo hace que sea con la prudencia del que se aventura fuera del dominio de que es señor. Ni Lavoisier, ni Pasteur han pretendido gobernar las inteligencias ni resolver el enigma del mundo. Tampoco profetizaron. El primer charlatán puede predecir lo futuro. De Berthelot esperábase alguna noble idea sobre la tristeza que debe de experimentar de no saber nada, en suma, un hombre que sabe tantas cosas; en cambio todo se redujo á insípidas congratulaciones de un cándido optimismo. ¿Qué es la vida? Berthelot sabe que es el alcanfor. Esto es algo. Pero, ¿qué es la vida?

Hace diez años, tal vez más, lei esta frase de Berthelot: «La naturaleza no tiene secretos para nosotros.» Y lo confieso, desde hace diez años esa frase me persigue. No puedo leer el nombre del sabio sin que este versículo de un monstruoso salmo me cante en la cabeza. Y pienso también, que ni un gran poeta como Víctor Hugo, ni un gran químico como Berthelot son necesariamente grandes pensadores. Decirse eso parece fácil, sin embargo, que para ello se necesita tal vez más perspicacia y más coraje del que pudiera suponerse.

REMY DE GOURMONT.

IMPRESIONES Y NOTAS

SUMARIO.—La parodia y el arte.—La temperatura del sol.—La cuestión religiosa, ¿existe ó no?—Las inyecciones de vaselina.—Ocultismo.

La parodia ha sido siempre estimada como una forma inferior del arte. Contra este concepto corriente de la parodia protestan en el *Bookman* Trowbridge Lared y Percival Pollard, y aducen en su alegato en pro de la parodia el argumento no despreciable de figurar, entre los cultivadores del género, nada menos que

Shakspeare, Byron, Coleridge, Chaucer, Keats, Pope, Shelley, Swinburne y otros no menos ilustres literatos.

Entre los contemporáneos ingleses se han distinguido sobre todo, desplegando tesoros de ingenio, de sentido crítico y de humorismo, dos escritores de fama: Andrés Lang, en sus célebres *Cartas de autores muertos*, y el americano Bayard Taylor, que sobresale en metamorfosar en las mayores simplezas las más brillantes páginas de Ruskin, de Morris ó de Swinburne, con gran regocijo de sus numerosos lectores. En España podríamos citar, por nuestra parte, á nuestro Mariano de Cavia, cuyas *Cartas de Ultratumba* y mil otras creaciones de su inagotable ingenio, son trozos admirables de nuestros más celebrados clásicos, que revelan tesoros de observación y atisbos preciosos de finísima crítica, demostrando en efecto que la parodia, manejada con acierto por quienes cuenten con recursos de talento y erudición poco comunes, puede elevarse á la dignidad y á las alturas del verdadero arte.

*
**

Al sol debe toda su vida nuestro planeta, dice A. B. en *La Naturaleza*. ¿Cuál es la cantidad de calor que irradia sobre la tierra? ¿Cuál la que irradia en el espacio? ¿Cuál es su temperatura para poder producir tales efectos? ¿Cómo se mantiene y se conserva este calor?

Si pudiéramos distribuir con uniformidad la cantidad de calor que la tierra recibe en un año, sería ésta suficiente para liquidar una capa de hielo que envolvería al globo entero y que tuviese 30 metros de espesor. Y sin embargo, la tierra no recibe más que una ínfima parte del calor que el sol irradia en el espacio, del que sólo llega á la tierra una fracción, que puede calcularse en una dos mil ciento treinta y ocho millonava parte. ¿Cuál es, pues, el valor de la radiación total? Hay que apelar á comparaciones para formarse una idea de este valor: suponiendo helados todos los mares del globo, con una profundidad de un kilómetro, bastaría el calor irradiado por el sol en una hora para hacer hervir ocho veces el volumen de todos esos mares helados.

¿Cuál es entonces la temperatura del sol? Desde la de 1396 grados centígrados que le asigna Vicaire hasta los 20.000 grados de Rossetti, los cinco millones del P. Secchi y los diez millones de Waterston, la distancia es grande, probando estas divergencias de los sabios que no existe una base positiva para un cálculo exacto. De todos modos, la temperatura del sol alcanza ciertamente cifras fantásticas, de que no podemos formarnos sino ideas confusas, pensando en los efectos del calor irradiado que antes hemos citado.

Ahora bien, y esta es casi la pregunta que más nos interesa: ¿cómo se conserva ese calor? Si una esfera de carbón del tamaño del sol ardiera constantemente, se consumiría al cabo de 500 años. ¿Cómo es que el sol no se ha enfriado todavía, después de tantos miles de años como cuenta de existencia? Dos causas principales contribuyen á la conservación del calor solar: una es la caída sin fin de bólidos atraídos por el sol, y cuyo choque produce un calor 9.000 veces mayor que el que daría la combustión de un pe-

so igual al suyo; otra es la condensación de la nebulosa por la que está formado el sol; esta es la causa mayor, pues el calorífico producido por condensación, según Helmholtz, es 12 millones de veces mayor que el emitido durante todo un año por el sol.

Continuando la condensación en la misma proporción, se necesita que el diámetro solar disminuya en un siglo una cienmilésima, cantidad inapreciable para nuestra observación, y que está más ó menos compensada, por otra parte, con la caída de aerolitos y bólidos. No hay, pues, que temer que el sol cese en sus funciones, y los sabios que han predicho la muerte de la tierra por el frío tendrán que esperar millones de años para ver cumplida su predicción. Esto sin contar con que en su movimiento de traslación hacia la constelación de Hércules el sol no encuentre mundos más considerables que los bólidos con que ahora se alimenta, que puedan renovar su potencia calorífica y aun aumentarla.

..

La cuestión religiosa, ¿existe ó nó?—Tal es la pregunta que se hace el marqués del Vadillo en *Nuestro Tiempo*. Hablar de cuestión religiosa es tanto como preguntar si la Religión es algo que, por su naturaleza é importancia, ha constituido y debe seguir constituyendo un principio esencial de nuestra organización social, ó si, relegada á la categoría de elemento afectivo y personal, no tiene por qué ser tomada en cuenta en la vida de relación ó social, cuyo regulador es el derecho. Tal es en definitiva el caracter de la polémica contemporánea, en la que domina un sentido antireligioso, mantenido por los factores predominantes: el capital, influido por el sórdido interés y el cálculo egoísta, y los centros obreros, de donde ha desaparecido todo ideal, sustituido por la aspiración á la posesión de bienes materiales.

Donoso Cortés afirmaba que «en toda cuestión teológica hay siempre una cuestión política», y con esto queda sentado el carácter social de la Religión. La religión lo abarca todo, en el orden universal y en el moral, no concibiéndose la vida y el orden social sin un principio moral y religioso del que fluyan las costumbres y surja el derecho. Y si la Religión es principio social, tiene que garantizar su vida y su ejercicio el derecho, informando ella las instituciones y los senos todos de la vida social. Así nos muestra la historia que ha sucedido constan-

temente y así tiene que suceder en la actualidad.

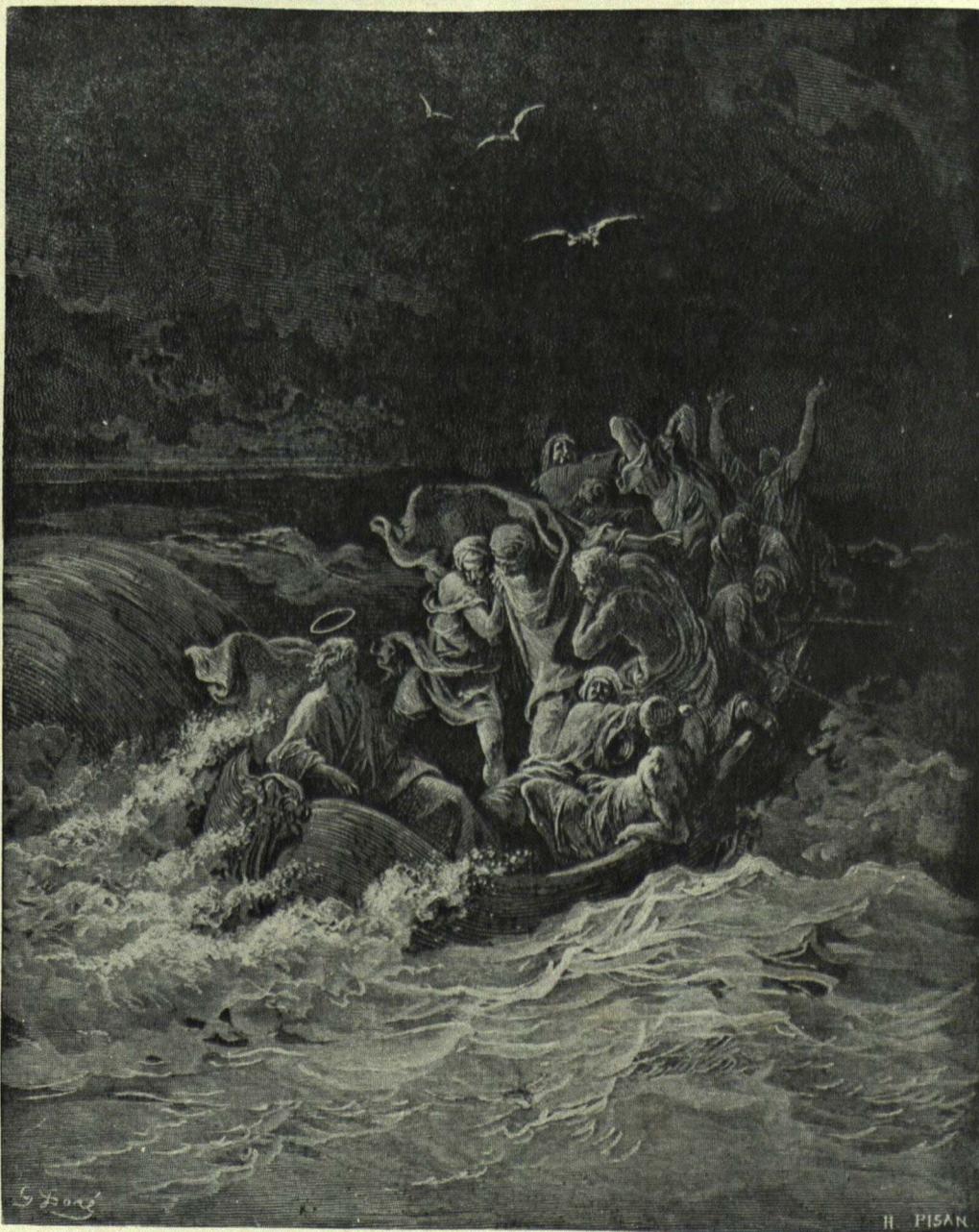
Lo que ha dado en llamarse cuestión religiosa no ha podido existir fuera del orden cristiano, donde con divina autoridad se trazaron las eternas fronteras de lo temporal y lo espiritual en las memorables palabras: «Dad al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios.» Suponer que puede ser solución á la contienda la humillación de cualquiera de ambas potestades ó el desconocimiento y lesión de sus esenciales derechos, es, sobre inútil y peligroso, absurdo: sólo el mutuo respeto y la libertad recíproca, generadores del necesario acuerdo, pueden ser soluciones aceptables de los conflictos posibles.

La normalidad social no puede ser la lucha, imponiéndose la paz entre ambas potestades para que pueda prevalecer la justicia y restablecerse el orden. Con la lucha ambas han padecido, sin provecho para nadie. Importa convencernos de la

necesidad de respetar y afirmar la Religión como ley de vida para los pueblos, entendiéndola por Religión la religión católica, molde único de la civilización cristiana. La lucha religiosa actual representa un retroceso y una reversión hacia los ideales del paganismo, por su naturaleza cesarista. En esta lucha hay posiciones conquistadas por los distintos pueblos, y en las relaciones de estos pueblos con la Iglesia hay hijos pródigos que vuelven é hijos pródigos que pretenden irse: el paso de éstos, sobre ser funesto para su porvenir, constituiría el mayor de los errores y la más grande de las injusticias.

..

Una curiosa nota del doctor Romme en la *Revue* nos hace saber que en lugar de las complicadas, difíciles y pocas veces acertadas operaciones quirúrgicas destinadas á reconstituir ó arreglar una nariz rota ó desfigurada ó una mandíbula



JESUS APACIGUANDO LAS OLAS.—Por G. Duré

la cancerosa, se ha descubierto por Gersuny un procedimiento mucho menos cruento y de éxito mucho más positivo: las inyecciones de parafina ó vaselina medicinal.

Bajo la piel de la nariz aplastada se inyecta sencillamente con una jeringa de Pravaz dos ó tres centímetros cúbicos de vaselina previamente liquidificada por el calor; la masa inyectada levanta y distiende la piel de la nariz, y como la parafina se solidifica á 37°, es decir, á la temperatura del cuerpo, no hay más que modelarla mientras se enfría bajo la piel, dándole la forma que se desea. Las narices así fabricadas son perfectas. La vaselina no se resorbe y hasta provoca en los tejidos vecinos un trabajo de reacción, formando una trama de tejido conjuntivo que engloba y atraviesa en todos sentidos la vaselina; cuando se sacrifica un animal sometido á esta operación, se encuentra en el sitio de la inyección un cuerpo duro como un cartilago, una especie de fieltro conjuntivo, cuyas mallas están llenas de parafina, lo cual permite esperar que los resultados obtenidos por el método Gersuny sean definitivos ó poco menos. Algunas operaciones hechas de este modo tienen ya dos años de fecha, y la deformidad producida no se ha reproducido. En un enfermo se ha llegado á reconstituir así toda una mandíbula que había desaparecido al extirpar un cáncer. En otros casos se ha empleado también para corregir vicios de pronunciación, habiéndose llegado á reconstituir un esfínter destruido por un proceso traumático.

*
**

El profesor Angel Zuccarelli, de la Universidad de Nápoles, da cuenta, en la *Rivista de Diritto penale*, de un hecho que le ha ocurrido, del modo siguiente:

En el invierno último hubo en los alrededores de Nápoles varias nevadas; una fortísima, cuya influencia se hizo sentir mucho, y otra en la misma ciudad, el 5 de enero: casi todas las veces—dice Zuccarelli—me ha sucedido que he soñado durante la noche, reproduciéndose en mis sueños lugares, personas y escenas de mi país natal, San Julián, en el corazón del Sannio; una de esas veces se me ha aparecido un tío mío materno, médico, septuagenario, sumamente aviejado, con aspecto de muerte. Algún tiempo después he sabido que precisamente en la época de mi sueño estaba en condiciones gravísimas de salud.

Yo estoy lejos de ser un epiléptico ó un histerico ó un neurópata constitucional; sólo he sufrido años hace algo de neurastenia (¿quién no la sufre hoy?) adquirida por exceso de trabajo y por las ásperas luchas con mis... amables colegas. Por eso hago notar la coincidencia [ocurrida también en años anteriores] entre la caída de la nieve y mis sueños. ¿Es que la sensación actual de la caída de la nieve despierta las imágenes de mi tierra nativa, registradas en mis arcas cerebrales sensorias? Puede también añadirse que la temperatura del aire á 0° ó por bajo de cero y la noche con su mayor homogeneidad de ambiente atmosférico fueran condiciones propicias á la transmisión de ondas vibrantes de lugares, personas y cosas de mi país hasta mí, de manera que dos órdenes de fenómenos, verificándose contemporáneamente, se compenetrasen y reforzasen.

Fácil es concebir que entre tantas imágenes despertadas apareciera la de mi tío, á quien había visto enfermo en época precedente. En cuanto á la hipótesis de *ondas vibrantes*, la clarividencia á larga distancia es opinión en mí arraigada desde hace tiempo y corroborada por los dos grandes descubrimientos de los rayos Roentgen y la telegrafía sin hilos. Dado cierto índice especial de energía, velocidad y extensión de algunas ondas vibrantes en su punto de origen; dado cierto grado de temperatura, densidad, estado eléctrico, higrométrico, etc., del ambiente de transmisión; dadas especialísimas condiciones nerviosas, habituales ó momentáneas, del organismo á que llegan tales vibraciones, no debe resultar difícil que determinados sujetos en momentos dados, concentrando su fuerza nerviosa en determinados sentidos y dirección, puedan realmente advertir hechos que ocurren en puntos lejanos ó remotísimos.

FERNANDO ARAUJO.

TIPOS DEL TERRUÑO

—
JOSÉ DE LA PAZ PÉREZ
—

Estrechamente unidos á las memorias de nuestra adolescencia; enlazados á nuestro ayer por un vínculo que no logran romper las diversas corrientes de la vida; incrustados en las páginas de oro de nuestra niñez formando un todo con nuestro propio ser primitivo, están la criadora rolliza que nos brindó el primer sorbo de calostro en la mórbida copa de su seno: el doméstico que nos guió de la mano por el doloroso camino de la escuela primaria: la vieja parolchina que llevaba al hogar la crónica diaria de la parroquia, y el condiscípulo, el primer amigo, siempre recordado á través de años y vicisitudes con cariño fraterno.

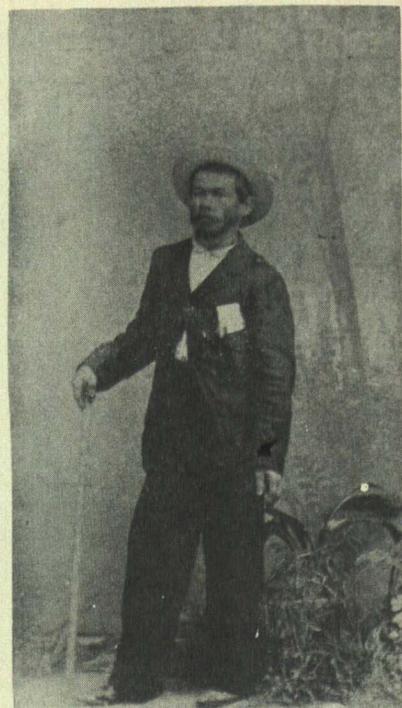
De esa época inolvidable data mi amistad con *Pavo Relleno*, cuyo retrato enriquece hoy la página que esta Revista consagra á los tipos populares del país.

El año inicial de nuestras calamidades públicas ingresó José de la Paz en la servidumbre de la Farmacia de Feo Hermanos, en Valencia, poco después que yo debutaba como aprendiz en el mismo establecimiento.

Aquella cara extraña, de perro de lanas ó lechuzas, llena de hebras rojas é hirsutas; la arquitectura tuerta del recién llegado enobarbo; su aspecto de verdugo de folletín ó de gnomo de leyenda, provocáronle una guerra cruelísima de burlas y de sátiras, la cual resistió y combatió, sereno de espíritu y reposado en el hecho, con la fuerza avasalladora de su verbo, torpe, pero abundante y convincente.

Oyendo su dialéctica llena de imágenes estafalarias en las cuales fulgura á veces uno como resplandor de luz filosófica, nació mi cariño por el burdo Demóstenes, cariño que él supo cultivar con la bondad de su carácter, sumiso, apacible y servicial.

Tiene la vida íntima de José de la Paz, grandes haberes en la íntima admiración. Vale mucho en su condición humilde y afanosa, la circunstancia de haber llevado á su cerebro caótico, después de treinta años de tinieblas, un



Tipo popular valenciano

giron de claridad, aprendiendo sólo, por propia voluntad, en las horas de descanso, el texto de Mandevil, cuyo aprendizaje hecho con el primer maestro generoso que hallaba al paso, reforzó la abundancia de sus argumentaciones en sus largas peroratas sobre religión política ó sociología.

José de la Paz sabe versos. Recitando, si la suerte atrae sobre su alma, muerto jardín de ilusiones, el ave espiritual de la alegría, recitando es admirable.

Sabe aquel madrigal de Selgas:

Murió la perla en imperial corona,
en búcaro gentil la mustia flor;

pero no hay poder humano que le haga decir mustia.

El declama muy enfáticamente:

Murió la perla en imperial corona,
en búcaro gentil la *nútrida* flor.....

Siempre tiene un texto entre sus manos callosas.

Pasea leyendo. Engolfado en diálogo espiritual con sus autores favoritos, todo lo demás no existe para él, y así vá calle andando, hasta que una piedra arrojada por mano aleve, lo vuelve á la vida real.

Entonces su faz espectral.

Lleno de ira enarbola su asta inseparable, y como un cruzado, puesto en guardia, el libro en la una mano y el bastón en la otra, reta al primer vecino con impetu trágico y marcial.

Siempre el rayo de su cólera mancha, cae sobre el tronco de algún árbol infeliz.

Enamorado como un don Juan, su fisonomía de Cuasimodo, no le ayuda en sus aventuras, pero, sin traspasar el límite señalado por el respeto, envuelve en la onda ígnea de sus miradas á la dama de más alto copete, y hasta suele arrojarle á su paso una flor, arrancada del oscuro matorral de su cerebro.

¡Pobre alma! Yo sé de tu martirio

Como esas flores minúsculas nacidas en la intrincada maraña de los bosques, sin que ningún rayo de sol las acaricie, sin que ninguna mirada contemple su belleza, así tú, como una perla, vas escondida en la concha grosera de un hombre burdo, sin que nadie advierta el espléndido iris que te adorna.

¿Por qué divina iniquidad no estás en mas bello tabernáculo donde otras almas, que son gotas de fango llenas de átomos perversos, destilan negro alimento de víboras?

Pasa inadvertida tu hermosura é ignorada tu bondad; la luz del amor se descompone al llegar á tí, y resulta fulgor de piedad; y el perfume de tu virtud se extingue, al poralzar el feo caparazon que te envuelve!

Pobre alma!

¿Qué mucho de común hay entre el alma de las bestias y tú!

Secuestrada en el vaso deforme ¿qué esperas? ¿Cuál tu ideal?

¿Serás Crao ó Cuasimodo? ¿Delito ó santidad?

Tú no puedes llorar, que fuera manifestación risible la lágrima prendida en la pupila dolorosa; tú no puedes amar porque resulta agravio en la boca grotesca el dicho de pasión; no puedes odiar porque para tu dardo emponzoñado ha hecho el desdén blindaje poderoso!

¿Por qué no naciste en campo propicio para la evolución de tu albedrío? Mañana, cuando vuelvas al seno de tu creador, después de tan largo suplicio ¿á cuál reino irás?

Serás mariposa, señora de jardines perfumados? Irás al "reino de los cielos" á gozar de eterna venturanza? O bajarás mas aún y serás podredumbre....?

José de la Paz Pérez goza en cambio de envidiables prerrogativas. En diez años de continua guerra, cuando en Valencia se recoge carne de cañón atropelladamente, José de la Paz transita de noche la ciudad en pos de expansiones, sin que nunca le dé incomodidades la brutal autoridad reclutadora.

Su inmundicia origina de su celebridad.

Decir en Valencia *Pavo Relleno* es como decir en Caracas el General Sacre.

¿Quién negará auxilio al infeliz cuando lo necesite? Hoy, es "apoderado" de las fincas de Don Matias, según lo dice el manojito de llaves y recibos que lleva en el bolsillo.

No usa familia, pero tiene amigos y admiradores. Y qué mayor satisfacción la suya, sabiendo que esa admiración y amistad no está bastardeada por el interés!

Caracas: 1902.

RAFAEL SILVA.

LOS CIEGOS

La Edad Media fue un semillero de milagros. En el siglo XIII, por ejemplo, centuria privilegiada en que vivieron, como todo el mundo sabe, San Francisco de Asís, Santa Clara, Santo Domingo, San Buenaventura, Alberto el *Magno*..... el milagro llegó casi, casi hasta el abuso. Véase como muestra lo que refiere el capuchino fray Leopoldo Cherance en su *Historia* del glorioso fundador de la Orden franciscana:

"Pedro Catanio—dice el sencillo escritor—tuvo la honra de ser el primer vicario general del religioso instituto, y fue en vida dechado

de virtudes cristianas, entre las que descollaba la obediencia. Sucedió que, como después de muerto y enterrado, hiciese cada día nuevos milagros, la afluencia de gentes á la sepultura del santo varón aumentaba de un modo imponente, y alteraba la paz de los religiosos que habian sido compañeros del difunto. A fin de poner coto á aquella invasión de solicitadores de maravillas, acercóse un día San Francisco á la fosa de Catanio, é inclinandose ante ella, gritó:—Hermano Pedro, puesto que en vida obedeciste siempre mis órdenes, quiero que también ahora muerto me obedezcas. Mándote, pues, que no vuelvas á hacer más milagros. Cumplió Catanio el mandato del seráfico Padre y, como cesaron los prodigios, cesó la invasión..... Fue, como se ve, menester el milagro para atajar el exceso de milagros: *Similia, similibus*.....

Eran entonces las reliquias verdaderos talismanes: los que las poseían, y hasta los que solamente las tocaban, veíanse instantáneamente curados de las enfermedades más terribles. Gracias á ellas los ciegos veían, hablaban los mudos y echaban á correr los paráliticos. Sucesos no menos asombrosos que éstos ocurrían cada lunes y cada martes. Cierta crónica italiana refiere que una urraca, viéndose á punto de perecer entre las garras de un milano, púsose á repetir la invocación que empleaba su dueño en sus oraciones: "¡Santo Tomás, ayúdame! ¡Santo Tomás, ayúdame!" El ave de rapaña, al oír tales palabras, dejó libre de sus uñas al piadoso pajarraco.

En el *Dialogus Miraculorum* de Cesáreo de Heisterbach se refiere que, habiendo un mercader de Groninga robado un brazo de San Juan Bautista, advirtió que se enriquecía como por encanto; pero cuando la Iglesia húbose enterado del sacrilegio y quitó al comerciante el brazo prodigioso, quedó el enriquecido mercader tan miserable, que vióse obligado para seguir viviendo á pedir limosna de puerta en puerta.

Sería el cuento de nunca acabar si pretendiese yo hacer aquí una enumeración de los milagros que los escritores de aquellas edades nos refieren. Y en prueba de ello, ahí están las obras de nuestro Berceo, las Cantigas de Alfonso el *Sabio*, ó las vidas de santos de aquella edad, documentos todos que no me dejarán mentir.

**

A estos felices tiempos de fervor se refiere la siguiente verídica historia.

Había en Tours dos mendigos, ciegos ambos, los cuales, haciendo socorrida industria de su desgracia, dábanse buena vida, y hasta de suponer es que tuvieran algunos ahorrillos cosidos entre los harapos de sus andrajosas vestimentas. Llevábanse los pordioseros como los mejores amigos del mundo. Dando traspies y auxiliándose con sendos garrotos, iban y venían por la ciudad y por sus cercanías pidiendo limosna; y como los dineros no faltaban, y como además los mendrugos y tal cual torrezno llenaban sus respectivos zurrones, y copiosos tragos de buen vino les ayudaban á soportar las fatigas de la existencia, puede, en verdad, decirse que los dos mendigos estaban tan contentos con su suerte como el abad con su abadía ó el conde con su castillo. Habían nacido el uno para el otro, y jamás en el espacio de muchos años cruzóse entre ellos una mala palabra, ni tuvieron una trabacuenta, ni ocurrió nada, en fin, que rompiese, ni siquiera afojase, la buena amistad que unía á los dos compañeros.

Tenían su principal campo de operaciones en las gradas de la catedral de Tours. Al romper el día, ya estaban allí los dos pordioseros, sentados en la escalinata, arrebujados en sus harapientas capas, extendiendo la mano en demanda de limosna, y repitiendo invariablemente con plañidero tono:

—¡Una limosnita para el pobre ciego!

—¡Más vale darla que pedirla!

Terminados los oficios divinos, recorrían la ciudad llamando á todas las puertas, y al caer la tarde, con los fardeles bien repletos, retirábanse al tugurio que les servía de albergue.

Así se deslizaban tranquilos y felices los días para los dos ciegos. Sabían que su fortuna dependía de su desgracia, y bendecían desde lo hondo de su corazón á Dios porque les había privado de la vista.

**

Una mañana, cuando los dos mendigos estaban ya, según costumbre, apostados en el atrio de la iglesia, dos devotas envueltas en sus mantos subieron las gradas del templo.

—¡Una limosnita por amor de Dios!—dijo uno de los dos ciegos.

—¡Más vale darla que pedirla!—añadió el otro.

Las viejas no hicieron caso, preocupadas con la conversación que traían entablada.

—Como se lo digo á usted, señora Marta; mañana á más tardar estarán aquí los restos del santo.

—¡Qué felicidad para nuestro pueblo, señora Berta!

—Esos pícaros de Angers no querían soltar las reliquias de San Martín; pero las gentes de Tours les han arrancado su presa. No hay santo como nuestro glorioso San Martín, señora Marta. Donde están sus huesos todo se vuelve milagros; los campos assolados por las sequías y las guerras verdean que es un gozo; los enfermos se curan, y todos los males desaparecen.....

¡Melices nosotras, que hemos alcanzado tales maravillas!.....

Y las dos beatas entraron en la catedral.

**

Espantados quedáronse los dos ciegos con lo que acababan de oír.

—¿Has oído, Juan?

—Estoy asustado, Pedro.

—De modo que, si es cierto lo que esas mujeres han dicho, cuando lleguen aquí las reliquias de San Martín se disiparán las tinieblas de nuestros ojos.

—¡Y se acabarán entonces las limosnas!

—¡Adiós buena vida!

—Quizá—apuntó Juan—sea todo ello cuento de viejas.

—Cuando el río suena.....

—¡Si fuese cierto!

Aquel día fue muy escasa la limosna; su preocupación hacía olvidar el oficio á los dos amigos.

Quando, terminada la misa, los fieles salieron del templo, los pordioseros pudieron convencerse de que las beatas habían dicho verdad. Cuantos dejaban la iglesia repetían y comentaban las palabras del sacerdote: "Mañana reposará para siempre en esta afortunada ciudad el cuerpo de nuestro venerable prelado San Martín. El dará la salud á vuestro cuerpo y la paz á vuestro espíritu."

Las dos beatas salieron las últimas y, echando cada una de ellas una moneda de cobre en los graseños sombreros de los mendigos, dijeron:

—Alegraos; mañana no tendréis ya que pedir limosna. Dentro de unas cuantas horas veréis como linceos.

—¡Que veremos!

—¡Y como linceos!

—¿Qué hacer, Pedro?

—¡Qué hacer, Juan?

—Huyamos lejos, muy lejos, donde no alcance el poder del milagro..... Yo no quiero ver.

—Yo tampoco.

E impulsados ambos por el mismo terror, salieron de Tours, dando trompicones, cayendo aquí y levantándose acullá, espantados,

febriles, pensando con horror en que pudiera la luz del sol disipar las tinieblas que cubrían sus ojos.

* **

El cortejo que conducía los huesos del Santo se acercaba á Tours. Cuando los daneses incendiaron y saquearon la ciudad de San Martín, el cuerpo del bienaventurado varón fue llevado secretamente á Angers. Después, los de esta última ciudad no querían desprenderse de las sagradas reliquias; pero los de Tours arrancaron el cuerpo del Santo de manos de sus rivales.

Iba el cadáver en unas andas, cubierto de luegos y negros paños. Ocho clérigos, que de tiempo en tiempo eran relevados por otros tantos, llevaban en hombros el sagrado cuerpo. Hombres y mujeres, nobles y plebeyos, monjes y seglares, con cirios en las manos y formando dos largas filas, acompañaban las cenizas del Santo. El Obispo de Tours, bajo palio, rodeado del alto clero y de los próceres de la ciudad, marchaba detrás del féretro, y cerrando la marcha en confuso tropel iba una muchedumbre inmensa que de momento en momento aumentaba. Los cánticos religiosos se oían desde media legua. Se despoplaban las aldeas y las alquerías, cuyos habitantes corrían á prosternarse ante el cadáver. Enfermos, imposibilitados, moribundos y hasta muertos eran conducidos por sus parientes hasta el borde del camino. El Santo, solamente con pasar cerca de ellos, sanaba á los unos y resucitaba á los otros, mientras que los campos se cubrían de flores y los árboles de hojas, y cielo y tierra parecían regocijarse en presencia de tantos y tan grandes milagros.

* **

Juan y Pedro no conocían los caminos. Durante toda la noche vagaron sin rumbo fijo en derredor de la ciudad. Cien veces estuvieron á punto de caer en las zanjas ó de romperse la cabeza contra las piedras.

—Anda, anda,—decía Juan, empujando á su compañero con el errado regatón de su garrote.

—No puedo más—decía el otro, arrastrándose con inaudito trabajo.

De claro en claro pasaron la noche, andando siempre, pero con tan mala fortuna que al romper el día hallábanse cerca de la ciudad y no lejos del camino por donde avanzaba la fúnebre comitiva.

Un canto lejano, que iba creciendo y acercándose por momentos, llegaba á los oídos de los ciegos.

—¡Oyes?

—Estamos perdidos.

—Es imposible huir.

—Si pudiéramos escondernos.....

Así hablaban los dos mendigos, mientras que por los senderos y á campo traviesa acudía enjambre de gentes, anhelantes con el ansia del sediento que corre á calmar su sed. De todas las bocas salía el mismo grito: "¡Viva San Martín! ¡Viva el Obispo de Tours!" Y las campanas de las aldeas volteaban como locas, y un alarido inmenso contestaba desde los muros de la ciudad á las aclamaciones del campo.

* **

Una turba de cojos, mancos, ciegos, lisados, leprosos, un hospital suelto, llegó hasta donde estaban los fugitivos.

—Son de los nuestros—gritaron al topar con los dos amigos.—El Santo nos curará á todos..... ¡Viva San Martín!

En vano Juan y Pedro quisieron resistir á aquella ola de miseria que los empujaba hacia el borde del camino. Revueltos con ella cayeron de bruces en el polvo, que hollaban ya los que formaban la fúnebre comitiva.

Entonces ocurrió un prodigio. Como los rayos del sol funden el hielo de la noche, así la proximidad de las sagradas reliquias des-

hizo los males que entorpecían los sentidos y miembros de aquellos infelices lisados. Los ciegos abrían los ojos con estupor extático; los paralíticos se erguían gozosos; los mancos alzaban al cielo sus brazos sanos y robustos; los leprosos se contemplaban limpios de sus asquerosas llagas, y todos, confundiendo en un solo clamor sus gritos, repetían delirantes: "¡Viva el Santo! ¡Viva San Martín!"

Los únicos que no gritaban era Juan y Pedro que, furiosos y coléricos, miraban con ojos blasfemos la bóveda azul, serena y resplandeciente.

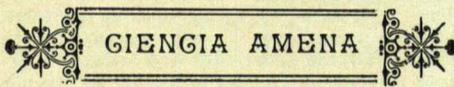
Alejóse la comitiva seguida de la multitud, y los dos mendigos, sentados al borde del camino, echáronse á llorar, lamentando entre sollozos la pérdida de su ceguera.

* **

El lector.—Este cuento es inverosímil y absurdo. ¿Habrá algún ciego que no quiera ver?

¡Oh lector, hay tantos!

FRANCISCO F. VILLEGAS.



Monomanías de celebridades, y su causa

Las aparentes rarezas á que se entregan casi todos los escritores para hacer sus obras, tiene una razón de ser: es que favorecen el trabajo. Según ha demostrado Mosso, la labor cerebral va acompañada de una excitación sanguínea, tanto mayor cuanto más grande es la actividad del cerebro. Para irrigar aquel órgano por medio de una circulación rápida y amplia, en una palabra, para producir la fiebre del genio, los medios varían según la constitución del individuo.

En las personas robustas el andar despier-ta las ideas, estimulando el corazón, que envía de ese modo al cerebro mayor cantidad de sangre. Víctor Hugo, en la fiebre de la composición, no dejaba de andar, caturreando; escribía de pie, y tiraba las cuartillas al suelo conforme las iba concluyendo. «Mis poemas—dice Mistral—los he compuesto todos andando. No he hecho nunca verso sentado. Creo que el balanceo del cuerpo favorece el ritmo de las ideas.» Para Ampere, el andar era una necesidad, y no sabía explicarse con claridad si no tenía el cuerpo en movimiento; sus admirables facultades se apagaban en cuanto estaba sentado. Richepin deja atrás á todos estos aficionados á andar: el célebre poeta recurre nada menos que al trapecio para inspirarse.

Los individuos de constitución débil, los flacos y los enfermizos, aborrecen generalmente los ejercicios. Los hay que no aciertan á contestar á una pregunta si se les hace cuando están andando; tienen que pararse.

En muchos personajes ilustres la fiebre del genio no sobreviene sino en medio del reposo corporal. Se acuestan con la cabeza baja, de modo que el cerebro y el corazón se encuentren al mismo nivel y la onda sanguínea llegue sin obstáculo á la masa encefálica. Así lo hacían Descartes y Leibnitz, los cuales meditaban en postura horizontal; Cujas no trabajaba con buenos resultados sino tendiéndose todo lo largo, boca abajo, encima de una alfombra. Los célebres músicos Rossini y Thomas compusieron todas sus obras metidos en la cama. A veces este sistema no basta para obligar á la sangre á subir al cerebro, y los autores recurren entonces á medios más violentos.

Schiller y Gretry no podían componer sino teniendo los pies metidos en hielo. Chateaubriand, cuando dictaba á su secretario, se paseaba con los pies descalzos por el piso frío de su habitación. Otros se calientan la cabeza, sea naturalmente, como Rousseau,

que meditaba al sol con la cabeza descubierta, al medio día, ó sea por medios artificiales, como Bossuet, que se envolvía la cabeza con paños calientes y meditaba en una habitación fría. El paladar, el olfato y el oído sirven también para excitar sensiblemente el cerebro. Lord Derby, cuando trabajaba en sus obras, se llenaba la boca de guindas en aguardiente. El poeta Cooper no cesaba de chupar pastillas de almbir ó bolitas de regaliz. Para ellos aquello era tan indispensable como para otros el fumar, el morder la punta del mango de la pluma ó el roerse las uñas.

Como casos de excitación producida por el olfato, puede citarse el de lord Byron, que no podía escribir sino oliendo trufas, con las cuales se llenaba los bolsillos; el de Teófilo Gautier, que quemaba en su habitación pastillas del serrallo cuando quería escribir; el de Baudelaire, que se empapaba la ropa de perfumes; el de Loti, Maizeroy y otros que adoran también los perfumes ó que cubren su mesa de trabajo con flores olorosas.

Una luz intensa es otra excitación poderosa, y que adoptan gran número de escritores: Balzac, Alfredo de Musset y Zola, sobre todo, no pueden trabajar sino á la luz artificial muy fuerte de gran número de bujías.

Por último, el ruido ó la música son indispensables á la inspiración de muchos escritores.

El tumulto de los cafés despertaba al genio de Verlaine. Cimarosa, lo mismo que Saint-Saens, necesitaban estar rodeados de ruidos para encontrar los motivos más hermosos de sus óperas. Stuart Mill, para sus especulaciones filosóficas, y Alfieri, para sus planes de tragedia, buscaban la inspiración en la música. Antes de ponerse á trabajar Darwin tocaba un rato en un violín viejo, del cual no se separaba. Los pintores célebres contemporáneos nuestros, Carolus Durán y Aimé Morot, tocan el piano, el uno, y el órgano el otro antes de coger los pinceles; Masena, el célebre mariscal de Napoleón, no sentía despejarse sus ideas sino en medio del estruendo del cañón.

No terminaremos sin recordar que hay muchos autores que, sin vestirse de una manera especial, no sienten capacidad alguna para el trabajo. Conocido es que Balzac escribía vestido con un hábito blanco de fraile; Dumas, hijo, con pantalones de zuavo y una camisa de franela; Teófilo Gautier, con una bata roja y un gorro en la cabeza; Coppée, con una chaqueta roja; Sordou, con un gorro do terciopelo negro; y que Milton se ponía una capa vieja que tenía, para componer su *Paríso perdido*.

Las hojas de violeta y el cáncer

Una dama de la aristocracia inglesa, Lady Margaret Masham, ha logrado curarse un cáncer con el simple uso de hojas de violeta.

El caso, por tratarse de persona muy conocida y de un cáncer que había sido declarado tal por varias eminencias médicas, ha despertado un interés grandísimo que se refleja en los periódicos, y que preocupa á los hombres de ciencia.

El caso es que Lady Masham, según ella misma refiere, consultó á varios especialistas, todos los cuales confirmaron que la dolencia que padecía en la garganta era cáncer, y todos la dijeron que en el estado en que se encontraba no había ya esperanza alguna de recobrar la salud. Al cabo de cuatro meses desde que apareció el cáncer, los médicos la anunciaron que la quedaban pocos días de vida, y Lady Masham adoptó sus disposiciones testamentarias y se preparó para abandonar el mundo.

Una señora anciana y amiga de su familia la recomendó que empleara el tratamiento de hojas de violeta. Los especialistas se burlaron; pero Lady Masham, siguiendo el consejo de su

familia y sin tener fe alguna en curarse, quiso hacer la prueba, y el resultado fue poco menos que milagroso. La receta consistía en poner un puñado de hojas verdes y frescas de violetas en un cuartillo de agua y aplicarse después en el exterior de la garganta el líquido verdoso que resulta de la maceración. Las aplicaciones se repetían más de cincuenta veces al día. La enferma fue mejorando gradualmente; el cáncer disminuyó y acabó por desaparecer, y hoy día Lady Masham dice que siente la garganta en estado completo de salud. Una parte del cáncer ha sido analizada después por la Asociación de Investigaciones Químicas de Londres y por varios especialistas, los cuales han declarado sin vacilar que había en ella gérmenes cancerosos.

Los especialistas, sin embargo, insisten en creer que se trata no de un verdadero remedio, sino de un caso raro, como á lo mejor suele presentarse en las afecciones cancerosas, que á veces desaparecen de una manera misteriosa como se presentaron; otros dicen que debe haber algún error en el diagnóstico.

Lo cierto es que no solo Lady Masham se ha curado, sino que desde hace más de cien años viene disfrutando de cierto crédito el tratamiento del cáncer por medio de hojas de violeta, si bien las curas han sido poco numerosas y aisladas.

La curación de la fiebre tifoidea

La fiebre tifoidea es una de las enfermedades que causan mayores estragos en las poblaciones europeas.

Ya en 1892 Chantemesse y Widal habían hecho experimentos con un suero preparado con los cuerpos mismos de los bacilos del tifus; pero este suero resulta ser únicamente preventivo y en ningún modo curativo; de modo que no sirve sino en el caso en que, presentándose una epidemia de fiebre tifoidea, los habitantes de la localidad quisieran vacunarse contra ella.

De entouces acá los progresos de este estudio han sido grandes, y Chantemesse anuncia que, tomando por base la toxina y no el bacilo, ha conseguido preparar un suero antitífico que produce sus efectos en los enfermos ya atacados del mal.

Los 34 enfermos de fiebre tifoidea tratados por Chantemesse en el hospital Bastión, curaron todos; sin embargo, en los otros hospitales de la misma ciudad (París), y en la misma época, la mortalidad producida por la fiebre tifoidea pasó de 25 por 100, según las estadísticas oficiales.

En el hospital Tenon, Chantemesse trató con su suero 30 enfermos atacados gravemente de la misma dolencia; sólo murieron cuatro. En el mismo hospital, durante el mismo período, la mortalidad producida por la fiebre tifoidea fue de 31, 8 por 100.

Chantemesse ha tratado en total, en los diversos hospitales de París, cien enfermos atacados de fiebre tifoidea; todos aquellos á quienes se hicieron las inyecciones antes del octavo día, se curaron; de aquellos á quienes se hicieron las inyecciones después, no murieron más que seis. Algunos de los tratados presentaban complicaciones graves, generalmente de diversa naturaleza.

Cuando la inyección se hace después del octavo día, se consigue generalmente que baje la temperatura del enfermo; pero más lentamente, y en general vuelve á subir al cabo de pocos días y hay necesidad de otras inyecciones para conseguir el descenso definitivo. Las inyecciones no apartan la posibilidad de una recaída; así es que se necesita vigilar constantemente al enfermo, para hacer una nueva inyección si se prepara una recaída.

El nuevo suero no es incompatible con la medicación, que consiste en baños fríos y en bebidas abundantes; pero con ella no se puede dar otro medicamento, tal como la quinina, y sobre todo la cafeína y las inyecciones de agua salada.

El color de la voz

Lo mismo que los ojos son el espejo del alma, el timbre de la voz de un cantante revela su carácter. Y de la misma manera las preferencias de los distintos pueblos por determinados timbres de voz son marcadísimas. Un eminente crítico musical ha clasificado las voces diciendo que son «blancas», «oscuras» ó «grises».

En Milán, donde radican las principales agencias artísticas, conocen perfectamente las preferencias de cada país del mundo y saben de antemano cuáles son los cantantes que por el timbre de su voz hallarán favor en los teatros de cada nación. A esas agencias no se les ocurre nunca enviar un cantante de voz «oscura» á Francia, ni uno de voz «blanca» á Portugal ni á Alemania.

Tamagno experimentó á su costa el error de querer cantar en Portugal siendo «blanca» su voz; á pesar de la perfección de su estilo, el público de Varego le dió un meneo tremendo.

En España la voz que gusta es la «blanca» de la cual puede servir de prototipo la de Gayerre, tenor que daba la mejor muestra de ella en su famoso *Spirto gentil* de *La Favorita*.

Francia, como hemos dicho, prefiere también las voces «blancas» y á ella se adaptan las principales obras de sus compositores, sobre todo las de Gounod y Massenet.

Es chocante que dos naciones como España y Portugal, que tienen un origen común y pueblan una misma península, tengan gustos tan opuestos en cuanto al timbre de voz; verdad es que también se diferencia mucho el carácter de los españoles y de los portugueses. Algo semejante ocurre en Rusia, donde las comarcas del Norte admiran la voz «blanca» y tienen á Massini por ídolo, mientras que en las regiones del Sur se da la preferencia á las voces «oscuras» y los bajos gustan más que los tenores.

En Alemania, como país aficionado á la filosofía de carácter sombrío, predomina el gusto por las voces «oscuras». En Italia sucedía antiguamente lo mismo, pero Verdi hizo que cambiara el gusto.

Inglaterra y los Estados Unidos tienen fama de no ser muy inteligentes en música; así es que no tienen preferencia por color alguno de voz, y para ellos no hay buen cantante si no ha sido muy jaleado por la prensa europea.

La curación de las picaduras de serpiente

UN PROBLEMA COMPLETAMENTE RESUELTO

El doctor Calmette, el eminente discípulo de Pasteur, que desde hace años viene dedicándose al estudio de la manera de combatir los efectos del veneno de las serpientes, ha enviado á *La Nature* una comunicación anunciando que las picaduras de las serpientes, de cualquier clase que sean, no deben inspirar terrores.

En efecto, los Institutos Pasteur, de Lilla y de París, vienen expidiendo, desde hace tiempo, suero antivienoso á todas partes del mundo, principalmente á la India, á Oceanía, á la América del Sur y á Australia. Este suero ha sido empleado en un gran número de casos, y se le viene usando siempre con éxito desde el año 1896.

He aquí lo que acerca de él dice el doctor Calmette:

«Produce efectos curativos tan rápidos, que se queda uno verdaderamente sorprendido de la intensidad de su acción. Gracias á él, el tratamiento de las picaduras venenosas se ha convertido en una de las cosas más sencillas del mundo. Consiste en inyectar de diez á veinte centímetros cúbicos de suero bajo la piel del vientre de la persona picada, y se practica esta inyección con una jeringuilla hipodérmica de gran tamaño, semejante á las que se utilizan para el tratamiento de la difteria. No es conveniente hacer la inyección del suero al nivel de la picadura: el suero se

absorbe mejor y más rápidamente cuando se le inyecta en los tejidos flojos de la piel del vientre.

«El remedio es siempre eficaz en tanto que el enfermo no se encuentra todavía en estado de asfixia, y sabido es que ésta tarda casi siempre lo menos cuatro ó cinco horas en manifestarse.

«La suero terapia antivienosa no presenta por lo tanto, dificultad alguna de aplicación práctica, y está ya al alcance no solamente de los médicos, sino también de los viajeros, de los cazadores, de la gente del campo y de todas las personas que por su profesión se hallan expuestas á ser picadas por serpientes venenosas.»

Sabido es que las serpientes de picadura mortal abundan de una manera tan extraordinaria en algunos países, que sólo en la India inglesa perecen al cabo del año más de veintidós mil personas por picaduras de najas ó cobras. En Oceanía, y sobre todo en Filipinas, la *Uta palay*, cuyo veneno es de los más rápidos en sus efectos, causa también innumerables víctimas. En la Australia abunda la cobra negra. En la Martinica, el *bothrops* ó «hierro de lanza» es el terror de todo el mundo. En el Norte de Africa, principalmente en Egipto, Túnez y Argelia, la víbora de cuernos ó *Cerastes* causa gran número de víctimas. Y en todo el centro de Africa la naja negra ocasiona grandes estragos en la población indígena.

En España existe la víbora, cuyas picaduras no son de ordinario muy graves, pero que ofrecen, sin embargo, un peligro verdadero en muchos casos, sobre todo cuando son niños los picados.

El principio tóxico de todos estos venenos es el mismo, sea la que quiera la especie de serpiente que lo produce.

Entre los venenos de diversos orígenes no hay más que diferencias de intensidad. Calmette ha calculado que mientras se necesita por término medio cuatro miligramos de veneno de víbora europea para matar á un conejo, basta medio miligramo de veneno de cobra para producir los mismos efectos en igual espacio de tiempo.

Las picaduras de las serpientes ocasionan casi siempre un dolor muy vivo, seguido de adormecimiento y de calambres, que se propagan rápidamente desde la raíz del miembro picado á casi todo el cuerpo. Siguen desfallecimiento y síncope á los pocos instantes. Cuando la cantidad de veneno inoculada es bastante grande para ocasionar la muerte, la respiración no tarda en hacerse fatigosa y dolorosa. La boca se contrae y se pone boba; la lengua se hincha; los dientes se aprietan. Después el infeliz herido cae en un coma profundísimo y expira á las pocas horas.

En el Instituto Pasteur, de Lilla, de que es director Calmette, se prepara del siguiente modo el suero contra el veneno de las serpientes:

Se tiene una buena colección de éstas en el Laboratorio, y cada dos semanas se las extrae el veneno, metiéndolas en un cristal de reloj en la boca, y apretándolas las glándulas venenosas por cada lado del maxilar superior, para obligarlas á que destilen sobre el cristal el veneno. Se seca éste, y después se le disuelve en un volumen determinado de agua salada, al siete por ciento. Esta agua es la que se inyecta á conejos, perros ó caballos varios días seguidos, al principio en dosis muy mínimas, incapaces de producir accidentes graves, y después en dosis que van aumentando gradualmente y con mucha prudencia. Al cabo de unos diez y seis meses, si se trata de caballos, aguantan éstos, sin enfermar, dosis de veneno que, en condiciones ordinarias, serían docientos veces más mortales, es decir, capaces de matar á docientos caballos no vacunados. Estos caballos son los que suministran el suero preventivo y curativo para combatir las picaduras de las serpientes.

NUESTROS GRABADOS

Jesús apaciguando las olas

Una página evangélica es la de Gustavo Doré.

Según la sagrada narración, después de la milagrosa multiplicación de los panes ordenó Jesús á sus discípulos que se embarcasen é hiciesen á la mar, lo cual efectuado dejoles por algún tiempo entregados á las olas y combatidos toda la noche de la borrasca que por su mandato se había levantado, sin dignarse acudir en su socorro, hasta que al rayar el día caminó sobre el agua y se acercó á la agitada embarcación en que fluctuaban. Al ver, sin conocerlo, al Señor, que pisaba sobre las ondas como en tierra firme, lo tuvieron por fantasma, y sobrecogidos de espanto levanta ron el grito. Mas el Salvador los tranquilizó diciéndoles que no temiesen, que era él.

Pedro fue el primero que sintió la eficacia de esta divina palabra; y con heroico aliento y corazón lleno de una confianza que lo ponía sobre el temor del inminente riesgo, exclamó: «Si tú eres, Señor, ordena que yo vaya á tí.» Jesús accedió á esta pretensión, se arrojó luego al mar el Apóstol y caminó sobre las aguas con intrépida osadía. Marchando de este modo sobrevino de repente una fuerte ráfaga que lo sobresaltó de manera que enflaqueciendo su fe, comenzaba á hundirse y clamando al Señor le suplicó que lo salvara. Jesús entonces extendió el brazo, y asiendo con la mano le dijo: «Hombre de poca fe, ¿por qué has dudado?»—Entraron luego los dos en la nave, cesó el viento y el mar volvió á calmarse.

El presente grabado corresponde á la serie que publicaremos con motivo de la cuarema.

Vistas nacionales

La de Caracas corresponde al Suroeste de la ciudad; la de Maracaibo representa un picnic en la punta de Camacho, sitio amable y pintoresco, propicio á los más gratos esparcimientos; y la de Valencia reproduce un tipo popular de la localidad, conocido con el nombre de «Pavo Relleno,» y acerca del cual tipo ha dejado correr la pluma graciosamente nuestro colaborador Rafael Silva.

Cuatro artistas

Los retratos de la Heglon, Blanca Toutain, la Torri y la Van Gelder, aparecen en el presente número con carácter de actualidad parisiense al arte lírico y dramático, donde esas cuatro artistas, entre aplausos y aclamaciones, ascienden á la celebridad, que es el más glorioso premio al talento, á la distinción y á la gracia cuando estos dones se enaltecen en la radiosa esfera del arte.

Cuatro cuadros

El paraíso en la tierra, de Alma—Cadema; *Servicio Divino*, de Salzbergwerk; *Franco de Servicio*, de Klempler, y *Piratas repartiéndose el botín*, son lienzos tan expresivos, que á primera vista manifiestan la sencilla intención del autor, realizada por la más franca naturalidad artística. El cuadro de Alma—Cadema dice elocuentemente que no hay necesidad de recurrir al convencionalismo para que el símbolo surja radiante y conmovedor.

Una escena del Diluvio

La narración del Génesis acerca del diluvio ha sido objeto de predilección para los pintores antiguos y modernos.

Miguel Angel y Rafael utilizaron el asunto en la decoración de la Capilla Sixtina y las Logias del Vaticano, pintando grandes frescos, notables por el movimiento de las figuras y lo atrevido de los escorzos.

El gran pintor francés Nicolás Poussin, en su lienzo intitulado *El Diluvio*, existente en el Louvre, presenta una obra original, que difiere de todo cuanto se había hecho hasta entonces, tanto por lo dramático de los epi-

sodios representados, cuanto por lo apropiado del colorido triste, lúgubre y monótono que ayuda á la acertada expresión del asunto.

Después de ese admirable lienzo, sigue en mérito, entre los contemporáneos, *Un episodio del Diluvio* por Gustavo Doré. Al ser expuesto este cuadro en el Salón de París, la opinión general fue de que era una obra soberbia desde el punto de vista de la composición y del dibujo.

Cleopatra

Ha sido definitivamente desvirtuada la leyenda según la cual César, en persecución de Pompeyo, quedó instantáneamente cautivo en las gracias juveniles de Cleopatra. Sólo ha quedado en pie la pasión que unió á la reina greco-egipcia con Marco—Antonio. Sobre, pues, á la historia una página que era una estrofa; y queda por lo tanto desmembrada, como la Venus de Milo, la inolvidable monografía de Alejandro Dumás, inspirada en gran parte en la palabra de Dion Casio.

Ante la escultura de Sprinchorn, sigamos al pie de la letra el examen crítico á que aludimos en las primeras líneas de este suelto.

Cuando ocurrió el asesinato de Julio César, Marco—Antonio se puso al frente de los veteranos para vengar la muerte de su fiel amigo. Octavio, el heredero de César, fue enviado á Roma á establecer el gobierno después de la batalla de Filipo, que habría perdido si no hubiera sido por el auxilio de Marco—Antonio. Este se quedó en Oriente, donde era necesaria una mano fuerte para restablecer el imperio, y en muy breve plazo obligó á los príncipes asiáticos á someterse. Después los convocó ante un tribunal militar en Cilicia para que dieran cuenta de su conducta, y entre ellos fue llamada Cleopatra, reina de Egipto, cuyo proceder había sido más que sospechoso.

Durante los años transcurridos desde que la conoció César,—era entonces una simple niña,—Cleopatra se había convertido en una mujer cuyos atractivos no estaban sólo en su prodigiosa belleza. Hablaba casi todas las lenguas del Oriente; el copto, el árabe, el hebreo, el siríaco y el persa, además de su lengua natal, el griego. Gobernaba su reino personalmente y se había hecho querer de sus súbditos. Era enérgica, activa y ambiciosa.

No era Cleopatra precisamente hermosa, dice Dumás: era más que todo eso: era hechicera. Pequeña de cuerpo, pero admirablemente bien formada, era una mujer llena de gracia, de coquetería, de agudeza. La oriental magnificencia de sus hábitos enlazaba á cuantos la veían con cadenas de oro y de diamantes: era, en fin, la realización de la fábula de la Sirena, con la diferencia de tener todo su cuerpo de mujer.

Al ver que su destino estaba en manos de Marco—Antonio, dedicóse á estudiar el carácter de éste. Plutarco describe como se presentó ante Marco—Antonio, en soberbia galera de velas de púrpura, de plata los remos y de oro la popa, al són de armónicos cantos y envuelta en nubes de perfumes. Tenía entonces Cleopatra veintiocho años y estaba en todo el esplendor de su belleza, con un corazón audaz hasta la temeridad y un talento como ha habido pocos en el mundo.

Hallábase Marco—Antonio en edad mediana, cuando la vanidad hace á los hombres más frágiles á las seducciones de la mujer. Cayó irremediablemente en las redes de Cleopatra, seducido por su belleza y el encanto de su ingenio. Luego olvidó todo, olvidó sus deberes, descuidó á los Parthos, y entregó el ejército á sus oficiales. Atado con cadenas de oro se dejó conducir á Alejandría y allí pasó los años entregado por completo á los placeres, imaginándose que era amado por sí mismo, historia que se repetirá siempre, mientras haya mujeres hermosas y los hombres sean hombres.

La catástrofe no se hizo esperar: Actium fue la catástrofe. También en este punto la

crítica analítica destruye la leyenda. No traicionó Cleopatra á Marco—Antonio. Ya en Alejandría, después de la rota de Actium, Marco—Antonio trató de matarse á la romana y pidió á su liberto Eros que le matase. Eros, demasiado fiel para alzar la mano contra su jefe, se atravesó el corazón con su espada. Marco—Antonio entonces se hirió así mismo, pero tan inciertamente, que al darse cuenta de que Cleopatra no lo traicionaba, se hizo llevar á la torre donde ella desafiaba á Octavio. Y allí murió, desangrándose, en los brazos de la mujer que tanto había amado.

Tomada por sorpresa la torre, Cleopatra cayó prisionera. Octavio fue á verla y ella trató de atraérselo con el poderío de sus encantos, lo que fue inútil porque Octavio estaba á prueba contra seducciones femeninas. Sin embargo, Cleopatra consiguió que la rodeara una vigilancia menos estrecha y de ella se aprovechó para suicidarse, haciéndose picar por un áspid que la habían llevado oculto en una cesta de higos.

De esa manera se libró Cleopatra de llegar al Capitolio de Roma atada al carro del vencedor.

Pedro el Ermitaño

Las crónicas designan con tal nombre al célebre francés, jefe de la primera cruzada, por la vida eremítica que llevó hasta 1.093, época en que salió de su retiro para visitar la Palestina, que era entonces la pasión dominante. Espantado allí,—dice el historiador,—de la suerte extrema de los fieles, y aún más espantado de las continuas profanaciones de que era objeto el Santo Sepulcro, tuvo, según refiere la tradición, una visión celeste. Creyó oír la voz de Jesús que le decía: *Pedro, levántate. Ve á anunciar á mi pueblo el fin de la opresión.* Y desde entonces hizo voto de consagrarse por completo á la conquista de los Santos Lugares.

Con tal propósito regresó á Italia; puso en manos de Urbano II algunas cartas del patriarca Simeón y de los afligidos cristianos de Jerusalem; pintó á lo vivo las humillaciones escandalosas que sufría la Cruz, y recabó autorización para predicar una cruzada. Con esta intención atravesó los territorios francés, italiano y alemán, con los pies descalzos, la cabeza desnuda, envuelto en tocos sayal de lana que ceñía una cuerda de esparto, montado en su mula y con un crucifijo en la mano, predicando y arrastrando por todas partes á los pueblos.

En Hungría fue exterminada la mayor parte de sus tropas por el inexorable Colomán; más tarde fue expulsado de Constantinopla por Alejo Comneno; atravesó luego el Bósforo y fue testigo del exterminio casi total de los cristianos en las inmediaciones de Nicea. En Antioquía no pudo soportar el hambre, y abandonó secretamente el campamento de los cruzados. Tancredo lo hizo regresar al sitio de Antioquía; y comisionado por los cruzados para proponer la batalla, arengó á los guerreros de la cristiandad, reunidos en el monte Olivete.

Olvidado después, volvió á Europa, se retiró á las cercanías de Huy, diócesis de Lieja, y fundó un monasterio, en donde acabó sosegadamente sus días. La ciudad de Amiéns, en cuya diócesis nació, le erigió una estatua en 1.854.

También se le conoce en la historia con el nombre de *Cucupietro*, esto es: Pedro el de la Capucha.

Memón

CUADRO DE K. GEBHARDT

Al decir de un crítico notable, parecía que después de Esquilo no podría progresar más el arte dramático entre los atenienses. Sófocles, sin embargo, á la edad de veintisiete años, venció al autor de *La Orestíada* en un concurso y luégo llegó á mayor altura que él, por la perfección de la composición y del estilo, y sobre todo por la manera diferente

EL ALMANAQUE de Pared Astronómico y Religioso

de la Empresa El Cojo

Para el año **1902**

Está á la venta



de ver el curso de las cosas humanas. No suprime la *Fatalidad*, como lo prueba su *Edipo rey*, precipitado del puesto supremo á un abismo de amarguras, y que resulta doblemente criminal sin haber tenido voluntad de serlo; pero, más que de la fatalidad, idea dominante en Esquilo, preocupase del juego de las pasiones y de la pintura de los caracteres. Sus tragedias son menos grandiosas, pero más humanas.

Según de Mier, el estilo del autor de *La Orestíada*, es vigoroso y enérgico como su alma, ampuloso á veces, pero gráfico siempre y descriptivo; lleno de felices y pintorescas expresiones; exuberante en imágenes atrevidas; torrente, en fin, de inagotable poesía, que enardece la imaginación y asombra al alma. El de Sófocles, natural, bello y elegante, siempre sobrio y contenido, fácil y fluido, lleno de encanto y de armonía, castizo y puro sin afectación, reflejo evidente de su gusto y buen juicio literario. El de Eurípides, en fin, desigual y afeminado á veces: abunda en pensamientos y expresiones rebuscadas: no observa siempre las leyes de la versificación; no se sostiene largo tiempo en el mismo tono, y raya en ocasiones en familiar y cómico. De todo lo cual resulta la síntesis conocida: Esquilo representa el nacimiento de la tragedia, nacimiento de un gigante; Sófocles su más acabada perfección, y Eurípides su decadencia.

En el *Edipo* de Sófocles, Antígona representa el arquetipo del cariño filial y fraternal. Acompaña á su padre desde que ciego, por haberse sacado los ojos, abandona á Tebas y muere en Colona. Y cuando sus dos hermanos se dan mutuamente la muerte en un combate:—hecho que también inmortaliza Eurípides en *Las Fenicias*;—y Creón, rey de Tebas, prohíbe bajo pena de la vida embalsamar á Polynice por haber guerreado contra la Patria, Antígona osa contravenir la indicada orden, amortajando el cuerpo de su hermano: acción temeraria que le vale la pena de ser encerrada en un calabozo subterráneo, donde se suicida. Hemón, hijo de Creón, la amaba de tal manera que no pudo resistir al dolor, y desesperadamente, se suicida á la vez sobre el cadáver de su prometida. Este es el momento escogido por Gebhardt para rendir culto en su cuadro á la virtud del amor, al mito heleno y á los sonoros exámetros de *Edipo*.

SUETOS EDITORIALES**PÉSAME**

Ha muerto recientemente en Curaçao, la señora Belén Peraza de López. Enviamos nuestro sentido pésame á su hijo el señor don Roberto López, Ministro residente de la República Dominicana, en Venezuela.

ARTE É INDUSTRIA

El señor V. M. Montoya ha enriquecido su industria con nuevas obras que acentúan el crédito de sus talleres.

Hemos tenido oportunidad de ver entre dichas obras un bandolín que, en virtud de su forma novísima y de su construcción acústica, produce los más

ricos sonidos, tanto por el timbre como por la amplitud.

Personas competentes en la materia, que nos merecen entero crédito, juzgan superior este bandolín á los modelos que nos vienen de España y de Italia.

Por tal concepto felicitamos cordialmente al señor Montoya y nos alegramos del efectivo progreso de sus talleres, progreso que redundará en beneficio de Venezuela artística é industrial.

ROSALVINA CALCAÑO ARCILA

La mano de la Muerte al arrebatarse del seno de los vivos á la angelical y bella Rosalvina ha destrozado el corazón de sus padres.

Su alma pura é inocente se fué, como en la lírica leyenda, á hacer más blanco y más azul, el blanco y el azul de los cielos, en tanto que, acá en la tierra las almas de sus deudos han quedado sumidas en las sombras del dolor.

Damos nuestro sentido pésame á los padres de Rosalvina, y en especial al señor Dr. Don Eduardo Calcaño, distinguido colaborador nuestro.

"EL BUEN COMPÑERO"

Es el título, de un nuevo periódico, infantil, mensual, órgano del Instituto Católico Alemán, de que es Director el apreciable señor Joseph Liechty. Tenemos á la vista los dos primeros números, que contienen amena y útil lectura.

Cada número de este simpático periódico trae una lección de alemán escrita por un sistema excelente llamado á dar buenos y prontos resultados.

Deseamos al señor Liechty el mejor éxito en sus importantes labores.

DUELO

El día dos del presente mes dejó de existir el estimable caballero señor Eladio Díaz, antiguo y honorable comerciante de Caracas, retirado hacia algún tiempo á la tranquilidad del hogar, por las dolencias físicas que padecía.

A su señora esposa, á sus hijos, y á los hermanos del finado, enviamos la expresión de nuestra pena.

LA CASA EDITORIAL

Maucci de Barcelona—España, nos ha enviado: ANA KARENINE, que es un estudio de la alta sociedad rusa.

Tolstoy desarrolla escenas íntimas y sencillas, que trastornan y conmueven.

La traducción es hecha por el malogrado profesor de lenguas don José Santos Hervás. Entre sus mejores traducciones, merecen citarse *Pan Miguel*, *Volodiovski*, de Sienkiewicz; *Ben-Hur*, de Lewis Wallace, y la citada ANA KARENINE, de Tolstoy, que forma dos gruesos tomos de cerca de 400 páginas cada uno.

Otro libro de Tolstoy: *PLACERES VICIOSOS*, libro de moral cristiana, repleto de

saludables principios que se recomiendan en ameno estilo y se hallan impregnados de poesía delicada.

Las disquisiciones del maestro se encaminan á desterrar del hombre los hábitos malsanos del tabaco y las bebidas alcohólicas que embrutecen y acortan la vida. Con abundante copia de razones, demuestra Tolstoy las excelencias de una vida moderada y racional, base positiva de los estados de alma perfectos, que proporcionan las altas satisfacciones naturales, y se aumentan progresivamente por el conocimiento de sí mismo y uso que se hace de ese conocimiento.

NECROLOGÍA

En la tarde del día cinco del presente mes fueron conducidos á la última morada los despojos mortales del señor FABRICIO CONDE, á quien en pocas horas violenta enfermedad arrebató del seno de su apreciable familia.

Descanse en paz el alma del joven compatriota y reciban sus deudos la sentida expresión de nuestra condolencia.

El mismo día cinco se recibió en Caracas la triste nueva de haber fallecido en La Victoria, después de largos padecimientos, el señor doctor HERMÓGENES RIVERO, ciudadano respetable por sus virtudes públicas y privadas.

Presentamos nuestro más sentido pésame á su apreciable familia.

También llevamos nuestra palabra de consuelo á los padres y demás deudos del niño LUIS ALFREDO CASTILLO, promesa de ventura arrebatada á los afectos más puros por la mano despiadada de la muerte.

LIBROS Y FOLLETOS RECIBIDOS

La letra de cambio en Derecho Internacional Privado, tesis desarrollada por Carlos Aristimuño Coll, para optar al grado de Doctor en Ciencias Políticas.—Caracas 1902.

Revista teográfica de Venezuela, número I del tomo I, correspondiente al 30 de enero de 1902.

Los Nuevos Caminos, por Alberto Ghirardo.—Sumario: I La voz del que avanza.—II El espíritu de rebelión.—III Los Sin-Patria.—IV Contra Dios y el Estado.—V Llagas y silicios.—VI Medios de lucha.—VII Un paréntesis.—VIII Contra el verdugo.—IX 1º de mayo.—X La toma de la bastilla.—XI De la violencia.—XII Arena y hierro.—XIII El ideal del arte.—Biblioteca de "El Sol," Buenos Aires.

Páginas íntimas, por J. D. Tejera Hernández.—Mérida.

Damos las gracias á los señores remitentes.

SECCION RECREATIVA

Cuántas clases de animales hay.

—En los animales pequeños es donde se encuentra el mayor número de especies.

Así sucede que mientras no se conocen más que mil cuatrocientas especies de mamíferos en la superficie entera del globo, las variedades de insectos coecidas pasan de ciento cincuenta mil.

Descendiendo más todavía en la escala de tamaños, nos encontramos con las diatomeas y las foraminíferas, cuyo número de especies no se conoce sino muy imperfectamente, por la dificul-

tad extremada que hay de continuar el estudio, apenas comenzado, de estos seres infinitamente pequeños. Conocemos ya dos mil especies de foraminíferas; pero el número de especies de éstas es probablemente mil veces mayor.

Hace veinte años se calculaban en doscientos sesenta mil á doscientos ochenta mil el número de especies de animales que hay en el mundo. De aquella fecha al presente los descubrimientos zoológicos han avanzado en una progresión colosal, y hoy día los sabios confiesan que no conocemos quizá ni la milésima parte del número de especies animales que pueblan la tierra.

No ha mucho, y en un solo punto, en Aden, Deschamps descubrió en pocos meses más de ochenta formas nuevas de moluscos testáceos. En 1868, durante las exploraciones dirigidas por Wyville Thompson al Norte de las islas Británicas, se añadieron ciento diez y siete especies nuevas de moluscos á las cuatrocientas cincuenta y una que ya se conocían en aquellos mares.

Por centenares de miles hay que contar el número de especies que pueblan los océanos, desde el cetáceo, que por su tamaño parece una isla en movimiento, hasta el infusorio, que puebla cada gota de agua con millones de individuos invisibles. No se hace investigación zoológica en una playa ó en un mar que no dé por resultado el descubrimiento de una porción de formas hasta entonces desconocidas.

Por qué el domingo es día festivo.—Oien años después de la muerte de Jesucristo los cristianos, deseosos de establecer diferencias entre ellos y los judíos, con los que los romanos y los griegos se obstinaban en confundirlos, decidieron consagrar al descanso religioso un día que no fuese el sábado.

Pero antes de ponerse de acuerdo sobre el día que debía elegirse, hubo algunas diferencias; una mitad de las iglesias adoptaron el viernes (*dies veneris*), porque éste era el día en que Jesucristo había llevado á cabo su sacrificio, y la otra mitad eligió el día del sol (*dies solis*), porque este día, que fue el de la resurrección,

era según ellos el más glorioso.

Esta última opinión fue ganando prosélitos, aunque muy poco á poco, pues las iglesias primitivamente eran muy independientes unas de otras, y únicamente hubo conformidad en bautizar al llamado *día del sol* con el nombre de *día del Señor, dies dominica*, y después, por corrupción, *domingo*. Los demás días de la semana conservaron sus nombres paganos.

La ley de Constantino decía: «Todos los jueces, todos los habitantes y todos los artesanos descansarán el *día del sol*, exceptuándose únicamente los labradores, que podrán trabajar, en caso de necesidad, durante el tiempo de la siega y de la vendimia, pues no es justo que se dejen perecer los bienes que la Providencia nos envía.»

Las hormigas y las caricias.

El naturalista Wheeler ha hecho hace poco un descubrimiento sumamente curioso acerca de las costumbres de las hormigas.

En un nido de hormigas *myrmica* encontró una especie nueva de hormigas, mucho más pequeñas, á las que dio el nombre de *Leptothorax emersoni*.

Cogió el nido entero y lo vació en un nido artificial de Lubbock. De seguida las hormigas se ocuparon en poner á salvo sus larvas. Sucedió entonces alguna que otra vez que una obrera *myrmica* transportaba una larva de *leptothorax*, ó que una *leptothorax* cargaba con una larva de *myrmica*; pero fue la excepción.

Poco después las *myrmicas* se pusieron á labrar galerías en la tierra, entre las maderas y la placa de cristal. Las *leptothorax* se instalaron de seguida en aquellas galerías, con consentimiento de las *myrmicas*.

Se puso cerca del nido un poco de agua y una provisión de jarabe. Dos obreras *myrmicas* descubrieron las provisiones, se atracaron y después se fueron á distribuir el alimento á sus compañeras, por regurgitación, es decir, echándolas en la boca, y por la boca suya el jarabe que tenían en el esófago ó en el estómago, según costumbre. Entonces fue cuando Wheeler empezó á observar las curiosas relaciones que existen entre las dos especies de hormigas.

Una obrera *leptothorax* se enteró de la operación que estaban haciendo las *myrmicas*, y de seguida quiso aprovecharse también. Se subió sobre el tórax de una de las *myrmicas* que acababa de entrar en el nido y se puso á lamerle la nuca, dando señales de viva agitación. A la *myrmica* parecieron gustarle muchísimo aquellas caricias; y se dejó lamer luego los carrillos, las mandíbulas y la boca, después de lo cual regurgitó una gota de líquido azucarado, que la *leptothorax* se tragó inmediatamente. Hecho esto abandonó á la hormiga y se fue á buscar otra, con la cual volvió á hacer la misma operación. La segunda *myrmica* tomó la cosa con tanto gusto como la primera, y pagó de la misma manera. En aquel momento todas las obreras *leptothorax* estaban ya ocupadas de igual forma.

En un rincón había varias *myrmicas* reunidas alrededor de las larvas, á las cuales estaban limpiando y dando de comer; una *leptothorax* se metió en el círculo y se puso á acariciar una á una á todas las *myrmicas*; todas le pagaron de la misma manera, es decir, con una gota del líquido azucarado.

Una cosa muy particular es el género de caricias que las *leptothorax* hacen á las *myrmicas*: en vez de darles golpecitos con las antenas ó de frotarles la cara con las patas anteriores, se suben encima de ellas y las lamen y rascan la cabeza. Cree Wheeler que las *leptothorax* no se alimentan de otro modo. Las ha observado mucho, y nunca las ha visto absorber el jarabe que estaba á su disposición lo mismo que á la de las *myrmicas*. No se alimentan más que tomando el alimento que ya han tenido las otras hormigas en el estómago ó en el esófago. En los nidos naturales la *leptothorax* tiene la costumbre de mantenerse á la entrada, probablemente para estar en mejor situación de ver á las *myrmicas* cuando vuelven con provisiones.

Sucede muchas veces que las caricias no se limitan á la cara, sino que se extienden á todo el cuerpo. Las *leptothorax* no hacen caricias más que á las obreras: desprecian por completo á los machos y á las reinas. Esto obedece, sin duda, á que los machos y las hembras, que se alimentan de lo que regurgitan las obreras, no tienen la costumbre de regurgitar ellas. Las *leptothorax* lo saben, y por eso las desprecian.

En el nido común las *leptothorax* ocupan una parte separada y perfectamente distinta de las *myrmicas*, lo cual no impide que éstas vayan á visitarlas con frecuencia; pero es evidente que las *leptothorax* prefieren estar solas cuando están en su casa. Si entra alguna *myrmica*, la hacen caricias, pero de seguida tratan de echarla, más bien por persuasión que á la fuerza.

No hay jamás lucha entre los individuos de las dos especies; en las relaciones son muy pacíficas y no se ha dado el caso de que la *myrmica* abuse de su fuerza con respecto á las pequeñas *leptotho-*

GARGANTA

VOZ y BOGA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendada: contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Sres. PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz.

Exigir en el rotulo a firma de Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

POBREZA

DE LA

SANGRE**VINO DE BELLINI**

con QUINA y COLUMBO

Este VINO fortificante, febrifugo, antinervioso, cura las Afecciones escorbuticas, Fiebres, Nevroses, Palidez, y regulariza la Circulación de la Sangre; conviene especialmente á los Niños, á las Señoras delicadas y á las Personas debilitadas por la edad, las enfermedades ó los excesos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

ENFERMEDADES

DEL

ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

con BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS.

GOTA**LICOR**

DEL DR.

LAVILLE

CLIN Y COMAR - PARIS

EN TODAS LAS FARMACIAS

REUMATISMOSContra
las**ENFERMEDADES
NERVIOSAS****VÉRTIGOS
PALPITACIONES
EPILEPSIA, etc.**no hay mejor Remedio que las
CÁPSULAS DEL D^R CLIN
al Bromuro de AlcanforCLIN & COMAR - PARIS
y en las Farmacias.

636

POUDRE, SAVON & CRÈME SIMON

Productos, maravillosos para suavizar, blanquear y aterciopelar el cutis.

Exigase el verdadero nombre Rehúese los productos similares
J. SIMON
13, r. Grange batelière, Paris



Pasta y Jarabe de NAFÉ DELANGRENIER
los mas agradables y eficaces de los Pectorales contra:
la Tos, el Catarro y la Bronquitis
19, rue des Saints-Pères, Paris, y Farmacias

apenas se despierta, llora pidiendo su Racahout

Racahout de los Arabes Delangrenier
El mejor alimento para los niños

Los médicos la recetan por la confianza que tienen en ella. Su fórmula les es conocida y además están persuadidos que un producto que procede de los laboratorios de una de las principales casas del mundo no puede contener sino las mejores sustancias, elaboradas con esmero y ciencia. Tal es la "Emulsión de Scott."

Barquisimeto, abril 9 de 1894.

Señores Scott y Bowne.

Nueva York.

Muy señores míos: Durante mi práctica médica he usado bastante la "Emulsión de Scott," estando muy satisfecho de sus buenos resultados.

El conocimiento de la fórmula me hace estimar mucho dicha preparación.

DOCTOR J. ALBERTO OLIVARES.

Frasco 5fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOSES
EFLORESCIENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDÈS et C^o 28, Bd. Desbrosses

Unicamente cuando la temperatura es muy elevada, las myrmicas parecen volverse locas, y á lo mejor entran á la fuerza en la parte del nido habitado por las leptothorax. Estas no tardan en conseguir que se vayan las myrmicas, y de seguida se ponen á arreglar los desperfectos que hayan causado sus vecinas y á rehacer los muros derrumbados por ellas.

La ventilación á través de las paredes.

A consecuencia de experimentos hechos hace más de veinte años para determinar la cantidad de aire que atraviesa las paredes de una habitación y da lugar á lo que se llama ventilación espontánea, es cosa admitida que en las habitaciones pequeñas, de paredes poco permeables, la renovación del aire se efectúa á razón de 0,077 del volumen de la pieza, por hora y por grado de diferencia entre la temperatura exterior y la interior.

Por ejemplo, en el caso de que la diferencia de temperatura sea de 14 grados centígrados, la renovación del aire se efectuará por completo en una hora.

Actualmente Wolpert ha querido comprobar la exactitud de estas cifras, determinando de hora en hora la proporción de ácido carbónico contenido en la atmósfera de una habitación desocupada; la disminución de dicho ácido carbónico permitía determinar la actividad de la entrada del aire exterior en ella. Los resultados obtenidos son estos:

En las habitaciones de 60 metros cúbicos de capacidad, con paredes de ladrillo y yeso, la renovación se ha efectuado á razón de 0,025 por hora y por grado de diferencia de temperatura entre el interior y el exterior; dicha diferencia era de 16°,6. En el caso de habitaciones que tienen las paredes pintadas al óleo, la renovación es muchísimo más lenta, siendo la cifra de solo 0,017.

En cambio, las habitaciones que tienen las paredes blanqueadas con cal, presentan las mayores facilidades para la renovación espontánea de aire, pues ésta se efectúa á razón de 0,053 por hora y por grado de diferencia de calor entre el medio ambiente de la habitación y el medio ambiente exterior.

¿Es posible que dos hombres tengan una misma hermana, sin ser parientes entre sí?—Ernesto Legouvé, en sus *Sesenta años de recuerdos*, contesta afirmativamente á esta pregunta, porque le ha ocurrido este caso á él mismo. Dice el célebre escritor francés, que Mr. Sué se casó con mademoiselle Sauvan, de cuyo matrimonio nació una joven llamada Flora Sué. Los cónyuges se divorciaron, y Sué se casó con otra señora, de cuya unión nació el célebre novelista Eugenio, autor de *Los Misterios de Paris* y de *El Judío Errante*. Por aquella época, la primera Mme. Sué se casó con Gabriel Legouvé, cuyo hijo es el actual Ernesto Legouvé, autor de *Adriana Lecouvreur*. Por lo tanto, Eugenio Sué y Ernesto Legouvé son hermanos de Flora Sué, aun cuando entre ambos no exista ningún parentesco.

Minio en vez de gutapercha.—Desde hace tiempo vienen observando los telegrafistas que algunas cañerías de gas son malas conductoras para las corrientes galvánicas, á pesar de sus múltiples ramificaciones en tie-

Veritas, Veritatis.

De todas las preparaciones similares conocidas es indudable que tiene conquistado un puesto muy preferente otorgado por el voto unánime de la clase médica y de la opinión pública, la célebre é incomparable

Emulsión de Scott

de Aceite de Hígado de Bacalao con Hipofosfitos de Cal y de Sosa.

Constituída por tónicos directos de la medicación hematógena, que propenden á reparar las pérdidas del líquido sanguíneo, haciéndole recobrar su composición normal, llena cumplidamente su indicación en todos los casos en que se encuentra deficiente ó alterado factor tan importante de nuestra organización.

En los países intertropicales las pérdidas que experimenta el organismo debido á las copiosas diaforesis originadas por las altas temperaturas y su frecuente volubilidad, traen como consecuencia estados de debilidad general y afecciones del aparato respiratorio, que la Emulsión de Scott infaliblemente regenera y combate ventajosamente.

Exíjase la verdadera de Scott.

De venta en las Boticas.

SCOTT & BOWNE, Químicos, New York.

12 A

rra. Se habrá notado también que cuando cae un rayo en un edificio abandona las cañerías de gas, y sigue otro camino para buscar la tierra. Sobre este fenómeno se habían hecho muchas teorías, pero ninguna era satisfactoria.

Hace pocos años, al derribar parte del edi-

de los **JORET y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

CREMA Y POLVO CHARMERESSE HIGIENE y HERMOSURA de la TEZ

DUSSEZ, 1, Rue J.-J. Rousseau. PARIS
Se vende en las principales Barberías, Perfumerías, Farmacias y Bazaros.



RECOMPENSA NACIONAL

de 16,600 fr.

Siete Medallas de ORO, etc.



Males de Estómago, Falta de Fuerzas,
Anemia, Calenturas, etc.

QUINA-LAROCHE

EL MISMO
FERRUGINOSO

Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, etc.
Linfatismo, Escrófula, Infartos de los Ganglios, etc
Paris, 20 et 22, Rue Drouot, y Farmacias.

EL MISMO
FOSFATADO

APROBACIÓN DE LA ACADEMIA DE MEDICINA DE PARÍS

RAQUITISMO - ANEMIA - CLOROSIS

Exíjanse el Nombre el Sello de Garantía

PÍLDORAS de BLANCARD

al Ioduro de Hierro inalterable. 40, Rue Bonaparte, PARIS

y la Dirección

COLORES PÁLIDOS, ESCRÓFULAS, POBREZA DE LA SANGRE

N. B. Los Niños y las personas que no pueden tragar Píldoras emplean el Jarabe de Blancard.

EXIÁNSE LAS VERDADERAS PÍLDORAS PURGANTES DEL DR. GUILLIE

Estas píldoras con base de Extracto de Elixir del Dr. GUILLIE, se emplea con éxito en las enfermedades del Hígado, del Estómago, del Corazón, Gota, Reumatismos, Fiebras Palúdicas, y Pormislocas, la Gripe, ó Influenza y todas las enfermedades ocasionadas por la Dific y las Flemas.

Depósito Gener., Dr. Paul GAGE Lijo, 1^{ra} cl., 8, r. de Grenelle-St-Germain, Paris y en todas las farmacias

ficio de Telégrafos de Bremen, se observó que una vigneteta metálica que había sido pintada con minio de plomo hacía diez y ocho años se hallaba también aislada, que el paso de una corriente de ciento cincuenta voltios, á un galvanómetro muy sensible, no causaba la menor pérdida de corriente.

Este hecho hizo pensar á Hackethal, el director de Telégrafos de Alemania, que el minio, en ciertas condiciones, es un aislador excelente. Pruebas que después ha hecho le han confirmado en su creencia.

Cubriendo de minio fibras de calidad muy

inferior se ha podido componer una sustancia aisladora, de gran resistencia, sobre todo contra los agentes atmosféricos, y que es susceptible de reemplazar perfectamente á la gutapercha, y que, por lo tanto, puede prestar grandes servicios para aislar los cables aéreos.

Este minio, mezclado con aceite de linaza y en estado líquido, no posee grande potencia aisladora; pero cuando las dos sustancias han tenido tiempo de oxidarse al aire libre, se produce una especie de sustancia gomosa, que presenta una capacidad aisladora igual á por lo menos cien mil megohmios por centímetro cúbico.

Además, las fibras que se impregnan con esa sustancia pierden todas sus propiedades higroscópicas, sin que puedan ser ya afectadas por la humedad, ni por el frío ó el calor.

Para colmo de ventajas, cubriendo los hilos con esa mezcla de minio y aceite de linaza se lo protege contra los vapores ácidos. Esto último se ha comprobado poniendo dos hilos de bronce de milímetro y medio de diámetro, suspendido en medio de vapores de ácido clorhídrico, pintado el uno de minio y sin pintar el otro. Al cabo de un mes este último estaba completamente destruido, mientras que el otro pudo seguir en aquel sitio durante seis meses sin que presentara señal alguna de haber sido atacado por el ácido.

Varia

Suecia es el país donde ocurren más casos de hidrofobia. Anualmente mueren de esa terrible enfermedad 282 personas de cada millón.

BANOS HIDROTERAPICOS

Baños de todos los sistemas: ducha, regadera, círculo, asiento, dorsal

SITUADOS DETRAS DE SANTA INES

Agua fría á 4 atmósferas de presión

A este importante Establecimiento, fundado por el Doctor Dubreuil según todas las prescripciones científicas, se le han hecho convenientes modificaciones en el sentido de proporcionar mayores comodidades, tanto á los bañistas que allí concurren por prescripciones médicas, como á los que van sólo por placer.

El baño es indispensable para la buena salud.

Y los baños de placer son siempre beneficiosos.

Precios módicos. Se aceptan abonos desde 10 hasta 100 baños, con descuentos de consideración.

Hay 2 departamentos separados: uno para caballeros; y otro para familias, servido por una señora.

Propietario, E. A. RENDILES.

A las personas del Interior de la República que quieran tomar, directamente, suscripciones á esta Revista, les avisamos que podemos servirlos cuando se nos envíe el valor de un trimestre anticipado (tres pesos sencillos) ó su equivalente en estampillas de correos. Todo suscriptor debe estar atento á la renovación del abono, pues se suspenderá el envío del periódico, sin más aviso, al no recibirse el valor del nuevo trimestre.

CREME DE LA MECQUE DUSSEZ

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICIA
Da al cutis la blanquura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerías, Barberías y Bazaros.